ORREGO LUCO

Un Idilio Nuevo

1.ª Edición

Luis Orrego Luco

(2.a Edición)

ESCENAS DE LA VIDA EN CHILE

Un Idilio Nuevo

NOVELA

PARTE PRIMERA

TALLERES DE LA EMPRESA ZIG-ZAG
SANTIAGO DE CHILE, TEATINOS; 666
1913

DEDICATORIA

A la juventud:

A cuantos padecen y combaten
al comenzar de la vida.

EL AUTOR.

ESCENAS DE LA VIDA EN CHILE

UN IDILIO NUEVO

"Ed io á lui: "S'io vegno, non rimango.
"Ha tu chi sé, che si sé fatto brutto?'
"Rispose: *"Vedi che son un che piango."*

Dante.—Div. Com. Inf. C. VIII.

I

MI PRIMERA NOCHE EN SANTIAGO

AL bajarme del tren, sentía mareo, como si experimentara la doble sensación de andar todavía en el vagón, a pequeña velocidad, y de tocar al mismo tiempo tierra firme. La barahunda de la llegada era enloquecedora para cualesquiera, con particular motivo para un recién desembarcado, como yo. Los mozos de cuerda con sus gorrillas encarnadas, que llevan inscrito un número de orden en la placa de metal, cruzaban en todas direcciones, dando empellones a diestro y siniestro, sin cuidarse de cosa ni de persona alguna, ni mucho menos del consabido "¡ah, bruto!" de alguna víctima. Un tropel rápido y desalado de gente se dejaba caer de los vagones, con la premura ansiosa del que llega, superior al negro vomitar de las puertas de un teatro, concluída la función. Montones de maletines,

mantas de viaje, sacos de mano, cestos de mimbre con manzanas, uvas un tanto secas y arrugadas, quesos, pejerreyes y otros pecesillos, daban a la atmósfera olor a mercado que producía extraño contraste con el hálito flotante del carbón de piedra; gritería ensordecedora de algunos chicos pregonando periódicos y de mandaderos, que ofrecían sus servicios; vaivén incesante y tumultuoso; atropellamiento de gente que salía, codeando violentamente a un grupo de personas que abrazaban a otras recién llegadas; el paso importante y apresurado de algunos viajeros bien vestidos; el más humilde y tranquilo de otros—todo eso lo ví y lo sentí como a través de velo que me cubriera los oídos y los ojos. Por encima de todo, recuerdo la sensación rara que experimenté junto con saltar sobre el andén, entre dos trenes como largas culebras negras, vislumbrados al través de las sombras que caían. Resoplaban las máquinas poderosamente. Me parecía que las luces de los grandes focos de la Estación encendidos en pleno crepúsculo, desentonaban y desmayaban entre la luz de la tarde. Una congoja me fué subiendo lentamente al corazón y una como ansiedad inexplicable, tristeza de sentirme solo, algo así como niño abandonado en un paseo, y sin recursos. Experimenté la extraña idea de que todo aquel mundo que me rodeaba era enemigo declarado. Cuando acerté a dar con el muchacho que llevara mi escasísimo bagaje y los canastos con biscochos y con "pecesillos" que enviaba mi madre de regalo, ya gran parte de los viajeros habían desaparecido. Miré con envidia un grupo de doce personas, de varias señoras elegantemente puestas, con largas capas de seda, sombreros con plumas obscuras, y ese no sé qué de buen tono que infunde respeto y hasta pavor al provinciano. A mí nadie me espera, nadie sabe que existo, pensé, con desconsuelo, y la ola de la tristeza que me invadía se fué extendiendo... se fué extendiendo. Un

fuerte golpe en la espalda me hizo volver con sorpresa, dispuesto a castigar al insolente.

—¡Caramba!

—No te asustes, hombre, que no es un asalto, ni hay salteadores en la Estación... cuando más hay rateros...—me dijo Pascual Solís, junto con darme un abrazo apretado, que casi me reventó.

Entonces se verificó dentro de mi ánimo una de aquellas transiciones rápidas, absolutas, completas, que me son tan familiares, pues yo paso de la tristeza a la alegría, de la cólera a la risa, como si resortes eléctricos me gobernaran. El abrazo de mi antiguo compañero y convecino me reconfortó a la manera de cordial; olvidé la sensación extraña de mi estómago; borróse mi angustiada pesadumbre; fuése mi ensueño doloroso como telón de teatro que se alza. El golpe de sangre que me subía a la cabeza me llenaba de triunfante alegría. Santiago me pareció buena y hospitalaria ciudad, el grupo de señoras elegantes que se dirigía entonces a la reja de barrotes negros, abierta de par en par, tomó aspecto amigo. Yo las conocería, con el tiempo, y sería de esas personas elegantes, admiradas y envidiadas, miembro por derecho propio. Ví, no lejos, con oculto desdén, a un sujeto de reducida estatura, de prominente abdomen, que pasaba, llevando, por milagro de equilibrio, una maleta de mano, dos cestos de fruta y una jaula con un loro que gritaba "papá" desaforadamente. Seguíanle cuatro mujeres, con traza de cónyuge y de cuñadas, vestidas todas ellas de manera estrafalaria, con modas exageradas y colores vistosos.

—¡Viva la Pepa!—exclamó Pascual y ambos nos hechamos a reir con el más excelente buen humor.

En esto, llevados por él dos cestos, otros dos por mí y el maletín por el mandadero, llegamos a la acera asfaltada de la Plazoleta. Un grupo de cocheros nos tomó por asalto. No eran, por cierto, más limpios, que

los cocheros de mi pueblo. Un muchachón que tendría veinte años, el bolsillo de la chaqueta descosido y prendido con alfileres, el sombrero de paja puntiagudo, con las alas dobladas hacia arriba y luego vueltas hacia abajo, pretendió coger mi maleta; se lo impedí. De ninguna manera. Otro no tenía mejor aspecto: pañuelo colorado atado al cuello, larga manta deshilachada y flilamentosa en el borde, pero su rostro florido nos sedujo. Al llegar a su coche, resultó destartalado, con los vidrios rotos y la rueda amarrada. Otro cochero gordo, la nariz roja, una bufanda de lana alrededor del cuello, cogió la maleta.

—¡Venga, patroncito! yo soy del *Clus*... del *Clus* de la Unión—dijo con aire de autoridad.—Entonces, y sólo entonces recordé que mi buena madre, al despedirse, me había dicho, entre sin número de excelentes recomendaciones: Ten cuidado, sobre todo, con no tomar coches en Santiago, sin tratar antes con los cocheros. En mala hora me lo dijo...

—¿Cuánto pides, hombre, por llevarme a casa?—Le pregunté, no sin cierto extremecimiento de la voz—Pascual sonrió. El cochero miró con sorna.

— *Pus,* cinco pesos, patrón!...

—¡Estás loco!—repuso Pascual.—Te daremos dos...

—Si el patrón quiere *vitoria* descubierta, con caballos finos por una chaucha—observó el cochero rechazado anteriormente.—Todos los demás aurigas se acercaron riendo, con la "huasca" tomada por el látigo.

—¡Dos pesos!... ¿de adónde viene usté?

—De Rauquén—repuse yo candorosamente.

—*Ei* se deja *e ver*—observó el cochero, entre las risas de sus camaradas. Pascual se amostazó, largó juramentos y palabras gruesas, vino corriendo a galope un soldado de policía, y rompimos por entre el grupo de curiosos que comenzaba a formarse en torno de nosotros como si oliera vientecillos de escándalo. El co-

chero del *Clus* cogió los bultos alegremente: Bueno, patroncito, será por dos cincuenta...

Junto con penetrar al coche, vimos pasar a nuestro lado un carruaje americano arrastrado por tronco de caballos de raza; brillaba su caja negra, herida por los últimos rayos del crepúsculo, como si fuera de laca, y los faroles arrojaban lampos de luz transparentes y vivísimos, dejando en la pupila cierta sensación neta de claridad, de brillo y de lujo. Los caballos piafaron, recibieron su correspondiente latigazo y partieron al trote pausado, regular, elegante, de los animales finos. Iban en aquel coche los viajeros que pasaron junto a nosotros *ignorándonos*. Entonces, por segunda vez, sentí, a la manera de leve mordedura de sierpecilla venenosa, mezcla de admiración y de envidia por una sociedad que yo ignoraba; algo como si fuera la revelación de atmósfera superior, elegantísima, semi divina, inaccesible al vulgo de los mortales, donde yo por arte que ignoraba de modo cierto, habría de penetrar, en tiempo no lejano, mediante esfuerzos y méritos propios. Por el momento, lo que más agudamente sentí fué sensación de haber perdido el equilibrio, en violento desnivel moral, fuera de mi centro propio. A las veces, y no sin arrepentirme, lo confieso, dí en avergonzarme de Pascual, del bueno y cariñoso Pascual, que con tanta bondad había venido a recibirme a la Estación. Parecíame que su compañía me desacreditaba, me reducía a menos en presencia de aquella dama elegante de exquisito buen gusto. Por movimiento instintivo me arrojé hacia el fondo del carruaje, y luego, temiendo que mi amigo hubiera sorprendido aquel movimiento involuntario, sentí llamarada de rubor y saqué la cabeza por la ventanilla.

La entrada en Santiago, francamente, no me produjo ilusiones. La Plazuela de la Estación Central, rodeada de almacenes, de bodegas, tiendas de comestibles, con su vaivén de carretones y su extraordinario movimiento

de carruajes en aquella hora de llegada y partida de los trenes del Sur y del Norte, me produjo la impresión errónea de una gran ciudad exclusivamente comercial. Luego, el coche dobló por el paseo de las Delicias, la vena ahorta de Santiago, avenida enorme del ancho de cinco o seis calles de provincia, que atraviesa la vastísima ciudad de un confín a otro. Apiñábanse las luces de los faroles del alumbrado público, a lo lejos, y brillaban como cabezas de alfileres rojos, entre las sombras que caían. Los árboles del paseo, raquíticos y escasos, en aquel punto, aparecían amontonados en el fondo del horizonte, como manchas de tinta, debajo de unas cintas de cepia gris que se esfumaban en lo alto del cielo con suavidades de algodón. Coches destartalados, arrastrados por jamelgos raquíticos, pasaban, lentamente, junto a nosotros, haciendo sonar la herrumbre de sus gastados resortes. El ruido pesado y monótono de las ruedas de alguna carreta arrastrada lentamente y con quejidos y sollozos de los goznes, interrumpía, en compases de contrabajo, la fuga de algún coche de alquiler, bien pagado, de vuelta de la Estación. Si he de confesarlo con franqueza, la primera impresión de Santiago en las cercanías de la Estación Central, no fué grata de ningún modo. Edificios pequeños, vetustos, de adobes mal encubiertos y mal enlucidos de azul o de rojo; faroles de café chino; telones de circo de arrabal; el bullir continuo de gente de mala catadura, de manta deshilachada, desharrapienta, con los piés calzados con esas abarcas de cuero llamadas *hojotas*, los pantalones arremangados y las piernas cubiertas de mugre: el olor de comida barata, de grasa y de fritura que subía en bocanadas tibias de las cocinerías y de los chincheles dudosos; los gritos de los ebrios y las carreras de los pilluelos mugrientos y a mal traer; todo aquello me produjo impresión de náuseas. Hasta la humilde capilla

construída en la época de la colonia, hará cien años, no con estilo de templo, sino a manera de caserón, con su virgen colocada al aire libre debajo de un fanal de vidrio tosco, me inspiró sentimiento de honda melancolía.

Mas, a medida que avanzábamos, se transformaba todo con ligereza pasmosa. Los edificios de dos pisos, de construcción regular, se amontonaban y se multiplicaban. La Quinta de Meiggs rodeaba de extensísimos jardines su hermoso chalet. No le iba en zaga el palacio morisco de Días Gana, con su primorosa arquitectura de purísimo sabor árabe, sus cúpulas doradas que se perdían en el cielo azul, sus palmeras, sus araucarias y sus yucas. Ya la ciudad iba tomando otro aspecto; luego los palacios sucedían a los palacios. Las estátuas del paseo destacaban sus manchas de mármol blanco entre las copas añosas de las acacias. Los árboles de la Avenida, raquíticos en la primera parte del paseo, eran robustos y corpulentos, pasado el óvalo de San Martín; se daban trazas de verdaderos árboles de bosque americano, entrecruzaban sus ramas en grande abrazo verde obscuro, de tinta. En la noche que bajaba lentamente, aumentaban las luces sus fulgores; los faroles del alumbrado público, apiñados por la perspectiva, tomaban irradiaciones rojizas de incendio. Los rumores del día, aumentados a la tarde, paulatinamente descendían al silencio. El ruido de la tracción sobre los rieles, anunciaba un tranvía que, a poco, deslizaba su gran farola de luz blanca, entre los árboles, con pausado y sedoso movimiento.

A pesar de los saltos y barquinazos que daba a cada paso nuestro coche, mi buen amigo Pascual me iba señalando, uno por uno, los edificios y las estatuas; dábame sus nombres, la historia de sus dueños, su genealogía, la chimosgrafía santiaguesa, el vaho de leyenda y de epigrama que poco a poco se infiltra en todo.

Esta es la casa de Errázuriz, tiene parque magnífico, al estilo inglés, con invernáculos, laguna, palmeras finísimas, plantas de toda especie, grandes plátanos, escogida colección de orquídeas. La iglesia pequeñita, de estilo gótico, de torre esbelta de colores grises, la llaman San Borja, o como dice mi amigo Marcelino, libre pensador furibundo, es "Borja" simplemente. Más allá viene la calle del Diez y ocho, célebre por servir de tránsito obligado al ejército en las fiestas patrias.

—Ten cuidado—agregó Pascual—de no imitar al provinciano del cuento que, junto con llegar a la calle del Diez y ocho, en un tranvía, dijo a la conductora: "Sírvase doblar para el Teatro Santiago"...

Le celebré, como ví más tarde que hacía todo provinciano a quien por jaleo le contaban el consabido cuento, en los claustros universitarios.

Hallándose la calle, en esa parte, en vías de acomodo, fué menester pasar a la otra avenida lateral de las Delicias. Junto con cruzar el paseo nos pareció que la estatua de San Martín, confundida ya en la sombra, de la cual se destacaba por los tintes semi-promizos del mármol, se engrandecía, casi tomaba el vuelo, como ave gigantesca. Las luces del alumbrado se estrechaban y se unían por el fondo, a la manera de la rampa luminosa de inmenso teatro que continuara en la sombra a pesar de los esfuerzos impotentes de la luz. Una polvareda brillante alzábase del suelo, a lo lejos, y se perdía invisiblemente en el ramaje obscuro de los árboles.

No tengo para qué repetir las muchas cosas referidas por Pascual, otras tantas novedades interesantes para mí, con ser conocidas de todos, ni los edificios que me señaló, ni lo extraño que me parecieron los nombres de las calles de Cenizas, del Peumo, de la Bandera. Indicóme el barrio de la Universidad y de San Diego, las calles del centro, que aparecía iluminado, allá en el fondo de la de Ahumada, por el foco vivísimo de la luz

eléctrica de la Unión Católica. Luego, pasada la gran torre, ennegrecida por la sombra del templo de San Francisco, fuimos a desembocar en una vasta plazoleta, desde donde vislumbramos los muros imponentes de verdura y el castillo del Cerro Santa Lucía. El templo del Carmen alto, y, la forma irregular y pintoresca de la Alameda en el camino que conduce a las Cajitas de Agua, me interesaron en extremo.

—Ahora nos encontramos en el antiguo Santiago—me dijo Pascual.—El resto de la ciudad se ha transformado, modernizándose, cubriéndose de estuco y colorete, de edificios nuevos de dos y tres pisos, sin grande arquitectura y sin carácter. En estos otros barrios, todo se conserva según el estilo antiguo de las viejas tradiciones coloniales. Las tiendas son aquí algo desconocidas: para comprar el artículo más insignificante, es menester acudir al centro de la ciudad, al "centro", como nosotros decimos. En los barrios que están lejos del industrialismo y del comercio, es frecuente hallarse con casas de grandes portalones, de una cuadra de extensión, con amplia huerta y todo género de árboles frutales. Se hace vida primitiva, de barrio, como si viviéramos en el más humilde caserío de provincia. Los jueves y domingos en la noche, la banda de música del regimiento de Caballería de "La Maestranza", nos toca retreta. Paseánse las niñas, bajo los árboles de la avenida, con el pelo suelto y sin sombrero, como en las églogas de Virgilio, haciendo el ojo a sus novios presuntos o posibles; se sofocan las mamáes con el calor, o con los novios pobres... Esto es una delicia...

—¿Falta mucho para llegar a la casa?—pregunté—interrumpiéndole.

—No tardaremos.

A los pocos minutos, en efecto, después de varios tumbos y de casi volcarnos en un hoyo, nos detuvimos en la segunda cuadra de la calle de la Maestranza, frente

a una casa vieja, de dos pisos, de pared enjabelgada color de rosa, con ancha guarda negra de alquitrán. Una puerta de colosales dimensiones, claveteada con enormes clavos ennegrecidos, y pequeño postigo abierto en una de sus hojas, daban paso al zaguán. Todas las seis anchas ventanas que daban a la calle, de las cuales habían tres a cada lado de la puerta, se hallaban guarnecidas de rejas con una serie de pequeños nudos que dibujaban en la reja un gran biscocho. El segundo piso tenía balcón volante con baranda de hierro y madera. El aspecto general de la casa era muy viejo, un tanto destartalado y triste; diríase que sus antiguos dueños habían venido a menos.

Esa era la verdad. Mi *sea* Adriana González y Saravia, señora y dueña de casa de pensionistas donde Pascual vivía, y donde yo debía entrar, era de origen acomodado. Referían las tradiciones que bajo el ancho y coposo nogal del fondo había tomado mate el general San Martín, en uno de plata, perteneciente a la madre de mi *sea* Adriana. Aún lo conservaba debajo de un fanal de vidrio, a pesar de que, según afirmaban otras crónicas malignas, dicho "mate" había sido obsequiado a varios Presidentes, con motivo de haberse nombrado a otros tantos sobrinos para buenos empleos. Hasta se refería, y esto debía de ser pura calumnia, que el mate auténtico del general ilustre, se había perdido en un monte de piedad.

No hube menester de gran paciencia. A poco de bajarnos, como un coche era, por aquellos tiempos, acontecimiento en esa casa, no tardó mi *sea* Adriana en presentarse.

—¿Quién es?

—Soy yo, con el nuevo huésped, señora mía.

—Así lo comprendí luego, junto con parar el carruaje, señores, respondió al punto una voz algo cascada, que

pronunciaba las eses de manera gutural, lo que llamaba al principio la atención.

—¡Qué sea Ud. bienvenido, caballero, en esta pobre casa!

Se abrió la puerta chica; penetramos al zaguán obscuro, iluminado a medias por lámparas de parafina colgada de la reja de una ventana igual en todo a las de afuera. Dos palmas verdes en Pascua de Ramos, amarillentas ahora, servían de marco a ese pequeño farol. Divisábase en el fondo la ventana iluminada; oíanse voces y rumores lejanos, crugir de pasos y traqueteos de vajilla: era aquello el comedor de la Casa de Huéspedes.

—¡Cuánto se han demorado Uds.! Don Pascual... ¿No le decía yo?...—Exclamó la señora González, con voz aternerada, cansada ya, que desentonaba singularmente al tocar el registro agudo...—¿No le decía yo?...

—Hemos llegado tarde porque el tren vino con atraso de media hora...

—La culpa la tiene el Gobierno... como dice don Benito... Porque, si pagaran mejores sueldos, los trenes andarían más ligero... ¿No le decía yo?...

Esta era la muletilla con que mi *sea* Adriana terminaba sus frases, siempre que, a su entender, requerían esfuerzo de ingenio o de retórica, o en ocasiones solemnes o de etiqueta. Luego, la patrona cogió una vela colocada en palmatoria amarilla, de bronce, en el rincón de una piececita, a la entrada. Encendió su candil, y nos guió por escalera desvencijada, que crugía, como si fuera a hundirse bajo nuestros pasos. Una vez en los altos, vimos dos puertas abiertas, con palmatorias encendidas sobre las mesas, los paños limpios, cuidadosamente puestos encima de los jarros, las sillas en orden, todo arreglado. Mi *sea* Adriana nos dejó instalados, despidióse con una sonrisilla desleída y un tanto mecánica. El golpe seco de sus zancajos se perdió en los

corredores—porque, es de saber, que mi *sea* Adriana usaba zapatillas de ordinario, y zuecos en tiempo húmedo—y el día anterior había llovido.

—No bien hubimos descargado mi escaso bagaje portátil, cuando Pascual, golpeándose la frente, me dijo: ¡Tengo una idea!... Ya todos han comido en la casa... Aquí se come a las seis y son ya las siete y media. En vez de probar platos recalentados, vámonos a un restaurant.

—Acepto la idea.

Sin más, y con sólo dar excusas a la patrona, que, por tenerlo todo preparado, insistía en que nos quedáramos, tomamos el coche y nos dirigimos al "centro". Doblamos por la Alameda, luego tomamos la calle vieja de la Merced, subimos por la de Monjitas y luego por San Antonio. En la obscuridad de la noche, fuimos dando tumbos por esas vías entonces mal pavimentadas y obscuras, recorriendo distancias que a mí me parecían infinitas, acostumbrado, como estaba, a rematar en la plaza en un segundo, cuando iba al pueblo. El coche se detuvo, por fin, delante de un edificio, de dos pisos, bien iluminado por gran farol. A la entrada, en una piececilla de grande estantería de vinos y licores, tres individuos a mal traer, jugaban al *cachito* sobre el mostrador, tres copas de *wiskysawer*.

—"¡Chica!"... "Dos, cuatro, as... con el as me "quedo"...

Un beodo, vestido de bombero, y probablemente en comisión, nos detuvo para preguntarnos donde estaba el teatro de la Victoria...

—Está en Valparaíso...—le dijo Pascual, muy serio. —Ud. se encuentra en Santiago...

—¿En Santiago?... ¡ah! sí... en Saan-tiaa...g...o—gruñió entre dientes aquel espirituoso defensor de la propiedad ajena—y salió haciendo equis, por los corredores.

A poco, nos hallábamos sentados, Pascual y yo, frente

a frente, a una mesa con mantel de dudosa blancura. Humeaba la sopa; sonaban las cucharas y la vajilla; brillaba el rubí del vino junto a unos apios verdes puestos en un vaso. Entonces, por primera vez, en pos del mareo continuado de tantas horas de tren, de tantas cosas vistas, de tantas novedades, en aquella modestísima pieza, de cortinas blancas, de sillas cojas, de alto piano parado, estilo clavicordio, me senté a mis anchas, experimenté algo como vago remedo de sensación de hogar... el humo de la sopa... la calma íntima... las voces fraternales que, aún cuando sean indiferentes, suenan de modo grato... el sentirse en lo propio... y luego el vino rojo que se bebe lentamente, casi con solemnidad, cuando no es malo.

—¿Te acuerdas de la casa?—me dijo Pascual—respondiendo a pensamientos íntimos que tal vez le asaltó, de súbito, por la misma asociación de ideas que a mí me dirigía.

Hubo un silencio.

—Don Segundo fué a dejarme a la Estación—repuse luego—y se lo agradecí muchísimo porque los caminos están muy malos... hay unos barriales... Sobre todo, el sacrificio de levantarse a las cinco. Pepita me ha dado recados muy largos para tí... que eres un ingrato... que está sentida porque no le escribes. Me encargó que te tirara las orejas y te recordara diariamente que tienes que recibirte lo más pronto "posible".

—¡Ja! ja! si no he podido rendir los exámenes que me faltan del quinto! Será menester aguantarse algunos años más.

No les digo nada porque mi papá se pondría furioso.

En ese instante me acordé de don Segundo, con su cabellera gris, ojos verdes, risa bonachona que le dibujaba una serie de semi-círculos en la excesiva gordura de su barba, cejas gruesas, erizadas y unidas encima de la

nariz, de aquella nariz borbónica, fuerte, que acentuaba la fisonomía toda, junto con los dos manojos de cabellos, a derecha y a izquierda de las sienes.

Noté que algo como velo de suave melancolía turbaba la plácida fisonomía de Pascual, en el punto mismo en que nombrábamos a *los de allá,* a los nuestros, ahora tan lejos de nosotros.

—¡Qué será de los de allá, solía decirme en sus horas de *saudades.* Y luego, me recordaba el hermoso verso de un poeta de Oriente: "Estás lejos y cerca de mi corazón, como el camello, al cruzar al desierto, lleva lejos y cerca de sí el odre con agua cristalina"...

Hubo silencio.

—Hablemos de otra cosa...—agregó.—Prueba esta pierna de tortolilla, más tierna, y sobre todo más sabrosa que las tortolillas de los poetas bucólicos. La salsa no está mala; el cocinero tiene fama de no desempeñar un mal papel. Efectivamente, la carne era tierna.

Escanciamos alegremente el vino, mientras el mozo de gran delantal blanco y zapatillas de género, que le permitían moverse rápidamente sin causar ruido, colocaba delante de nosotros una fuente con pastelillos de ostras.

—¿Cómo se llama este hotel?—pregunté yo.

—No es hotel, ni fonda, ni cosa parecida, sino el restaurant del "Mundo". Ahora comienza tu iniciación en la vida santiaguina, y sabrás lo que significa este lugar en nuestra gula y en nuestros vicios.

Un preludio de bandolines con acompañamiento de guitarras, entonaba ruidosamente la marcha de *Cádiz* en el segundo piso.

—Esa música—prosiguió Pascual—viene de unos españoles que tocan, arriba, para amenizar la comida de las damas, cuyas faldas de seda crugían por las escaleras, cuando nosotros entrábamos. No sé si pararías mientes en eso. Les hacen compañía, con toda seguridad dos o

tres hacendados ricos o jóvenes encopetados. En este restaurant, de moda para ciertos lances, vienen a cenar las bailarinas, terminada la función. Muchas veces he visto cruzar, envueltas en largas capas de seda de esas que llaman "salidas de teatro", de color de fuego y celeste, a las dos bailarinas, *prima y seconda*, la *Fanny* y la *Sanciesti,* seguidas de mozos alegres, de frac y de corbata blanca.

"Luego forman un torbellino *el mia cara...*, *corpo di Baco...*, los disparos de las botellas de *Champagne,* el punteo de las guitarras y bandolines... Recuerdo que una noche, mientras tomaba el té, sentí espantoso ruido de cristalería que venía al suelo, como si hubiera comenzado el día del Juicio Final. Tratábase de una bailarina punteando un *stacato* encima de la mesa. De ahí a poco, vimos entrar un mozalbete imberbe que pretendía que bebiéramos en su sombrero de copa, lleno de champaña. Este es el lugar de las comidas y cenas estrepitosas. No puedes figurarte la cantidad de fortunas que han comenzado a evaporarse en este sitio; de divorcios iniciados sigilosamente; de hombres que han ido rodando a la gran catástrofe final para caer sobre la paja, cuando todo el mundo les creía poderosos; de grandes familias que han venido a menos. Ciertas ruidosas estafas del "Chile" o del Banco "Santiago" no han tenido más origen que las cenas alegres en la compañía *cara... carísima,* efectivamente, de una soprano ligera.

Reinó silencio.

El mozo, junto con servirnos el asado, trajo de un rincón la fuente de plaqué con una botella de champaña helada.

—Veremos que tal se porta la "viuda"—exclamó Pascual, tomando en sus manos la botella de "Veuve Clicquot".—El vino rubio espumaba en las copas con su hervir de hielo que se deshace. La mirada de mi amigo se humedecía.

—Voy a darte buenos consejos. Ten cuidado, Antonio, con los desbarajustes de conducta a la par que con las violencias de sentimiento. No tomes los hombres, ni las cosas, por lo que se dan, ni por lo que aparecen. Y luego, con la innata desconfianza que forma la trama del carácter en las familias pobres de provincia: en Santiago, no hay que fiarse ni de su sombra—agregó.—Hay que ser largo en pagar las apariencias: si es preciso, no almuerces, pero no dejes nunca de ponerte corbata "a la dernière", que en las exterioridades estriba la mitad del éxito en el mundo santiaguino. Muchos hay que no levantan una línea más que yo, si bien se mira, pero cuidan más del aparecer, son pródigos por añadidura, en adular a todo el que puede darles algo. Valen mucho más los nuestros—dijo Pascual, en un extremo de nostalgia melancólica, producida por contrastes interiores.—¡Bebamos por ellos!...

"Tran... tirarira... tran... tan... tin... tan..." punteaba, en los altos, la música de bandolines y guitarras.

"...bebamos, también por tí, "Champañita",—expresó mi amigo.—Perdóname si te continúo dando el apodo de Colegio, que me trae tantos y tan buenos recuerdos".

Esa noche, al acostarme, sentíame en extremo cansado; por más vueltas que me daba en la cama, no acertaba a dormirme. Como quien va recorriendo callejuelas de una ciudad tortuosa, tan pronto yo tropezaba en un recuerdo como daba en una sensación reciente.

II

"LOS DE ALLA..."

EN vano trataba de conciliar el sueño. Sea por el cansancio excesivo, que sobre-excitaba mis nervios; sean los efectos de la conversación, del champagne y de los vinos generosos: sea, en fin, el hormigueo de las ideas y de los recuerdos en mi cabeza, es lo cierto que el sueño no venía. Encendí la vela; su luz rojiza vino a iluminar, a medias, la estancia espaciosa, de techo bajo, de papel un tanto viejo y pasado de moda. El transcurso de los años no ha podido borrar de mi memoria el recuerdo del empapelado chinesco de mi pieza, con sus mandarines de sombreros como platos, largos bigotes caídos, larga cola a la espalda, con caña de pescar, a orillas de un río, en paisaje con dos o tres torres de muchos pisos. Repetíase la escena. Más de una vez me entretuve, durante mis noches de insomnio, en contar, uno a uno, los millares de chinos del papel, todos iguales, todos en posición idéntica, provistos de su caña, de su sombrero plano, de sus bigotes, de su torre y de su red. En vano miré esa noche la legión innumerable de los chinos; el sueño no me bajaba. Volvíame, tan sólo, una como nostalgia del terruño, el más agudo sentimiento de lo que dejaba por allá, junto con el medroso recelo de lo que ahora me aguardaba. ¿No habría sido mejor, yo pensaba entre mí, el estarse pací-

fico en su casa, y no irse por el mundo a buscar pan de tras-trigo, sin considerar los muchos inconvenientes que tiene el vivir lejos de los suyos, sin apoyo, sin cariño, sumergido en el mar o en la batalla?

Apagué la luz para pensar en "los de allá", como si la obscuridad, con su varita mágica, junto con borrarme lo presente, me pusiera muy cerquita de todas esas cosas tan amadas, de las cuales me hallaba tan lejos. Luego, experimentaba la sensación de una separación eterna, de que nunca más habría de volver a los míos, y la vida me parecía insoportable. Pero no, la vida siempre tendría goces para mí, en tanto que abrigara la esperanza de volver a verla, de contemplar su plácida visión de primavera, de estrechar entre mis brazos sus formas que aparecen envueltas en veladuras nacaradas entre mis ensueños. Mucho quiero a mis padres y a mi hermana; en mucho tengo las amistades campestres que traigo adheridas con la fuerza incontrastable del hábito, pero afecto y todo recuerdo se borran ante la visión encantadora de Pepita. Su fisonomía picaresca, el lunarcillo que sombrea su boca graciosa, aquella onda que corta con fulgores aterciopelados la blancura de alabastro de su frente; su cabello negro que se tiñe de fulgores levemente dorados en la nuca. En lo esbelto, su cuerpo no tiene rival, así como en lo gracioso. Pero nada iguala, ni siquiera se aproxima a la expresión, suave, húmeda, de sus ojos verdes que atraen, que agarran que magnetizan, sobre todo cuando baja la mirada, como encubriéndola, muy levemente, detrás de su pestaña larga y rizada.

Pepita ha sido la compañera de los primeros juegos de mi infancia. En el colegio me hice amigo de Pascual Solís, su hermano, algo mayor que yo, por los años, pero mucho más aún por la experiencia, por aquella como visión adelantada de la vida que él tenía, aún antes de conocerla, de donde tomaba su carácter fondo

grave, de seriedad prematura, de precoz inteligencia de las cosas humanas.

En tanto que yo corría con Pepita por entre las sendas tan lindas de las huertas, sombreadas por los pomposos y gigantescos nogales, higueras y olmos, Pascual estudiaba. Las acequias estaban cubiertas de hierbecillas olorosas. Nosotros, con las piernas y los piés desnudos, andábamos por el agua cogiendo piedras y separando las más redondas. Aún siento la frescura y el grato murmullo del agua, cuando recuerdo esos días felices, tan lejanos ahora; aún me parece que cogemos juntos el fruto rojo y agrio de la zarzamora que encubre y forma los vallados. A veces nos robábamos tortas de biscochos y tarros de almíbar para hacer, bajo la umbría de los sotos, meriendas alegres, acompañados en algunas ocasiones por Pascual.

Cuando conseguíamos caballos para todos, y las respectivas sillas, y el permiso indispensable, solíamos cruzar, en alegre caravana, bajo las altas alamedas. Nos encaminábamos bajo una tenebrosa pero plácida senda formada por árboles que entrecruzaban sus ramas en lo alto; allí nos metíamos con caballo y todo, a carrera tendida y sin pararnos en barras. Al pie del cerro nos bajábamos; hay, allí, un prado donde podíamos coger en un instante us gran ramo de violetas, de esas violetas que tanto agradaban a mi madre.

No lejos, de la llanura abierta, cortada por regatos, setos bravíos, por brezales rastreros y apretados, o por charcos de agua sucia y barrosa, hay unos montes altísimos y boscosos, donde la bravura salvaje, la lobreguez de los abismos, la inclemencia de los páramos, despiertan esa como adormecida sensación de misterio abrigada en el fondo de las almas. Una vez nos perdimos en los montes; era de ver nuestras caras y las voces que dábamos, amedrentados por la soledad y el silencio. Sólo al caer de la noche, saltando por sobre setos

y desconcertadas arboledas, volvimos aquella vez al pueblo, donde nos esperaban nuestros padres disgustados.

¡Para qué recordar mi lugarcillo con sus campos diversos, sus verdes sembrados, sus huertas de sazonada fruta, el sol radiante, las hojas polvorientas de los árboles, las cepas, las viñas donde apenas empiezan a madurar los pámpanos, el doloroso crugir de las carretas cargadas de mies, al caer de las tardes de verano, el radiante sol de mediodía que todo lo alegra con sus ráfagas de luz reverberante, las sombrías alamedas, el bosquecillo de maitenes y de boldos, con tanto lugar apartado y esquivo! ¡Para qué recordar esas cosas que se hallan tan lejos y que, con todo, parecen como adheridas a mi alma de igual manera que la yedra a los árboles! Al evocarlas siento una dejadez, un quebranto, uno como abandono de la voluntad. Auméntase esta sensación, a medida que me llega por la ventana el silbo delgado del aire cargado de aromas campesinas que vienen del huerto.

Tal vez alguien sospeche que no traería yo tan vivas las memorias del terruño si no fuera porque vienen evocadas en alas del recuerdo de Pepita, de inefable fruición. Más no acertarían los que tal pensaran. Yo traigo en el alma todo, "todo" lo de allá. Me parece que veo, de lejos, la lumbre rojiza del hogar, destacada en el fondo de la vieja casa de la hacienda, de tejado puntiagudo y altísimo, de corredores espaciosos, enladrillados a la manera de los corredores de un convento y la pilastra cubierta de enredaderas. A la noche parece todo el edificio una mancha de tinta, en el fondo de la cual brilla alegre la fogata de la gente que se calienta al amor de los tizones en la cocina. En el saloncillo modesto, pero elegantemente aderezado, se pasea mi padre, en tanto que mi madre lee junto a la mesa, bajo la luz de una lámpara de parafina que proyecta

su círculo luminoso sobre el libro, sobre el tejido de mi hermana y sobre el piano que abre la blanca dentadura del teclado entre las fauces negras de la caja. Los perros ladran desaforadamente en el corral, en tanto que yo entrego las riendas del caballo al mozo y con las piernas tiesas y entumidas cruzo por los espaciosos corredores. Resuena y se pierde en el silencio el ruido de mis pasos, a medida que yo penetro al saloncillo donde me esperan; todo está pronto para la comida; hasta se siente un olor de tocino y vapores de sopa. Las viejas sillas, un tanto desvencijadas, me esperan; así están acostumbradas a mí, como yo a ellas. Conozco sus pliegues, sus manchas, sus desflecaduras; espero el rumor desapacible y chillón de sus resortes, que, lejos de sorprenderme, en fuerza del hábito, me parece necesario, casi fatal. Junto con besar en la frente a mi madre, estrechada la espalda de mi hermana con afectuoso palmoteo, saludo a mi padre respetuosamente, casi con miedo. No tiene, por cierto, el cariño íntimo, las tiernas y solícitas expansiones de mi madre y de mi hermana. Su temperamento es frio y reservado; aléjase, naturalmente y de por sí, de todo género de expansiones, que considera como flaquezas, y a más, como cosa de mal tono. Mi padre ha sido, en sus días de fortuna y de holgura, lo que antiguamente se llamaba un hombre de corte y se llama ahora un hombre de mundo. Era buen mozo; todavía se deja translucir aquella su belleza de otros tiempos, en el garbo de su cuerpo, delgado y fino, encorvado ahora por el peso de los años, en su nariz aguileña y finísima, en el mirar acerado de sus ojos, en su ancha y despejada frente, sobre la cual forman, naturalmente, onda sus cabellos encanecidos; los pómulos salientes aumentan la expresión de energía de su rostro, que se completa con su andar golpeado, firme, en línea recta, con la expresión segura y movimiento reposado de ém-

bolo en máquina de vapor. Tuvo, en otro tiempo, cuantiosa fortuna, heredada de mis abuelos, junto con nombre ilustre en la historia colonial de Chile; después vino a menos, perdió casi por completo su fortuna, sin que sus esfuerzos heroicos lograran contener el derrumbe de su casa. Malas empresas mineras y asuntos de porvenir, pero de larga espera, le obligaron a dejar la ciudad y a encerrarse por completo en el pequeño fundo de las "Tablas de Tamarga", o las "Tablas", como más generalmente era llamado. Es de creer, conociendo su carácter, que influyeron en esta resolución no solamente los deseos de rehacer su fortuna, sino también el sentimiento natural de orgullo que le alejaba de sus amigos ante los cuales no podía figurar en pie de igualdad absoluta. Yo sospecho que la vanidad ha sido el punto flaco del carácter de mi padre. Un Fernández y Lisperguer, si no es el primero, si no figura entre los primeros, debe sepultarse vivo, según su parecer, no del todo disimulado; por eso, al casarse, debió escoger a mi madre — ¡líbreme Dios de malos juicios!—en atención, principalmente, no a su fortuna, que no la tenía, ni a su belleza, que era escasa, pues mi madre nunca ha pecado de bonita, sino tal vez, por pertenecer a la familia de Alvarez de Villarreal, nietos del marqués de Villarreal de Medina, virrey del Perú. Quizá entró también por mucho en la elección de mi padre la incomparable dulzura del carácter de mi madre, su reposado juicio, su discreto ingenio, su gracia la suprema elegancia que tenía para todo.

Tratado por extraños, mi padre parecía el hombre más amable del mundo. Más, a poco dejábase ver que bajo el terciopelo se ocultaba una garra de león. Si algo le distinguía, era inmenso orgullo personal y de familia. Todas las viejas tradiciones de sus abuelos, los recuerdos de antaño, los nombres y entroncamientos aristocráticos, los abolengos, constituían su

debilidad a la par que su fuerza. Cuando se nombraba a una persona, él contaba, sin darse punto de reposo, sus antecedentes de familia, así las virtudes como los defectos de la raza, junto con anécdotas. Había formado parte de la flor y nata de la juventud de su tiempo. No se resignaba, por cierto, a la vida opaca del que no tiene mucho dinero, en una gran ciudad. A medida que el suyo disminuía, vino a comprender que el abolengo, en las sociedades modernas, es tenido en poco. Junto con esto, no podía resolverse a dejar su brillantísima posición social para entrar en otra más silenciosa, a la par que modesta.

De aquí nacieron, por decirlo así, unas como arrugas morales que se formaron en su alma, agriaron levemente su carácter y le empujaron al campo, en busca de manera de rehacer su fortuna y poder presentarse, nuevamente, en sociedad, con el esplendor perdido. Tanto mi hermana como yo éramos pequeños; mientras llegaban los tiempos en que ella hubiera de ser presentada en sociedad, había espacio de sobra para luchar y rehacerse. Quizá, más que consideraciones de familia, fueron razones de vanidad las que le movieron a dejar el trato mundano, a él, elegante de profesión. No me forjo ilusiones respecto de mi padre; bien me doy cuenta de que todos, allá, junto con respetarle por su honorabilidad y rectitud de espíritu, se sienten alejados de él por su frialdad, por su inmenso orgullo, antes vislumbrado que sentido. Si bien mi padre había caído con la actitud elegante del "Gladiador moribundo" su caída era, con todo, una caída de mármol, y, por consiguiente, fría. Yo temo, no sin razón, que mi carácter adolezca de esa misma flaqueza de orgullo, y, sin embargo, me siento humilde, profundamente humilde en mi fuero interno. Quizá por eso me ha dicho alguien que mi humildad es orgullosa.

No, yo no puedo ser orgulloso; para probarlo, me

bastaría con señalar mi intimidad con Pascual Solís, el cariño que todos me profesaban en su modesto hogar y mi constante, mi casi desatinado amor por los pequeños. Aunque, a decir verdad, mi cariño a Pascual Solís no tiene mérito, si considero lo bueno que ha sido conmigo desde chico, el cuidado singular que ha tenido con todo cuanto a mí se refiere. Terminada la escuela, pasaba siempre a descancar a casa de Pascual, a la Administración de Correos. Era entonces Pepita una muchacha juguetona, ojos brillantes, el color sonrosado, sano y alegre del durazno; en la carrera nadie la ganaba, así como en los saltos; burlona como que andaba siempre inventando alguna diablura que ponía en revolución a todo el barrio y que a nosotros nos hacía morirnos de la risa. Siempre iba como bala disparada; su naturaleza no le permitía punto de reposo. Algunas veces, debajo de los nogales, en primavera, en el día de santo de don Segundo Solís y en otras ocasiones señaladas, bailábamos la zamacueca; los hombres acompañábamos con palmoteos, excepto Panchito Molina, que "tamboreaba" en la guitarra. Pepita, que tenía entonces diez años apenas, bailaba ya con donaire y gracia encantadora. Así fuimos creciendo, el uno al lado del otro, acostumbrados a tratarnos de continuo, de tal manera que llegábamos a sentirnos mal cuando pasábamos algún tiempo sin vernos. ¡Quién dijera que esos juegos infantiles habrían de parar en un sentimiento serio, hondo! Así fué; yo sólo vine a comprenderlo cuando, cumplidos ya los diez y ocho de Pepita, Pancho Molina la hizo una "declaración" en un paseo al campo. Inmediatamente ella me lo contó, refiriéndomelo todo, punto por punto, la faz cubierta de rubor, como si hubiera cometido falta, y brillante la mirada.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Yo le dije que nada... que no pensara en mí.

A mi pregunta ansiosa, ella respondió bajando la vista, después de un rápido cambio en los destellos de nuestros ojos. Reinó silencio. Sin acertar a decir palabra, ambos experimentamos algo extraño, deseos de abrazarnos, de estrecharnos con locura; yo sentí, de un modo tenue, casi imperceptible, que ella se abandonaba por completo, que me pertenecía. No pronunciamos ni una palabra siquiera, pero, junto con separarnos, yo sentí un inmenso gozo; parecíame que era como emperador, dueño del mundo, que se rendía a mis plantas.

En ese momento ella tuvo que alejarse de mí: su madre la llamaba.

Mas tarde, a la media hora, nos volvimos a reunir en la grande avenida de la quinta. Todo había pasado, como polvorazo. Yo me sentía un poco enfriado, y ella también, como si hubiera disipado la atmósfera la corriente nerviosa que parecía unirnos. Comprendí que, en ese punto, habría sido ridículo hablarla de amor; tuve como la extraña sensación de un gran peligro, de igual manera que si tras de unas palpitaciones fortísimas del corazón hubiera sentido paralización casi absoluta. Si hubiera hablado cuando ella me contaba el rechazo de su nuevo pretendiente; si la hubiera cogido la mano, si... habría cambiado mi vida por completo. Transcurrido el tiempo me pregunto ¿por qué no la dije en ese momento que la amaba? Después, en la grande avenida, bajo la brisa fresca, cerca de sus padres, divisándose en el fondo los cortinajes de serga verde, un tanto chillona, del salón, sentía una cosa muy distinta dentro de mí. Los ardores se habían evaporado, los sentimientos sufrían eclipse.

Aquella misma tarde, entrada ya la noche, me salió al encuentro mi padre que volvía de la faena:

—Tengo que hablar con Ud.—me dijo.

—Bien, señor.

—De algún tiempo a esta parte, Ud. prodiga mucho

sus visitas a casa del Administrador de Correos. Cuando Pascual Solís se encontraba aquí, esas visitas no tenían nada de particular, más, ahora, que él está desde hace dos años en Santiago, estudiando medicina, la cosa ya tiene sus bemoles. Tanto don Segundo, como la gente del pueblo, creen que Ud. habrá de casarse con la Pepita. Ya se habla mucho de eso, hasta le dan a Ud. por novio. ¿Qué hay?

—Nada, señor; que como tengo tan pocas distracciones, siento agrado en ir allá.

Bajé la vista, ante la fuerte mirada de mi padre, y guardé silencio.

—Está bien. Sólo debes pensar en que esa no es gente para tí, añadió pasando al tono familiar.

En fin, yo tengo la culpa de todo, y no tú, si bien se mira. En cuanto ganaste el diploma de bachiller, debí enviarte a la Universidad, para que aprendieras leyes, te abrieras camino en el mundo, conocieras la sociedad en que tienes que figurar por tus antecedentes y por tu familia. La vida para muchacho como tú, de buena figura, de gran tono, que no es tonto, con parientes que ocupan en Santiago posición de primer orden, no es obra de romanos. Así, pues, no debes tomar muy por lo serio las mujeres por acá. Bien comprendes que sería ridículo el pensar en matrimonio con Pepita o con cualquiera otra dama por el estilo. La vida, amigo mío, es una cosa muy seria; es una batalla que hay que dar con probabilidades de triunfo. Comprendo que un muchacho se enamore de una chiquilla graciosa; esto pase, pero no que se case con ella. Desde luego, no tiene antecedentes, ni posición. ¿Quién es don Segundo? Un hombre bueno, querido en el lugar, empleado de vigésimo orden, de condición obscura, que apenas tiene con que vivir y una quinta de su mujer. Bueno. Si cometieras la locura de casarte, resignándote a que yo no volviera a verte en la vida, ni tu madre

tampoco, entrarías en existencia desagradable de apuros y de dificultades pecuniarias. Una vez que se te hubiera pasado la embriaguez de los primeros días, encontrarías la vida pobre, obscura, sin horizontes, recortadas las alas. El trabajo constante con pequeños resultados, casi nulos, y la amargura de las ambiciones insaciadas, vendrían en seguida. Luego, el fastidio, el inmenso tedio que levanta en el alma la sociedad de gente que consideramos inferior a nosotros, y tal vez, la pobreza, con todo su cortejo de males y desagrados sin cuento. Llegaría día en que ni siquiera tuvieras el consuelo de la belleza graciosa de Pepita, que ahora te parece más que suficiente; engordaría, se pondría pesada, perdería su talle, se pondría de mal humor, te echaría en cara hasta la posición que no hubieras podido darle, puesto que yo no la habría recibido en casa.

En cambio de todo esto yo te ofrezco algo muy diverso. Partirás a Santiago en la semana entrante. Con relaciones de familia, mediante buena figura y carácter agradable, el camino es fácil. No hay que buscar las dificultades en la vida; antes orillarlas. Desde luego, es menester presentarse mostrando confianza en sí mismo; ser amable hasta donde sea posible, sutil, astuto; aprovechar las circunstancias, sin dejarlas perder, cuando son útiles; armarse de gran paciencia y de energía. Ante todo es menester no olvidar nunca el nombre de los Fernández y Alvarez de Villarreal. Por cierto que, sin necesidad que lo digas jamás, ni aludas siquiera a ello, porque sería de mal tono, eso lo sabrá todo el mundo. En sociedad interiormente orgullosa como la nuestra, y celosa de lo poco bueno que le queda en materia de antecedentes de familia, el orgullo, cuando es firme, altivo, consciente, es grande arma: quizá la mitad del éxito. Estudia con seriedad, visita mucho, y evita las deudas y las malas compañías. Te aconsejaré que seas implacable con los enemigos, cuando veas que

puedes reventarlos, si no, dúctil, impenetrable como la esfinge, para herirles en el punto y en la hora convenientes, pero de manera mortal. En todo recto y perfectamente leal y honorable. ¡Cuidado con la política! Si alguna vez aciertas a dar en ella, que sea para mandarla, y no para servirla. No olvides que esas primeras opiniones, ligeramente dadas, lanzan a un hombre en el tumulto de un partido, a puntos y cosas que no sospechaba en el principio; ten presente a toda hora, que la vida es batalla tremenda en que se lucha sin cuartel. Los unos, para triunfar, tienen que pisar el cuerpo de los otros, a veces el de seres queridos; en cuanto desfallecen, o flaquean tan sólo, están perdidos completamente; los otros se ensañan con el vencido, le vituperan, le escupen, creyendo, con esto, que harán olvidar sus faltas y sus flaquezas propias. Hay que aprontar la maleta y decir a la lavandera que traiga pronto la ropa limpia.

Aún recuerdo la impresión del prolongado silencio "angustiado y amargo" que siguió a las observaciones de mi padre. El corazón me latía con violencia. Experimentaba algo como temor, la ansiedad de lo desconocido, la sensación confusa de vértigo; algo así como creo de recluta al vislumbrar que la batalla se acerca.

Los perros ladraron desde lejos, en tanto que divisábamos las manchas rojizas de las ventanas de las casas iluminadas por lámpara nocturna. Nos apeamos en el corral y tras de seguir el corredor, llegamos a esa tan tranquila y cariñosa habitación en que todo respira la calma, el desahogo, el amor del hogar, la benevolencia. Mi madre y mi hermana tenían los párpados enrojecidos; no hicieron más que verme y lágrimas involuntarias rodaron nuevamente. Ambas me abrazaron. Diríase que se venía el mundo abajo; que ya nunca más habrían de volver a verme. Pasada la aflicción pri-

mera, mi madre me contó las resoluciones de mi padre, con reflexiones y comentarios, así como consejos de todo género para la nueva existencia. Dos se me grabaron particularmente: sé bueno y compasivo con los desgraciados, que Dios en el otro mundo y en este con seguridad el destino, habrán de recompensarte; anda siempre muy elegante, con ropa obscura y bien cortada en la mejor sastrería. A trueque de andar bien, prívate de comida, si es preciso: el primer éxito mundano viene de las exterioridades de traje y de las futilezas morales. El éxito en lo sólido es más seguro, pero tarda tanto en venir... cuando llega.

Me despedí de Pepita al día siguiente. Me entregaron encomiendas y tarros de dulce para Pascual. A los pocos días, partía yo para Santiago en el expreso de Talcahuano.

Veo el humo, siento el resoplar estrepitoso de la máquina. El humo crece y todo lo envuelve en su inmenso velo que toma proporciones colosales y mis ojos se cierran. Es el sueño.

III

EN LA SUCURSAL DEL ARCA DE NOE

NATURALMENTE, en pos de viaje tan prolongado por fuerza uno tiene que levantarse tarde.

Acababa de vestirme cuando resonó en el patio el campanilleo del almuerzo, repiqueteo claro, alegre, casi apetitoso. Después de saludar a Pascual, bajé por la vieja escalera que crugía con mis pasos: atravesé el patio de muralla enlucida de amarillo y cubierto por alfombra de verdura perenne, así en invierno como en verano. Pascual afirmaba que en él brotaban callampas, aserto que solía despertar la justa indignación de mi *sea* Adriana. Después de atravesar un corredor estrecho, en la esquina del segundo patio, hallábase una pieza no muy grande ni muy chica, empapelada de verde, con papel de flores rojas y pájaros azules, desleído a trechos por las goteras que, al deslizarse por las paredes en días de lluvia, habían dejado surcos bastante visibles. El aparador muy ancho y bajo, con espejo empañado por las frecuentes visitas de las moscas, ocupaba uno de los extremos de la pieza. Encima del aparador, una vieja ponchera de plaqué, orgullo de mi *sea* Adriana, se alzaba entre dos compoteras blancas de loza, rodeadas de copitas verdes y azules, formando especie de geroglífico de colores diversos, lo que la buena mujer consideraba el colmo del arte y del buen gusto. Encima de dos trinches de

nogal, pavoneábanse dos oleografías ordinarias con piñas, plátanos, y otras frutas. En la testera principal, entre un retrato del General O'Higgins, y una estampa alegórica, iluminada, de Arturo Prat con levita azul, charrateras amarillas, ancla y bandera, lucía, en el puesto de honor, un retrato de Fray Andrecito, especialmente de la devoción de mi *sea* Andrea, que refería de menudo sus milagros, afirmando, no sin cierto orgullo, que le había conocido. Llegaba a referirnos, en cierta ocasión, que, hallándose faltos de recursos y sin alimento algunos frailes de su convento, el beato se dirigió con ellos a la acequia del huerto donde, después de rezar un Padre Nuestro en cruz, pescaron inmensa cantidad de pejerreyes que alcanzaron para tres días. Sea de esto lo que fuese, no estaba muy justificada la presencia del beato fraile en el comedor. Según Carlos Rayles, uno de los pensionistas, mi *sea* Adriana había colocado allí la famosa estampa, a ver si se repetía el milagro de los panes y de los peces. Un sofá de reps verde, con flecos morados, y media docena de sillas, se alineaban metódicamente al rededor de la pieza. Es de advertir que el sofá era tan viejo y se hallaban tan vencidos sus resortes que, junto con sentarse, uno experimentaba la sensación de caída o sacudimiento a manera de descarga eléctrica que venía a sorprender a los incautos no familiarizados aún con los misterios de la casa. Larga mesa, con mantel tachonado a trechos de manchas de vino, de café y de huevo, llenaba el centro. Unas cuantas botellas, con la servilleta puesta encima y apretada por anillos de metal y de hueso numerados, señalaban a los felices que bebían vino. Compoteras con dulces mosqueados y duros, dos floreros ordinarios de color, vasos, copas y botellas de distintos tamaños, cuchillos con cacha de hueso y tenedores de plaqué, de forma antigua, completaban la indumentaria de la mesa. Dos huinchas, negras de

moscas, se cruzaban por el techo, de esquina a esquina. A decir verdad, lo que más me sorprendió, fué una especie de escobillón, formado con tiras de papel en tabla horizontal clavada en una vertical colgante del techo. Este plumero se movía por medio de cuerdecilla que pasaba por argollas en lo alto. Cuando hacía calor, en verano, mi *sea* Adriana o alguno de los pensionistas más abnegado, tiraba el cordón; se movía de este modo el plumero con crugir de maderas y dolorosas contorsiones, produciéndose vientecillo bastante fresco, que, junto con espantar las moscas, solía arrojarlas a los platos con alguna frecuencia por desgracia.

Cuando entramos no había llegado nadie todavía. A poco, después de saludarnos desde la puerta, con la cabeza, entró un señor de alguna edad, de pelo cano, los párpados caídos, los ojos pequeños y empañados, la nariz gruesa y los labios carnosos con lunar peludo en la barba; tenía el aire vulgar, genérico, que hace confundir a una persona de tal manera en la masa humana que es difícil distinguirla; vestía ropa vieja y pasada de moda, pero decente.

—Buenos días!...

—Buenos días, don Benito—le respondió Pascual.

El hombre se sentó, sin apurarse, tosió, sacó sus anteojos de estuche negro de cartón, leyó el número en el anillo de la servilleta, la desdobló con lentittud y se arrellenó en su silla.

No transcurrió mucho sin que entrara una curiosísima pareja de mozos. Era el uno de hasta veinticinco años de edad, barbinegro, la nariz aplastada, la frente estrecha, con mucho pelo y muy corto, algunos granos y espinillas que, según él decía, le habían sido concedidos por Dios para amenizar la monotonía de su rostro, porque, "en la variedad está el gusto". Tenía cicatriz en la barba, los pómulos salientes y pestañeaba mucho con el ojo izquierdo. De estatura ni muy alta, ni muy

baja, de rostro atezado y simpático. Su traje si que era por demás singular; vestía chaqueta puesta del revés, con el forro blanco de las mangas hacia afuera; cubría su cabeza con gorra de viaje y su cuello con paño de manos, a listas rojas. Llamábase Carlos Reyles; era estudiante de medicina y calavera de profesión. De carácter maleante, burlón, amigo de divertirse a toda hora y a costa del mundo entero, sin dársele una higa de nadie, era generalmente querido. Tenía manera peculiar y humorística de expresar todas las cosas, lo que le había conquistado fama de gracioso, pero su gracia consistía, más que en sus dichos, en la manera de decirlos, con voz bronca, desapacible y fisonomía seria, imperturbable, aún cuando expresara las ideas más droláticas. Era, en suma, verdadero tipo de actor cómico popular. Exceptuados los días en que padecía *spleen,* que eran generalmente los últimos de cada mes, cuando se le acababa el dinero de la mesada paterna, o bien cuando por algo extraordinario se atrasaba el correo, hubiera sido difícil hallar persona más dada a juerga y a broma que Rayles. Era de los que salen de cucuruchos en Semana Santa o cosen con aguja los vestidos de las mujeres en las procesiones. Atribuíanle, probablemente con razón, al honor de haber inventado la famosa burla de colocar junto a la ventana un esqueleto anatómico, en la noche, a la hora en que las mujeres salen del Mes de María del Carmen Alto. Envolvíale con una sábana, poniéndole un cabo de vela en el interior y escoba en la mano. El miedo, los gritos, las carreras, la bulla pasaban, de lo que puede concebirse, con gran diversión de Rayles y sus compañeros. Contábase, además, que solía presentarse, vestido de tortillero, en casa de una hermosísima y conocida señorita donde no podían verlo ni pintado por "siútico". En suma, sus historias eran cuentos de nunca acabar.

El muchacho que entró al comedor en compañía de

Rayles era de pequeño cuerpo, de ojuelos grises, brillantes, la nariz pequeñita y arremangada hacia arriba, la boca grande, la cara redonda y mofletuda. Usaba el pelo corto, al estilo de escobillón, como dicen los nuevos peluqueros, junto con bigotillo y perilla negras; andaba con trote menudo, la frente echada hacia atrás, lo que le daba traza insolente que con su cuerpecillo y con su facha resultaba graciosa. Era estudiante de leyes, y además, provinciano, como Rayles frisaría su edad con los treinta años, su condición era alegre con alternativas prolongadas de mal humor sombrío en que abominaba de todos, por los más fútiles pretextos. Su orgullo desmedido, así como el altísimo concepto que abrigaba de sí propio. Lleno de ambiciones de todo género, esto de ver la vida fácil para otros y llena de contrariedades para él, solía producirle cóleras interiores que se derramaban en forma de lluvia de escepticismo; con todo, las más de las veces dominaba la nota jovial en su carácter. Vestía este personaje traje de casa de lo más extraordinario: envolvíase en una bata felpuda de baño de color cáscara, en la cabeza llevaba gorro turco y en la mano un plumero en alto. No bien hubo llegado a la puerta, cuando recogiendo con la mano izquierda la extremidad de su bata, alzó el plumero que llevaba en la derecha a guisa de espada y entonó, a pleno pulmón, el aria famosa de *Il Trovatore*...

"Madre infelice
corro a salvarti...

Cuando iba por la mitad de su canto, notó que había una persona extraña y nueva en el comedor, interrumpiólo, se quitó ceremoniosamente el gorro, y luego, cubriéndose, pegó un grito correspondiente al clásico *do* de pecho.

"Tariii... ra... rarararirá... rirararará"...

Luego tomó asiento a continuación de Rayles, desdobló su servilleta y se la ató al cuello por detrás, como los niños. Pascual Solís, inclinándose al oído me dijo que se llamaba Pepe Flores, que tenía muchísimo talento, era estudiante muy flojo de leyes, periodista, poeta, bohemio incorregible, y buen muchacho. En pos de éste entraron los demás huéspedes de la Casa de Pensión: doña Manuela Avilez, viuda de Collarte, señora gorda, colorada, andaba pesadamente, suspiraba y se reía a menudo;... sofocada casi siempre, aún en invierno, quejándose de cansancio cuando sólo había atravesado el patio. Sus tópicos habituales de conversación eran los sirvientes, las enfermedades, el modo de hacer los dulces, y la prolija enumeración de las virtudes, riquezas y honores de que gozaba en Bolivia su difunto esposo el coronel Collarte. Doña Manuela, que sólo confesaba cuarenta y dos años, a pesar de contar más de cincuenta, tomó asiento a la derecha de la patrona, que llegó luego; a su izquierda se sentó la Josefina, hija de mi *sea* Adriana... ¡Pobre Josefina! ¡qué simpática y qué buena era!...

La sopa fué servida en medio de los saludos y reflexiones ordinarias de los huéspedes, apropósito del tiempo y de la salud. De repente, Rayles, guiñando el ojo a Pepe Flores para que le secundara, se dirigió a don Benito.

—¿Sabe Ud., don Benito—le dijo—que Aníbal Fabras, de vuelta del baile de máscaras, nos ha contado una cosa muy seria?

—¡Qué cosa!

—Que Ud. andaba por ahí del brazo de una hermosa dama.

Los demás huéspedes, al ver la cara estupefacta del buen hombre y su fisonomía y aspecto "contra amor", soltaron la risa.

—No se rían Uds. que esto es muy grave—exclamó Rayles.—Francamente, yo lo he puesto en duda, apesar de que no ignoro cuán corrompido está el mundo.

—Así es, dijo doña Manuela Avilez, con su voz algo cantante, Picarte decía lo mismo. ¡Cómo está la sociedad, Manuela, como está la sociedad!

Los dos estudiantes cambiaron miradas con la mayor gravedad y convicción.

—A propósito, para que vea la exactitud de lo que dice mi *sea* Manuela, ¿ha leído Ud. *El Ferrocarril* de esta mañana?

Tanto mi *sea* Manuela como mi *sea* Adriana hicieron un gesto negativo.

—Pues viene una correspondencia, que yo acabo de ver—agregó Pepe Flores.—En ella se afirma un hecho escandaloso: que la reina Victoria tiene amores con Julio César.

—No lo creo—repuso mi *sea* Manuela con indignación.—El mundo está malo, pero no tanto como eso. Todos saben que la reina Victoria es un tipo de mujer honrada.

—Pero si Julio César ha conquistado a la Galia... —expuso Pepe Flores con tono persuasivo...—si es un conquistador... no hay quien se le resista.

—Puede ser que haya conquistado a esa señora Galia—repuso doña Manuela—más yo no lo sé. De todas maneras, esto de la reina Victoria es calumnia que levantan. ¡Ah! si viviera Picarte!... no habría consentido que se hablase de esas cosas!

Flores puso rostro compungido.

—Yo deploro igualmente, señora, que no viva el coronel Picarte, pero no veo motivo para tanta indignación. ¿No sabe Ud. que el mundo es maldiciente?

—Así es.

En ese punto intervino un tercer personaje.

—Bueno es que se burlen de Ud., señora mía, o si

no es bueno, por lo menos, pase. Pero lo que yo no puedo en manera alguna consentir, lo que provoca mi indignación y mi justísima protesta, es esto de que ya no exista para la juventud lo sagrado y santo de las instituciones de origen divino, como la monarquía. ¿No comprende, mi *sea* Manuela, que se burlan de Ud.; que Julio César, el primero de los emperadores romanos, vivió hace mil ochocientos años, sobre poco más ó menos? Aquello de sus amores con la actual reina Victoria es una burla volteriana en contra de la monarquía, punto con el cual yo no transijo. A la república y a la democracia, debemos todos estos males que estamos presenciando en la sociedad moderna. En efecto; ahora tenemos en todas las republiquillas de América española dictadura y anarquía permanentes, la sociedad se encuentra basada exclusivamente en el dinero, en vez de hallarse fundada, como en lo antiguo, en los servicios prestados, con las armas o en el Gobierno y Letras, a Dios, a la Patria y al Rey, que venían a constituir la aristocracia y los abolengos de familia. Justo y noble es que los hijos de quien ha derramado su sangre por lo más grande y santo del universo, ocupen señalado y especialísimo lugar. Además, como hasta el impío Darwin lo ha enseñado al estudiar las leyes de herencia, y como lo señala, con justicia, el socialista Max Nordau en su escrito sobre la paradoja aristocrática, los hijos de hombres eminentes, algo han de heredar de las cualidades y condiciones que a sus padres dieron lustre personal; por lo tanto, es justo que los padres leguen en favor de sus hijos título, o prosapia, que les señala como poseedores de sangre capaz de hechos memorables. ¿Qué pretenden Uds. los demócratas colocar en lugar de tan altos y nobles principios? Unicamente la influencia del dinero, que trae, a la postre, el socialismo y la anarquía, como corolarios de su deleznable base.

El personaje que hablaba de este modo y que había

entrado al comedor sin que yo le sintiera, tendría sobre poco más o menos cuarenta años. Llamábase don Cesareón de la Carrera, afectaba continente altivo y magestuoso y tenía modo de hablar campanudo y hueco, usando ciertas expresiones anticuadas como preciándose de hablar castizo. No se podía negarle buena figura. Alto de cuerpo, de frente despejada y calva, pelo negro, nariz griega, boca pequeña y bien perfilada, se distinguía por ojos brillantes y un tanto saltones, manchas rojas en las mejillas, y hablar precipitado, que a la contradicción más leve se exaltaba y subía más y más el diapasón. Su paso era corto y rápido; andaba siempre ocupado, y muy de prisa, en cosas que él juzgaba importantes y que no pasaban de meras bagatelas. Tenía serios estudios y conocimientos en materias bibliográficas y de historia americana. Discurría, en ocasiones, con lucidez y brillo que pasmaban, con palabra fácil y cierto sarcasmo natural que le hubiera hecho temible a no ser tan cobarde, pues al menor asomo de amenaza retiraba carta. Cuando se hallaba de buen humor, daba carcajadas descompasadas que era fácil oir desde la calle; cuando no, gastaba mal humor sombrío y huraño, término contrario de su estado anterior. Generalmente, no carecía de ingenio, excepto cuando se tocaba directa o indirectamente la monarquía; perdía entonces enteramente los estribos, se indignaba, pateaba y se volvía energúmeno. Era partidario del principio monárquico, sostenía que la república era un absurdo y rendía pleito homenaje, en su corazón, al rey de España, como si la Independencia no se hubiera realizado. En materias de heráldica, no tenía rival don Cesareón. Conocía detalladamente la prosapia de todas las familias de Santiago, quiénes eran sus abuelos, sus títulos, si los tenían, sus armas y sus orígenes. Los estudiantes los explotaban a su sabor más completo, sea para divertirse con él, sea para obtener datos de algún personaje encumbrado.

—¿De quién desciende el señor Fredericksen?—solían preguntarle, aludiendo a un banquero muy rico.

—Ese... del mal ladrón...

—¿Y don Pedro Sandoval Jiménez?—le decían—aludiendo a personaje de caudal cuantioso, que había sido varias veces ministro y cuyo padre tuvo sastrería pobre.

—Ese... tiene por armas una tijera y una uña... a cuarteles con botones y salchichas...

No bien hubo pronunciado su apóstrofe don Cesareón, en defensa de la monarquía, que nadie atacaba, pero que él juzgaba ofendida con la poco respetuosa disertación a propósito de la reina Victoria, cuando saltó doña Manuela Avilez, indignada con el descubrimiento hecho por don Cesareón de que los estudiantes pretendían burlarse de ella.

—¡Ah si viviera Picarte!...—dijo, casi con lágrimas en los ojos—nada de esto hubiera pasado.

—Pero, señora mía...—exclamó Pepe Flores.—¿Cómo puede Ud. creer que nos burlamos?

Tras de muchas explicaciones se apaciguó la tormenta, y continuamos tranquilamente el almuerzo que no pecaba de lujoso. Habría sido difícil coger una indigestión en casa de mi *sea* Adriana González. Había varios guisos de papas: unas con picante, de color rojo; otras papas rebosadas, y otras fritas con beefsteak, un poco recocido. Seguía uno de huevos revueltos con tomate, queso y zanahoria. Era de ver el apetito y el modo de comer atropellado, como si fuera a perder el tren, de don Cesareón. La respetable viuda de Collarte mascaba con más reposo, pero no con menos apetito que don Cesareón; había cogido por el hueso una chuleta, *extra,* y la devoraba con dentellada sistemática y segura; quizá no quedaría el hueso, ni tal vez el plato. Don Benito comía con cierto recogimiento, de un modo religioso; habíase atado al cuello su servilleta, manchada

con vino y tachonada de grasa. Sus ojos de carnero, de esos que revelan ausenncia de ideas, tenían cierto tinte vidrioso, en tanto que sus mandíbulas iban y venían de modo formidable, tratando de sacarle jugo a un beefsteak más seco que esparto.

El resto del almuerzo transcurrió, sin novedad, entre bromas de los estudiantes, sorpresas de don Benito e ingenuidades de doña Manuela Avilez, cuya ignorancia no sorprenderá, por cierto, a los que conocen la escasa educación de las mujeres en Chile, particularmente en la clase media. Tanto Pepe Flores como Carlos Rayles, poseían el arte de mistificar a la buena señora, poniendo en movimiento a los huéspedes todos. ¡Cosa extraña, de que más tarde tomé nota! en los contados días en que los estudiantes comían fuera de la casa, sus dos víctimas, la viuda de Collarte y don Benito, declaraban cómo sin ellos no se podía vivir, cómo su buen humor hacía falta, y entonaban el elogio de sus verdugos, que positivamente les hacían sufrir a las horas de comida. Buenos momentos de apacible alegría pasé yo en aquella casa. Aún creo ver la luz rojiza de una lámpara de parafina con pantalla de papel chinesco, iluminando, a la hora de comer, el pobre comedor, pues el gas había sido desterrado por economía. La sopa humea en la gran sopera blanca, en tanto que Josefina, la hija de la patrona, cuenta, en silencio, a los huéspedes que han llegado para ver el número de platos que haya de servir, o si alguno falta. Su figura suave, ni fea ni donosa, de expresión resignada de antemano a todas las malandanzas que habrán de venir fatalmente, su cutis amarillento, sus mejillas flacas, su aseo y pulcritud en el vestir que traen como soplo fresco, todo surge con ella, en la penumbra, cerca de la lámpara que ilumina el blanco mantel y las botellas negras. ¿Para qué mentir?... En los primeros tiempos sufrí, de manera insoportable, con todo lo de aquella casa. Acostumbrado a la distinción, al

orden, al silencio, a la pulcritud en el comer y en el hablar de la mía, todo en la mi *sea* Andrea me parecía ordinario, vulgar y triste.

Encontrábame rebajado a la clase media, para no abandonarla nunca más; desterrado, para siempre, de esa atmósfera aristocrática, serena, que en la modestia de mi hogar resaltaba todavía como soplo de la antigua elegancia. Con todo, poco a poco me fuí haciendo a la vida y al lenguaje de casa de mi *sea* Adriana. La alegría de los estudiantes disipó a menudo mis penas; aprendí a fraternizar con ellos, a desenvolver los instintos de simpatía que constituyen el fondo de mi naturaleza, esos impulsos de fraternidad que me llevan hasta dar mi cariño a seres que a menudo no son dignos de él y que me hacen preferir a los pequeños, a los humildes, a los que nada valen.

Rayles, Pepe Flores y Pascual Solís, tenían grande intimidad. Pascual se había impuesto, por el fondo serio de su espíritu, que no carecía de jovialidad en la forma. Sea, quizás, por ley de contrastes, lo cierto es que sus demás compañeros le consultaban en circunstancias delicadas. En su pieza de los altos, al lado de la mía, solían reunirse de noche, en el invierno. Los días sábados se hacía ponche con un famoso coñac, "Tres Estrellas": luego jugábamos a la "malilla" o al "tresillo", como solía llamarle Salvador Roca, un purista y gramático muy curioso, que formaba el cuarto. A Roca nada le indignaba tanto como las faltas en contra del lenguaje castellano; hubiera perdonado un asesinato con alevosía, pero no transigía ni con una falta de sintaxis, ni con un galicismo. Contábase que había escrito seis columnas en *El Ferrocarril* para poner en claro si debía decirse *el* mimbre o *la* mimbre, punto que estuvo a pique de llevarle a duelo con un profesor del Instituto Pedagógico. También refería Pepe Flores, con grandes juramentos de decir verdad, que en

cierta ocasión, allá en sus mocedades, cortejó Roca a una artista dramática del Teatro Santiago, y con tanto éxito, que ella hizo los mayores extremos y disparates por él. En el día de su beneficio, Roca le envió una cajita muy mona; adentro iba un libro empastado en cuero ruso: era la "Gramática Castellana" de Bello.

La mayor desesperación de Salvador Roca provenía de su segundo apellido. Llamábase Roca y Beauchef. Eso de tener un apéndice extranjero debía de ser suplicio para tan puro y fervoroso adorador del idioma castellano. Era, con sus ligeros defectillos, el amigo Roca un excelente sujeto, o, como él decía en castellano correcto, hablando de otros, "una buena persona".

Ardía la llama azuleja del ponche cuando entraba don Salvador, con su raquítica humanidad, cargado de hombros, de cabeza pequeña y fina, la nariz delgada, calados los anteojos y envuelto el cuerpecillo en un inmenso macfarland. Llegaba con paso menudo y rápido, saludando cariñosamente.

—Hombre !... ¿Quién me da un cigarro!...—decía con su voz clara, de acento metálico—que tenía ciertas extrañas entonaciones en el registro. Casualmente he olvidado mi petaca... Es un decir... porque no he dado al olvido la petaca sino los cigarros...

—O el dinero para comprarlos... — interrumpía Rayles...

Celebraba el dicho con risa nerviosa y precipitada, el buen Roca.

—La verdad es que ando falto de seso con los no muy escasos trajines de esta mi tan asendereada vida.

Jugábase "tresillo", en el cual Roca era mano formidable. Y reíamos... y charlábamos hasta el amanecer. Los comentarios de los sucesos del día, los pelambrillos, las maledicencias, las caricaturas de los compañeros y de los personajes de alguna cuenta, no tenían término. Nunca faltaba una taza de té, ni un tarro de dulce en

almíbar, de durazno, de guinda o de membrillo, ni alfajores de la "Antonina Tapia". El juego era en extremo suave; con todo, solía caer el perdidoso en cinco o seis pesos, lo que afectaba en extremo a Rayles, que se picaba. Una vez que la pérdida llegó a siete pesos, lo que para nosotros era una fortuna, le dijo Flores, con aire compungido:

Repitamos lo de mi *sea* Manuela: "¡Ah!... si viviera Collarte!... quizá no nos hubiera ganado..."

IV

PRIMEROS PASOS

DURANTE el primer tiempo, me ocupé en reconocer la ciudad en compañía de Pascual, que me llevó a cuanto había de notable.

Fuí al Parque, navegué en la pequeña laguna, recorrí la Quinta Normal, con su hermoso Palacio blanco del Museo que se refleja en las aguas como paloma. Recorrí sus grandes avenidas de álamos de Carolina, castaños de India, abetos, araucarias, olmos, encinas y otros árboles de copaje frondoso. Todo estaba solitario; uno que otro coche americano pasaba al trote suave y largo de sus caballos Cleveland. No dejé, por cierto, de ir al Cerro de Santa Lucía, la obra maravillosa de Vicuña Mackenna. Desde la meseta de Pedro de Valdivia, contemplé la ciudad, a vuelo de pájaro. Allá lejos, el Cerro Blanco, las cúpulas de la Recoleta Dominica y de otras iglesias; más cerca, el Cerro San Cristóbal, de color verde suave, con la gran faja gris de los cortes de las canteras. Toda una población nutrida, de casas pequeñas, de techos pardos, se extiende a su pie, hasta las orillas del río Mapocho, que se desliza por hilitos delgados en su ancha hoya pedregosa que atraviesa la ciudad como cinta gris. Se hablaba entonces de canalizar el río, cosa realizada años más tarde, pero

que, a la sazón, no pasaba de proyecto. Aún recuerdo aquellos bancos del "Puente de Palo", donde solía yo sentarme, en compañía de Pascual, en las tardes de otoño. A la izquierda se alzaba el Puente de "Cal y canto", admirable construcción de la Colonia, con sus pilastras gigantescas y sus torreones que parecen imagen exacta del "Puente" de Toledo. A la derecha, muy lejos, veíase el Puente de la "Purísima", con sus trabazones de madera como hilos de araña; más allá, la masa coposa de los árboles encubría el Seminario. En el fondo, la Cordillera de los Andes, inmensa mole de granito, de color violáceo, con cimas encaperuzadas en nieve en el otoño. A medida que el invierno avanza, se cubre de amplia túnica blanca de armiño. No hay nada más maravilloso, en Santiago, que la Cordillera, con su mole gigantesca de picos escarpados, de laderas cortadas a pico, de suaves veladuras de nieve, como alas de plumas. Al verla, no sabemos ni donde concluye la montaña, ni donde principia el cielo. Lejos, pero muy lejos, se vislumbra Apoquindo. Siguiendo la misma línea, más al sur, a media falda, se muestra "Peñalolén", como raya blanca. Allá se extienden las manchas perfectamente regulares de los sembradíos, cercados de álamos; las verduras intensas, como capas recortadas en manchas de esmeralda, de los campos de talaje, donde pacen los animales diseminados. El canal de Maipo corre hacia el sur, en la dirección de Pirque y del llano histórico de su nombre que de estéril y arenoso que era, se ha convertido en jardín continuado.

Siguiendo esa parte de la meseta, hay camino desde donde se divisa el barrio de la Maestranza y el del Cerro, hasta las Cajitas de Agua. Es esa una de las partes de Santiago que mejor han conservado su aspecto de la era colonial. Los edificios son antiguos, de alero los más, con solana, los otros, casi todos de largas murallas blanqueadas. En los patios, al estilo andaluz, se dejan ver los

jardines y los huertos que destacan sus manchas de verde intenso entre las techumbres pardas. La nota de verdura se desprende vibrante, casi luminosa, alegre, en aquella ciudad reposada y adormecida, que parece vivir hacia atrás, en tiempos que ya fueron. Las calles son irregulares, y abundan los callejones sin salida, como en ciudades españolas. El sol de la mañana, que despereza y raja los jirones de vapores y neblinas que encubren, entre las viejas alamedas, las afueras de la ciudad, reverbera en las hojas de los naranjos, hace brillar los pinos del norte que alzan sus largos brazos descarnados en algunos solares, y produce una como prolongada vibración en la atmósfera, encima de los viejos techos. Los hilos de agua del Mapocho lanzan reflejos metálicos al deslizarse por su ancho cauce descarnado y gris. Varios asnos pacen en una mancha de verdura, al pie de tres sauces que hay en la Cañadilla, a la entrada del "Puente de Palo"... y todo refleja la misma vibración de calor que adormece y aletarga.

A la parte del occidente, ya la ciudad es otra cosa. Dilátase inmenso mar gris de techos de todas formas y tamaños, de chimeneas de todas dimensiones, que se pierden en extensión enorme y al parecer ilimitada. La ciudad de Santiago, tiene innumerable cantidad de edificios de un solo piso, y abriga una población de doscientas mil almas; se dilata de manera desmedida, en área que sólo ocupan las capitales europeas de importancia. De este lado, presenta aspecto diametralmente distinto, se moderniza, abandonando del todo el estilo colonial de la Maestranza y de la Cañadilla, que se dilata al otro lado del río, entre el Mapocho y los cerros Blanco y San Cristóbal. Ahora vemos que se multiplican las cúpulas de iglesias: allá muy lejos, las viejas torres de Santo Domingo, todas de piedra, de forma característica, gruesas, macisas, pesadas, con la solidez de esos templos que tienen algo de fortaleza. Una hermosa

palmera levanta sus ramajes, como manojo de plumas de avestruz, cerca del río. Siguiendo la misma línea, en dirección a la Alameda, veo las torres de la Merced; sus agujas elegantes que recortan el cielo azul, en lo alto de torre blanca y sonrosada. Los claustros del convento aparecen obscurecidos, junto a la nota alegre de la verdura de su jardín. Mas allá, por la línea recta de la calle de la Merced, veo la Plaza de Armas, el edificio del Portal Fernández Concha, con sus cúpulas que aparecen gigantescas, el Palacio Arzobispal, el edificio de piedra de la Catedral, de estilo primitivo, salvaje, semi-araucano, semi-colonial, contrastando con los palacios modernos de la Municipalidad y del Correo, como trescientos años de colonia entre el ruido y el tumulto de la vida moderna. Esta parte de la ciudad tiene aspecto comercial y nuevo y distinto de las otras. Aquí los edificios de dos y tres pisos se multiplican, los palacios particulares muestran sus fachadas de lujo, las grandes construcciones desarrollan las hileras simétricas de sus ventanas, las láminas de zinc de los techos se prolongan en oleadas grises y uniformes. Diríase que a las ciudades les pasa lo que a las colectividades vivas, que los edificios y los barrios sufren distinta suerte: en tanto que los unos prosperan, se engrandecen y embellecen, los otros vienen a menos, quedan estacionarios, decaen. Los edificios tienen su historia, su vida *humana* y personal.

El paseo de las Delicias corta la ciudad, de un extremo a otro, con ancha faja de árboles, llena de estatuas y columnas. Es la grande avenida. Es, también, la única parte del barrio central donde hay vegetación, pues, apenas si Santiago tiene dos o tres plazas como la de San Isidro y la de Yungay. De aquí el aspecto característico y casi triste de esta parte comercial de la ciudad, cuyos techos, y calles sin árboles, despiden fuego en mitad del día, con emanaciones de horno, en verano. Sobre los empedrados blancos se deslizan, como manchas ne-

gras de moscas, los coches del servicio público, los hombres como puntos. Sube, a las alturas del Santa Lucía, como por paredes de embudo, una suerte de rumor desapacible: son las agitaciones varias de gran ciudad, el correr de los coches, haciendo saltar el empedrado, el ruido de los carretones, el chirrido de carretas tiradas por bueyes que transitan por la ciudad a cualquiera hora, como si no existiesen ordenanzas de policía, las voces de los vendedores de frutas y legumbres, el clamoreo de los muchachos y la gritería de los chicos de un colegio vecino. Esos mil ruidos forman conjunto extraño, que trae a la imaginación la idea de gran colmena o de extraño crustáceo de mil tentáculos extendidos en diversas direcciones.

¿Para qué repetir la historia de mis impresiones en aquellos días? Tal vez, con recordarla, renace más vívido y más completo el drama de mi vida; quizá reconstruyendo esas primeras, vengo a dar más claridad a mis recuerdos, a poner más en limpio el por qué y el cómo de los sucesos que se imprimen en un carácter joven y le amoldan para su suerte futura.

Debo confesar que, antes que movimiento de curiosidad natural, me movía a ver todas esas cosas el deseo de darle gusto a Pascual. Sabía que gozaba con mostrármelo todo; sabía que experimentaba placer positivo al creer que me servía de algo. Por lo tanto, me dejaba llevar. Donde quiera que fuese, y en lo mejor de las explicaciones de mi amigo, yo sentía miedo o tristeza. Aterrábame el pensar que me encontraba solo en ciudad tan grande, sin experiencia, sin recursos con escaso apoyo, para batallar entre tantas ambiciones, tantos egoismos, intereses encontrados y opuestos, en lucha en que todos se dan dentelladas, creyendo necesario aplastar a los demás para subir ellos, con ambiciones nunca satisfechas, envidia, cóleras, adulaciones para el victorioso, indiferente desdén para el vencido, y secreto placer

con la desgracia ajena. No necesitaré decir que esto lo sentía yo de manera instintiva, no razonada; así como extendemos la mano al caernos, sin saber por qué, y no de la manera precisa y clara con que lo hago ahora.

Sentía, sin saber cómo ni por qué, tristeza que me invadía y que se aferraba de mi corazón, a la manera de lenta neblina. Era algo como la *desesperanza* cantada por Leopardi. Hubiera dado entonces lo que no tenía por volver a mi hacienda, por hallarme entre los míos, entre corazones amigos que me conocían y que me amaban; por pasearme una vez más en la huerta de don Segundo, sólo con Pepita, tratando de todas esas niñerías y futilezas que tomaban tanta importancia con tan sólo nombrarlas su voz de timbre suave como caricia.

¿Tendría acaso el derecho de pensar en Pepita? ¿No había puesto la voluntad de mi padre barrera insalvable entre ella y yo, barrera que no podría romper sin alejarme de los míos? Acaso existía en mí algo de cobarde, con ribetes de egoismo, que me impedia afrontar la lucha por la vida, sin recursos, contra la corriente, a trueque del amor de Pepita. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que ella volvía a mi ánimo en esas horas de tristeza, sólo que, en vez de traerme bríos, todavía más me desalentaba.

Después de recorrer a Santiago, me inscribí en los cursos de leyes, y comencé la vida monótona del estudiante. Como soy naturalmente perezoso, las más de las veces llegaba tarde a clase; otras, entreteníame charlando en los corredores de los claustros universitarios, en esos anchos corredores de altísimo techo, de gruesas y elegantes columnas, de ventanas y puertas inmensas de palacio. Recorríalos en compañía de algunos jóvenes estudiantes del mismo curso, discutiendo asuntos de filosofía y de religión, de política y de literatura. Charlábamos, de igual manera, de asuntos de actualidad. Con todo, lo que más me interesaba eran las discusiones abstractas:

de tal manera que vivíamos fuera del mundo. En tanto que discutíamos con calma los hechos de crónica diaria, nos apasionábamos, dábamos voces y patadas, tratábamos con gestos violentos y con sarcasmos de los asuntos abstractos de política, de filosofía y de religión, como si fueran puntos más importantes para nosotros que los sucesos de la vida corriente.

Ya en la Universidad comienzan a notarse las desigualdades sociales futuras. Unos cuantos estudiantes, mejor vestidos, y con mayor aspecto de acomodo, forman círculo aparte, se abstienen de mezclarse con los otros, iniciando una especie de distinción de casta. En las clases, los de un mismo círculo tratan de sentarse juntos. Hay círculos de todas especies: políticos, los unos; otros, de alumnos que han sido educados en un mismo colegio; de amigos, otros; otros, de jóvenes que comienzan la vida mundana y que, con la fatuidad de los primeros años, presumen casi de personalidades, y a los demás le miran en menos. De ahí a poco vine a comprender que los distintos circulitos se miraban con recelos, y en ocasiones con hostilidad mal encubierta. Muchos de los profesores eran insignificantes, otros se ocupaban en largas disertaciones, sin darse más trabajo que el de examinar superficialmente a sus alumnos. No dejó de producir esto, cierto desaliento en mi ánimo; veía que la distinción, antes que de la inteligencia o del esfuerzo personal, dependía del acaso, de un poco de suerte, de simpatía.

Pasadas las clases de la mañana, a eso de las diez y cuarto, nos dirigíamos al "centro", a pasear por las tiendas y a seguir muchachas, o, como llamaban entonces a "pololear". De nueve a once es la hora preferida por las señoras de Santiago para ir con sus hijas a los grandes almacenes de la parte comercial de la ciudad. Es la hora más cómoda porque no necesitan preparativos de *toilette*. Como en Chile, todas las damas van a la iglesia envuel-

tas en manto negro que les cubre la cabeza, terminada la misa, pasan al centro del comercio que es, en Santiago, la manzana comprendida entre la Plaza de Armas y las calles del Estado, de los Huérfanos, y de Ahumada. Los grandes almacenes, colocados en ésta y en las manzanas adyacentes, se ven invadidos, a esas horas, por enorme concurrencia femenina. Las mujeres de manto llenan las aceras, hormiguean por las tiendas, se detienen en los muestrarios, discuten las calidades de las mercaderías y los precios, piden rebaja, y se creen muy astutas cuando juzgan que han conseguido comprar algo más barato que la Fulana o Mengana.

—¿No lo deja más barato?

—No puedo, señorita, es absolutamente imposible... Por ese precio ya perdemos en el precio de costo.

Es sabido que los comerciantes siempre pierden al vender.

—Pero en las "Novedades" lo dejan más a cuenta, exclama la señora con voz abaritonada.

—No será de la misma clase—replica el dependiente—un muchacho moreno, de pelo aceitado y muy relamido. Fíjese Ud., señora esta percala no se destiñe... este género de lana es muy duradero. La señora de tal compró un vestido de este mismo género hará seis años, y todavía lo tiene como nuevecito. Ayer no más estuvo en la tienda con él.

—¿Qué hay, Clara, ¿te decides?

—No, mamá, pues, mire... si me lo dejara a cinco, cincuenta y cinco, se lo tomaría.

—Lo siento mucho — contesta el dependiente — poniendo cara de circunstancia, pero no puedo a menos de cinco sesenta, último precio, por ser Ud. Las parroquianas se levantan de las sillas en que estaban sentadas y se dirigen a la puerta. Entonces las dirige el dependiente el último disparo:

—Decídanse Uds., señoritas, este género se va a aca-

bar pronto, porque está de moda. La señora Emiliana Z. se llevó ayer treinta varas para mi *sea* Elenita. No hay más novedad que esta... es la última, "dernière"...

Las compradoras, al llegar a la puerta, se detienen. Este argumento las ha convencido. La señora Z.... compró treinta varas... Sí, es muy barato—agrega la que responde al nombre de Clara—recordando que eso del mismo género en las "Novedades" es una mentira de su invención. ¡Cómprelo mamá!

El dependiente, con regocijo silencioso, mide las varas de un género color de zanahoria con morado. "Denos la "llapa", pues... no sea mezquino."

No acabaría nunca si me pusiera a referir los puntos de diálogos por el estilo que he podido oir en mis paseos por las tiendas, a las cuales entraba, de cuando en cuando, a comprar "encargos" de casa. La manera de *tendear* de las mujeres santiaguinas es muy especial. En tanto que las unas se ocupan en estas o parecidas discusiones, otras recorren todos los almacenes, sin comprar un paquete de agujas, y lo revuelven todo y lo piden todo, y solicitan rebajas absurdas, o compran cosas que no necesitan porque les parecen baratas. En cuanto a las solteras, sobre todo las muchachas, antes de comprar se ocupan en mirar, y en dejarse mirar, de los galanes que las esperan, paseándose por parejas en las aceras, como guardias civiles. Al llegar a la puerta de una tienda, ellos miran hacia adentro, ellas hacia afuera; y no se alejan mucho, para no perderlas de vista cuando salgan. En ocasiones atraviesan rápidamente por los cruceros del Pasaje Matte para hacer "una cortada" a la "prenda" y salir al encuentro como por casualidad. Ella se sonríe, levemente; la mamá se hace la que no ha visto, y él se juzga un "diablo" y queda contento con el éxito de su maniobra.

Los estudiantes hormiguean, por el centro, en la mañana; se paran en las esquinas, se ponen de espalda en

los muestrarios de las peluquerías. Los coches del servicio público pasan lentamente; silban los conductores de tranvía, y pregonan sus periódicos los suplementeros desarrapados, de sombrero grasiento, chaqueta descosida y zapatos rotos. Por todas partes circula ese tipo audaz, aficionado a vestirse con colores claros y corbatas vistosas, un tanto insolente para mirar a las mujeres, a quienes persigue sin descanso, eternamente prendido y eternamente anónimo, ocioso y paseante de profesión, a quien llamaban antes *pije* y que llaman ahora simplemente *siútico*, algo parecido al tipo del *cursi* español. No quiere esto decir, por cierto, que no pasarán algunos caballeros y jóvenes verdaderamente elegantes, pero no eran estos los que predominaban.

Para mí, el "centro" era algo nuevo que agradablemente me sorprendía. No dejaba de llamarme la atención esa extraordinaria cantidad de mujeres envueltas en mantos, lo que hizo exclamar, en cierta ocasión, a un francés: "¡Pero qué cantidad de viudas hay en Chile!" Forman una cantidad de manchas negras que se mueven, se agitan, hormiguean, vienen y van, se amontonan en tropel, en ciertas tiendas y se apartan de otras, dejando vacías sus grandes fauces tragadoras de gente y de dinero. La acera del Estado, entre Huérfanos y la Merced, era entonces mi paseo favorito. Andando lentamente, con los libros debajo del brazo, charlando en compañía de algún compañero de curso forense, recorría la calle.

Ese lugar tiene para mí recuerdos bien dolorosos. Ahí fué donde principió sin que yo me diera cuenta de ello, el drama de mi vida; ahí fué donde divisé, por vez primera, a la que había de traerme tantas horas amargas, colocándome en situación horrible. Aunque nó; ella la adorada, no ha tenido la culpa, pues la culpa toda, es mía, de la fatalidad, de las circunstancias, de la sociedad, no quiero pensar de quien...

¿Cuándo la conocí? Sería imposible olvidarlo; pasarán mil años sin que se borre un punto el recuerdo de mi memoria. Debió ser en una mañana de sol.

¿De sol? No lo podría afirmar precisamente, sino que guardo en el alma un recuerdo radiante. Marchaba distraidamente en compañía de José Larenas y Ossa, cuando vimos detenidas un instante en la esquina de la calle de las Monjitas, delante de un gran almacén de tripes y alfombras, a dos niñas elegantísimas en su sencillo traje de mañana azul marino, la una, negro, la otra. La de azul llevaba sombrerito pequeño o toca (seguramente de la Viraud, según observó Julio, que era entendido en la materia) con plumas sueltas y algunos grandes lazos de cinta caprichosamente arrugados. Llevaba los guantes color caña, de piel de gamuza y, en la mano, uno de esos quitasoles llamados *en-tout cas,* larguísimo, al estilo Luis XV; el color amarillo de los guantes entonaba con el azul marino del traje y lazos oro viejo del sombrero. Alta, de cuerpo esbelto, delgada cintura, andaba con paso largo, el cuerpo derecho, pero sin tiesura, la frente alzada, pero de manera natural; dejaba la impresión de lo que debía ser Diana, la Diosa Cazadora, entre los antiguos. Sería de creerlo, a no sentir, a su paso, un suave perfume, una ráfaga sutil de iris blanco, mezclado con el soplo leve y fresco del agua con vinagre de toilette.

Su rostro, más bien pequeño, era ovalado ligeramente; la boca pequeñísima y la barba modeladas con firmeza denotaban decisión, cierta resolución del ánimo; su color, de un blanco nacarado y transparente, dejaba impresión extraña, de algo enfermizo. Iluminaban ese rostro, a que daba gracia su sonrisa natural, dos ojos negros, aterciopelados, muy redondos, que miraban con aire asustado tras de sus largas pestañas, extendiendo la pupila dilatada, a lo lejos, y dándole cierto velo de timidez. El rasgo característico de su fisonomía era su

nariz, una nariz fina, de corte borbonico, ligeramente encorvada: dábale cierto aire de altivez, un tanto desdeñosa, cuando clavaba su mirada en alguien, esa mirada que inocente se volvía dominadora, de manera súbita. Esa niña pasó junto a nosotros, sin mirarnos, sin notar siquiera que existíamos, con una especie de involuntario desdén aristocrático, dejándome la impresión de mujer interesantísima y de elegancia refinada. ¿Me pareció bonita? No lo sé; pero recuerdo todavía esa impresión, con palpitaciones rápidas en el pecho, con golpe de sangre involuntario a la cabeza, como si me avergonzara de algo, y luego, nada; volví a mi estado habitual. "¡Qué mona es la más chica"—exclamó José.—Yo no la había visto: la visión de la otra lo había absorbido todo, dejándome sólo vaga memoria de su amiga. No comprendía yo entonces la misteriosa afinidad de los temperamentos que hace volverse loco a un hombre por una mujer, ante la cual permanecen perfectamente indiferentes los demás, con las mismas costumbres, los mismos gustos, educados en un mismo medio. Por eso me extrañó que mi compañero prefiriese a la menor. A tí no te ha disgustado la otra—añadió él, sonriendo, con mirada socarrona.—Yo no le contesté. ¿Me gustaba? ¿no me gustaba? Sería imposible decirlo; sólo sé, de manera segura, que me produjo la impresión de ser diferente de todas las demás mujeres que conociese o que hubiera visto. En ella todo era propio, todo era de *ella,* no se confundía, no podía confundirse, y dejaba impresión armoniosa y elegante que penetraba por la vista, por el olfato, y que subía como vapor de iris a la imaginación. Uno se complacía, se deleitaba involuntariamente en recordarla.

Tomé la costumbre de ir todas las mañanas al "Centro", con José, cuya compañía prefería para mis excursiones matinales. No sabría decir por qué razón le prefería; era vulgar, de inteligencia mediana, un poco soso

y pesado, se vestía como todo el mundo, sólo se distinguía por un cuerpo grueso y por su manera de andar inclinado hacia adelante, los brazos colgando, y con balanceo a derecha e izquierda como si le dolieran los piés. La compañía de mi amigo Larenas y Ossa no tenía nada de particularmente atrayente; sin embargo, era yo quien le buscaba, y él se dejaba ir, inerte y sin voluntad, como esos perrillos que se van con el primero que les silba. Ahora, me explico esa preferencia mía, que era movimiento involuntario de pudor moral. Juntos la habíamos encontrado, él había presenciado aquella mi primera emoción, era testigo, había lazo entre esa emoción y él, lazo que no era posible compartir con todo el mundo y que, por instinto, yo no quería extender y vulgarizar.

Volvía todas las mañanas al centro, sin hallarla nuevamente ni una sola vez; con la esperanza de verla aparecer, de súbito, detrás de una esquina, como en aquella ocasión. Siempre que llegaba a la calle de la Merced con la del Estado, miraba, por si acaso, instintivamente.

Durante largas horas, en mi pieza de la calle de la Maestranza, me llevaba con los libros abiertos, en la misma página, releyéndola varias veces, sin fruto, como si no entendiera palabra. La concentración de voluntad me permitía leer un párrafo, venían luego desfallecimientos del ánimo, fatiga involuntaria; alzaba la vista al techo, sentía impresión colorida borrosa y la imaginación que se ponía a trabajar... Recuerdo, punto por punto, los raciocinios que me hacía entonces: "¿Acaso yo estaba enamorado de *esa* niña? ¡cá! si eso era imposible; nadie se enamora a la simple vista, sin conocer a las personas, sin tratarlas, sin hablarlas. El *coup de foudre,* el impulso súbito, sólo está bueno para Romeo y Julieta; después de ellos, no se ha visto. Lo que hay es que me atrae; es elegantísima, en extremo interesante y *no* es como todas las demás, y que, para ser franco,

me gusta. Pero ¿acaso no me gusta también Pepita?... Sí, pero de otra manera. Veamos si estoy enamorado de Pepita... Enamorado debo estarlo, pues cada vez que me acercaba a ella, sentía una emoción particularmente agradable, y cuando la voluntad de ella se doblaba, se desvanecía en mi sér, en rendición completa, entonces yo sentía que la ternura me dominaba, y un gozo interior, y gozo exquisito, sibarítico, de ser señor o amo, tendencia confusa a aplastar, a pisotear, a manifestar mi poder, y, junto con ésto, distensión de los nervios que me hacía feliz. Mi conciencia está envuelta en nube confusa en la cual yo no dicierno bien, no acierto a explicarme. Si todo esto es amor, yo quiero a Pepita; en cambio, si la quiero, ¿por qué me vine? Si el deseo, si el aspirar a la posesión de Pepita era tan fuerte, yo no debí resignarme a la separación, sino luchar en contra de mi padre y en contra del Universo entero para que ella fuera mía. Tal vez la quiero, sólo que ahora me siento más tranquilo, más reposado, y hay ocasiones en que paso junto a su retrato sin mirarlo".

De este modo me engañaba yo a mí mismo, en esos mis primeros ensueños en que la visión de aquella mujer se fijaba o se cristalizaba en mi alma.

Sentía, con todo, cierto despego de mí mismo, un descontento que no tomaba forma, al notar cuán fácilmente se desprendía de mi alma la memoria de Pepita. Dábame pena al pensar que la inconstancia era en mí una forma de la debilidad. Me llevaba las manos a la cabeza cuando pensaba cómo había podido, en tan corto espacio, alejarme tanto de ella.

En mis paseos al centro, me sentía movido, ahora, por deseo, no precisado, de divisar, aún cuando más no fuera, la silueta fina de aquella señorita elegante, su cuerpo de líneas virginales, puras, de mármol antiguo, unidas a cierta gracia cálida, ondeante y nerviosa, impresa en mi recuerdo. Cerrando los ojos, hubiera podido,

quizá, repetir la sensación perfumada de su traje ceñido al cuerpo, de su paso largo y recto, al verla surgir en el aire luminoso de la mañana, a la hora en que la ciudad se despereza y la atmósfera se alegra con emanaciones tibias de sol. El sentimiento de elegancia que ella dejaba tras de sí, como aroma, tenía algo de exótico; diríase que era una extranjera cruzando por las calles de la vieja Santiago. Sensación de abolengo y de aristocracia, parecía unirse, en la desconocida, al refinamiento moderno del traje de *boulevard* parisiense, en lujo discreto y sobrio de verdadera gran dama. Lo quinto esenciado de las civilizaciones superiores se traslucía en ella.

No volví a divisarla en mis paseos diarios, como si hubiera desaparecido en prolongado viaje. Yo no sé por qué el deseo de verla tomó en mí, cierta forma de irritación extraña a mi carácter.

Sentía el enojo de ese caprichoso deseo, no satisfecho, de verla, como la impaciencia de un espectador en un teatro, antes de comenzar espectáculo desconocido.

No volví a verla; sus facciones se borraron en mi recuerdo, pero quedó vibrando, latente, la sensación de aristocrática elegancia desprendida de su persona toda, como ese nimbo de luz de los santos en la iglesia.

V

DONDE APARECE LA DESCONOCIDA

ME encontré, de manos a boca en presencia de mi *sea* Adriana, a la entrada del comedor. No supo disimular, al verme, sus muestras de admiración gozosa.

—¿Por qué se ha levantado tan buen mozo, ahora, pues?—me dijo, abriendo los ojos.—Si casi no lo había conocido... Ven, Josefina, a ver lo arreglado que está don Antonio. No se le para un pelo... ¡Virgen Santísima! se ha puesto la ropa buena, por la mañana...

Josefina, la hija de mi *sea* Adriana, se asomó, y después de confirmar con sus ojos desmedidamente abiertos la verdad de lo que decía su mamá, se puso muy colorada y se entró al comedor, como para arreglar alguna cosa: efectivamente, yo debía de haberla deslumbrado. Hasta la propia señora Carmelita dejó su asiento favorito cerca del sol y se acercó rengueando para verme. Era la Carmelita una parienta pobre, de parentesco muy lejano, de esas que suelen ocupar en las casas una posición dudosa entre señora y sirvienta; comía en el repostero para vigilar el servicio. Tendría más de cincuenta años o un poco menos de setenta, es decir, edad indecisa, incolora, indescifrable como su persona, ojos pequeños, mirar humilde, muchas arrugas en la piel

apergaminada, los labios delgados y la boca sin dientes, lo que daba a su lenguaje tono ceceoso que se combinaba con sonido gutural *bl,* extraña mezcla de consonantes, sin vocales, que dejaba escapar a menudo. La pobre vieja, de pelo completamente cano, con una que otra hebra negra, de cabellera peinada hacia atrás y tirante, usaba, de ordinario, en las sienes, dos parches redondos de "papa", según decía, para el dolor de cabeza. Andaba siempre rengueando, con los piés envueltos en zapatos de badana que casi no tenían taco y casi no tenían zuela. Vigilaba las compras en el Mercado, hacía los dulces de almíbar, contaba la ropa de la lavandera, y tenía otras prerrogativas. En los ratos desocupados se sentaba a la orilla del brasero, envuelta siempre en su pañuelo negro de lana y con el viejo vestido negro, liso. El gato roncaba a sus piés; el agua hervía con chirrido monótono en el brasero, y la Carmelita tomaba su mate "con fruición", como decía don Benito, que había pescado ese término de un amigo fraile, o tejía, con palillos, unas eternas medias de lana. La frase de don Benito había dado origen a un viejo chascarro que siempre contaba mi *sea* Adriana, y que provocaba la risa del héroe.

—Ud. toma el mate con "fruición", Carmelita, le había dicho.

—Nó, don Benito, con azúcar... le había contestado ella.

En suma; cómo estaría yo de elegante y de buen mozo, al parecer de esta sencilla gente, que hasta la Carmelita vino corriendo a verme, y me dió pruebas inequívocas de su satisfacción, con dos o tres movimientos de cabeza hechos con aire convencido, y unos cuantos sonidos guturales; hasta me cogió la manga del chaquet, para ver la calidad del paño. En aquel pobre cerebro rudimentario, no cabían los largos discursos, ni muchas explicaciones.

La entrada al comedor, a la hora del almuerzo, fué

historia no menos ruidosa. Los dos estudiantes se pusieron de pie, parándose encima de las sillas, con grande alarma de mi *sea* Adriana, que no pudo retener el grito involuntario de:

—¡Cuidado con las sillas!

Pepe Flores, que andaba con gorro turco, de color rojo, se cuadró militarmente: *Chic epatant*... —gritó

—... *3... Rue du Pont*...—agregó Rayles—aludiendo ambos a la *chansonette* que había puesto de moda uno de los artistas de aquella compañía en que vino Mademoiselle Cordier.

Todos estaban de buen apetito en ese día, y no escaseaba el buen humor. Chirriaba sobre su eje el raro instrumento que servía de abanico; sonaba como disparo la botella recien destapada; luego el glu-glu del vino, el resonar de vajilla que se mueve, de platos que se chocan, de tenedores y cuchillos, la voz ronca de Rayles y el són aternerado de don Benito, los sofocos y el abaniqueo de la viuda de Collarte, la carcajada nerviosa que daba, por el motivo más leve, don Cesareón de la Carrera, el conjunto de cabezas inclinadas sobre los platos, el gorro turco de Pepe Flores, unas veces sobre su cabeza y otras sobre la de Rayles, y por encima de todo eso, mi *sea* Adriana presidiendo, sentada a la cabecera, con aire satisfecho, como diciendo: Esto no está tan malo. ¿Dónde han visto cosa mejor? Todo surge en mi memoria al recuerdo de aquel almuerzo.

La viuda de Collarte recordó que el coronel, cuando se vestía de paisano, se veía tan elegante como yo, con la diferencia de que él tenía una apostura marcial sólo comparable con la de "Membrú".

¿Qué entendía ella por Membrú? Nunca se supo a punto fijo: quieren decir los unos que se refería a Nemrod; afirman otros, con visos de verdad, que a Malborough, que había oído nombrar en una canción y que tenía como tipo de guerrero.

—¿Con que te pareces al finado Collarte?—me dijo Pascual.

—Eso le dá derecho a la sucesión... en el alma de su viuda—observó Pepe Flores.

La buena señora se puso colorada, bajó los ojos, como si la observación la hiriera una fibra delicada, y luego dijo, abanicándose, con mal disimulada sonrisa.

—No sea bromista, don Pepe. Si el señor debe tener su quebradero de cabeza... Por eso anda con la ropa buena, tan elegante.

—Voy a cumplir un deber que he dejado de mano sin saber cómo—le dije.—Pienso ir en la tarde a casa de mi tío Alvaro...

—¿Qué Alvaro?...

—Alvaro Fernández...

Es imposible describir la emoción que produjo este nombre en el modesto auditorio de la casa de huéspedes. Las más extrañas y diversas sensaciones se pintaron en todos los semblantes. Don Benito abrió los ojos y me miró con temor respetuoso; mi *sea* Adriana levantó la vista con orgullo como diciendo, calladamente, "Vean Uds. los pensionistas que yo albergo"; el respeto se pintaba en algunas fisonomías que se habían contraído, tomando actitud espectante, como si se hallaran en presencia del personaje en carne y hueso. En otras, particularmente en las de los estudiantes, se dibujó la sorpresa; se asombraban de no haberlo sabido, y sobre todo, de que yo no afectara ningún género de superioridad por parentesco realmente lucido, ni jactancia de ningún género para con ellos, hasta el punto de no haberlo mencionado hasta ese día. Me lo agradecieron; desde el punto aquel nació entre nosotros un sentimiento de simpatía que se convirtió en amistad. No de otra causa que de motivos tan fútiles se originan los grandes afectos y las antipatías irreconciliables.

Mi tío, don Alvaro Fernández, casado con doña Mer-

cedes Larraín y Azúa, a quienes luego conoceremos, era uno de los hombres políticos que habían llegado a su apogeo diez años há. Ministro en distintas combinaciones, había desempeñado todas las carteras y organizado varios gabinetes. En la carrera de abogado, que ejerció durante largos años, había ganado algún dinero; esto, unido al considerable caudal de su mujer, le había permitido comprar hacienda y llevar, desde hacía tiempo, vida de ostentación y de lujo.

Afirmaban los unos, que era poderoso y sostenían los otros, que, como había gastado todo lo que tenía, ya no le quedaban sino las hipotecas. Con todo, nadie ignoraba que su hija mayor, Angela, casada con millonario, era una de las mujeres más bonitas y más elegantes de Santiago, ni que su padre andaba perpetuamente en candelero para todas las combinaciones ministeriales, siempre en la superficie, como los corchos, ni que daba comidas y bailes, ni que tenía coches elegantes, un soberbio landeau, caballos de fina sangre, hacienda y una hermosa y espléndida casa en la calle de Santo Domingo, porsue todo eso estaba a la vista. Cuando un hombre político reune a su posición ilustre extirpe, fortuna y figura distinguida o decorativa, se impone al respeto de los partidos, a la admiración social; es fetiche. Se buscará, en ocasiones, a un hombre de talento, pero ninguna combinación tiene visos de surgir si no figura en ella personaje como mi tío, o si no la ampara directa o indirectamente. Las masas experimentan una suerte de respeto confuso y silencioso para con los hombres, tanto más intenso cuanto menos se les conoce.

Desde el primer instante me dí cuenta de la impresión que despertaba en aquella gente que no le conocía ni de vista, junto con el placer secreto, no bien disimulado, de su intimidad con el sobrino, que era yo. Los aires protectores y paternales de mi *sea* Adriana,

tomaron visos de cariñosos; mi *sea* Manuela, viuda de Collarte, me dirigía, de soslayo, una mirada de consideración. Don Benito, que de ordinario se quedaba mirándome como un bobo, porque, según dijo Flores yo me parecía a un hijo suyo muerto más o menos a mi edad en "un rodeo", don Benito resplandecía; el buen hombre casi me miraba como cosa suya. Hasta don Cesareón tomó actitud de circunstancias, echándose para atrás. Sólo noté que uno de los estudiantes había comprendido, por los semblantes, cuál era el sentimiento general y sus labios se contraían ligeramente; acaso sentía leve impaciencia de envidia; acaso le molestaba aquello. De todas maneras la escena me sirvió para conocer la opinión del mundo sobre mi tío.

Serían las tres de la tarde, más o menos, cuando salí de la pensión. La calle de la Maestranza, con árboles corpulentos, casas enlucidas de amarillo, de blanco y azul, grandes casas de media cuadra de extensión, parecía tierra patriarcal, rincón de Quillota. Las tapias blancas, tras de las cuales asomaban amontonados los huertos de algunas casas de la calle de Lira que daban a la de Maestranza, las largas y bajas tapias, despedían reflejos reverberantes. Rumor callado, semidormido, de perezoso ensueño, interrumpido de tarde en tarde por el canturreo monótono de vendedores de fruta o de legumbres, se prolongaba por las calles, algo como zumbido de moscardones por los campos. Las casas tienen largos y pesados aleros para guarecer en tiempo de lluvia. Sobre las junturas de las negras tejas crecen las yerbas y en los viejos y espaciosos patios sube la maleza a regular altura. Entre el calor y la reverberación de las murallas, y el sueño de la calle, resuena un toque de clarín en el fondo del cuartel cercano, y se prolonga, y muere perezoso, como bostezo. En mitad de la cuadra hay casa de baños; un almacén de "La Traviata", ¡pobre Traviata convertida en

tienda de comestibles! En la esquina un despacho arroja a la calle hálito de pescado seco, pasas, yerba-mate y fideos, bocanada de olor tan característico como es, en su género, el olor a botica.

Saliendo de la calle de la Maestranza, la Alameda toma el viejo aire colonial y español de todo el barrio; a lo lejos la calle de Villavicencio, más cerca la de Mesías, todas con casas de antiguo estilo, grandes aleros, puertas descomunales, con enormes clavos algunas. La acequia de la Alameda, canalizada ahora y cubierta, corría entonces como torrente junto a la vereda norte. A lo lejos, los árboles de la calle describen curva en dirección a las "Cajitas de Agua", agradable curva de verdura que recrea la vista y que comienza junto al Hospital de San Borja. A la izquierda, muestra sus agujas elegantes la Iglesia gótica del Carmen Alto; a la derecha, el Cerro Santa Lucía alza su mole, casi al pie de la Alameda, en el corazón de la ciudad; sus eucaliptus y sus pimientos envuelven en follaje las rocas y prolongan su ruidosa nota de verdura. A poco, la Alameda se ensancha, abre sus anchas fauces y lanza, a uno y otro lado, hileras de edificios modernos, de varios pisos, al pie de la doble vía del paseo de las Delicias extendido por el centro de la espaciosa calle, entre árboles coposos y fuertes.

Torné por la calle de la Merced, aún no bautizada con el nombre de Miraflores, y seguí derecho hasta dar en la de Santo Domingo. Luego doblé en dirección al templo del mismo nombre. En ese barrio aristocrático llamado de los Presidentes, porque en él han nacido varios jefes de Estado, barrio que ha conservado, en parte, su aspecto colonial, alternándole con edificios de construcción moderna, había construído su casa mi tío don Alvaro; no muy lejos el magnífico palacio de Urmeneta levanta sus torreones de castillo escocés. Era la casa de mi tío el edificio más elegante de la calle. De estuco rosa,

por fuera, de dos pisos, con rejas plateadas en las altas ventanas, ostentaba frisos de elegantes y finas labores en la parte superior.

El vestíbulo tenía pavimento de mármol; de mármol eran, igualmente, las dos escalinatas que conducían, una, por la derecha, a los altos, y la otra, por la izquierda, a los salones. Las puertas eran todas de madera de cedro, talladas con caprichosos dibujos, y barnizadas. En aquel vestíbulo, donde resonaban los pasos, bajo altos techos de palacio o de convento, sentíase atmósfera fresca, algo que imponía y que me daba, como a buen provinciano, escalofríos de admiración. Dos estatuas de bronce, de Castor y Polux, sobre pedestales de mármol, alzaban sus brazos armados de globos opacos de cristal, destinados a iluminarlo de noche. Apreté el botón, y tras de regular espera, se abrió la mampara altísima de grueso vidrio esmerilado, apareció un viejito de cabeza blanca, cabello corto, vestido con librea de color verde botella, cruzada, botones de metal amarillo y gorra con visera en la cabeza.

—¿Está don Alvaro?

—Pase Ud., señor...

Abierta la cancela, me ví en extenso patio, de arquería morisca, con dibujos de azul y rojo y con arábescos de oro y de plata que imitaban visiblemente los patios de la Alhambra de Granada. En el centro del extenso recinto, se alzaba una pila con triple taza de mármol, y dragón, que arrojaba el agua por su respectivo caño. Cuatro palmeras, de largas hojas filamentosas, alternaban con matas de Cyca, Rosales, Grace Darling y General Schablikine, claveles, matas de crisantemo, de lila, corona del poeta, llenaban los cuadros con bordura de planta roja y con flores, abiertas unas, mustias y como adormecidas otras El corredor en el fondo, se hallaba encubierto por enredaderas, lo que daba como prolongación de la verdura del patio, del

cual subía leve perfume de lila con azahares, algo fresco y confuso. Sobre silla de mimbre, una gran piel de huanaco forrada en paño rojo se asoleaba, para impedir la polilla, en compañía de otras pieles más pequeñas de piso de cama. En ese rincón, por las puertas entreabiertas, sentí soplo de vinagre de toilette que sobrecogía y me mareaba, como si concentrase la esencia misma de aquel lujo discreto. En ese rincón había una puerta abierta: la del escritorio de mi tío. La alfombra era color sangre de toro, el papel rojo, rojo aterciopelado, las cortinas de paño también rojo, y armonizaban de una manera perfecta con aquellos altísimos techos artesonados. Cuatro estantes de encina tallada y encerada, proyectaban su nota clara sobre el papel; en el centro del salón, atravesado junto a la chimenea, un gran sofá de cuero, muy bajo de asiento y muelle de resortes, invitaba a la confianza. No había muchos cuadros que digamos, y estos no eran ni de mediana valía. Una virgen de la Silla, comprada, en su primer viaje por Europa, por mi tío, treinta años antes; una acuarela italiana de buena entonación; un paisaje de Mochi, "La Trilla" y un retrato de nuestro abuelo, don Genaro García Fernández, vestido con hábito de caballero de Calatrava, calzón corto, peluca empolvada, golilla y espadín, componían la parte decorativa del escritorio. Lo que realmente llamaba la atención era un busto de César, que desmayaba su palidez de mármol sobre el color granate del empapelado con soberbia magnífica: desprendíase la sensación de algo grande, suntuoso, regio.

Se movió lentamente una cortina, tras de larguísima espera, cerróse una puerta con golpe seco, metálico, de chapa, y apareció mi tío. Tendría 65 años, sobre poco más o menos, los ojos azules, hermosos y rasgados, la cabeza pequeña. La cabellera blanca y rizada le hubiera dado el aire gracioso de un perrillo faldero a no

ser por su naríz aguileña, de tipo marcadamente borbónico que daba sello de majestad a su rostro, particularmente cuando alguna emoción fuerte, como la cólera, hacía palpitar las ventanillas de su nariz y encendía sus miradas con fulgores rojos. Se afeitaba cuidadosamente y su rostro tenía algo de fresco y vivo que no rezaba con sus años. Un remolino de pelo, a la derecha de la frente, levantaba su cabellera formando el *toupet* característico de su fisonomía, que lo habría distinguido entre mil personas. Su boca fina sonreía con sonrisa artificiosa de amabilidad afectada; cuando la dejaba naturalmente entregada a sí, tomaba pliegue ligeramente amargo, lo cual, añadido a multitud de finas arrugas en torno de los ojos, le daba expresión fatigada de escepticismo dolorido.

Atravesó el escritorio con paso largo y pausado, la frente alta y ligeramente sumida la cabeza en los hombros; movíase sin el balanceo de otras personas, con el busto perfectamente a plomo, como si tuviera resortes de hierro. Su cuerpo delgado, su porte elegante, su largo andar silencioso, la gracia hipnotizante de su persona, y algo dúctil maleable, fluído, que se presentía más que se veía en él, daban idea de la marcha oblícua del zorro. Llegó hasta mí, cogió mis manos entre las suyas y las apretó en silencio, con sonrisa fugitiva, que luego se borró en sus labios. Luego, con presión suave pero firme, hízome sentar en el sofá, blando y deliciosamente muelle, se dejó caer lentamente en un sillón, sacó su pañuelo, gran pañuelo de seda, tosió dos o tres veces, con tos asmática, estremeciéndose todo su cuerpo, elevó los ojos al cielo como diciendo: "Yo me voy a morir, es este el último instante de mi vida", movió la cabeza, como puntuando la idea: "Ya esto se acabó". Luego, cogió un chal junto al sofá, y se cubrió lentamente las piernas, hasta quedar completamente arrellanado en su butaca.

—"Ahora habrá comprendido Ud., mi queridísimo sobrino, porque no he ido a "San Rafael" a ver a Antonio, y sobre todo a mi queridísima prima Isabel. Estos achaques, propios de la edad, que me tienen postrado, me impiden cumplir, como yo quisiera, con esos deberes tan agradables, porque, como Ud. bien sabe, los únicos deberes agradables son aquellos que nos acercan a las mujeres hermosas de la propia familia. Dígaselo a Isabelita cuando le escriba... ¿eh?... dígaselo. La recuerdo en la imaginación como si solamente ayer nos hubiéramos separado. Era la mujer más hermosa de Santiago hace... algunos años, no quiero recordar cuántos... Antonio y yo visitábamos juntos la casa de la condesa Toro, aún me parece ver a la señora condesa, mi distinguidísima amiga, en una carroza arrastrada por mulitas blancas, con cocheros y postillones de peluca empolvada... En fin, la aparición de su madre de Ud., fué verdadero acontecimiento en los salones de Santiago. Figúrese Ud. una mujer bonita, elegante, de estirpe ilustre, Alvarez de Villarreal, nieta de los marqueses de Monte de Oro, virreyes del Perú, que traía toda la gracia limeña, la tradicional coquetería que tan bien encuadra en sociedad de ceño adusto, quizá demasiado grave como la nuestra, pues somos en extremo graves... querido ami... sobrino.

Aquí se interrumpió don Alvaro, tosió nuevamente, hizo pausa, y en el momento en que yo iba a terciar en la conversación, extendió la mano, se sonrió ligera pero majestuosamente, y continuó como sigue:

—Esto de la gravedad, no lo tome Ud. al pie de la letra, pues, se lo digo por si lo ignora. Ministros hemos tenido en Chile sin más mérito que su buena presencia; otros han sido Ministros y grandes hombres... diputados... por casualidad, y senadores... por el mismo lugar. Figúrese Ud. que mi amigo N.... ese buen su-

jeto, chico, gordo, corto de vista, que se olvida de todo, pasaba cerca de la Moneda, el año de gracia de 186... (era verdaderamente un año de gracia) en circunstancias en que el Presidente acababa de preguntarle al Ministro del Interior: "¿A quien le daremos la Cartera de Hacienda?" "Pues, al primero que pase"—le repuso el otro.—En estos propios momentos cruzaba por la calle por frente a la Moneda, mi amigo... ¿cómo se llama?... ese joven chiquito, gordito... El Presidente le vió y le hizo Ministro. Ahí tiene Ud. un grande hombre de industria nacional. Ya ve Ud., queridísimo sobrino, como la industria se desarrolla sin necesidad de protección...

Y luego, cortando el hilo de su frase, me dijo, contemplándome fijamente, con sonrisa amable, cuyo artificio se veía por encima.

—Permítame cortar la hilación de esta mi deshilvanada charla, querido Antonio. Ud. es el vivo retrato de mi hermano. Aún cuando no me hubiera Ud. enviado su tarjeta, yo lo habría conocido, entre una multitud, por su fisonomía varonil, su gracia y su discreción...

A todo esto yo no había pronunciado aún ni una palabra.

—Gracias... alcancé a decir.

—No tiene Ud. que agradecerme nada. La justicia no se agradece, se exige: es atributo inherente a la base misma de la sociedad, y sin el cual la sociedad no cabe, como lo reconocen todos los tratadistas. Montesquieu, en el "Espíritu de las Leyes;" Buckle, en su "Historia de la Civilización de Inglaterra"; Bluntschli, en su "Teoría del Estado", y muchos otros no menos ilustres, establecen, de igual manera, que todo edificio moral y social que no se basa en la justicia, está construído de manera deleznable y sobre arena. Así, tanto en lo pequeño como en lo grande, en las relaciones sociales de intimidad, como en los

intereses públicos de mayor cuantía, la justicia, con todo ha de predominar...

Aquí le interrumpió nuevamente un acceso de tos.

—El distinguidísimo sabio, Herbert Spencer, a quien conocí viajando por Europa el año 45, hombre alto, vigoroso, fuerte, con venerable aspecto de patriarca y muy sano de espíritu, decía, en la *Nineteenth Century*.

En este punto iba mi tío Alvaro cuando la puerta se abrió nuevamente, y una voz clara, sonora, de timbre argentino y suave, con leves entonaciones nasales, exclamó.

—¡Papá!.. mamá te necesita...

Era una hermosísima niña que avanzaba con paso largo de Diana cazadora, abotonándose los guantes de gamuza. Marchaba sin mirar, ocupada exclusivamente en los guantes que, al parecer, la daban algún trabajo; vestía traje de paño de seda gris plateado, con aplicaciones lila pálido, y encajes blancos. Los hombros un poco levantados con los adornos de la moda "Médicis", que se usaba entonces; las mangas abullonadas, y bombachas hasta el codo, daban lugar al larguísimo guante de piel de gamuza, delicado, fresco, suave, que modelaba su brazo con relieves escultóricos. Su traje, muy claro, en el cual los encajes blancos formaban graciosas curvas y prendidos sobre el fondo lila de la seda abordonada, formaba elegante contraste con su sombrero negro, con encajes y plumas del mismo color, adornado de manera caprichosa, ligeramente *chiffone*... El cuello de su traje, muy alto y muy tieso, con rosa de cinta atrás, la daba un aire altivo, acentuado aún con su largo paso y con el arrastrar de su cola, que tal era la moda en los vestidos. Las maravillosas líneas de su cuerpo, ceñidas con virginal audacia, tenían esa natural esbeltez que llaman los franceses *elancée*, junto con la vivacidad, y la flexibilidad natural del mimbre. Era altiva, pero sin afectación, con la natu-

ralidad más exquisita, sin notarlo, sin pretenderlo, como si procediera de origen celeste, con el sentimiento inconsciente engendrado en gran familia, por lujo refinado, mediante la adulación universal.

Llegó hasta mitad de la pieza, interrumpió nuevamente a su padre, con la mayor naturalidad del mundo, y repitió, con voz musical:

—Papá... te esperan...

Yo me puse de pie. Ella levantó entonces la vista, hizo movimiento nervioso, al ver un extraño, leve inclinación de cabeza y retrocedió.

—Quédate un momento, hijita—le dijo don Alvaro—ven a conocer a...

Yo sentí que toda mi sangre afluía a mi cabeza, de golpe, y que me palpitaba con fuerza el corazón, como si quisiera arrancarse. Era ella; era la desconocida, la admirable niña que yo había divisado en el centro. Esas cuantas palabras indiferentes, frívolas, que había pronunciado, cosa extraña, me produjeron el efecto de los vinos generosos que suben a la cabeza, el sonido de su voz, el simple metal de su voz, había penetrado en mi alma como una estocada, produciendo sensación aguda.

—Quédate un momento, Julia—le dijo don Alvaro. —Ven a conocer a tu pariente *don* Antonio Fernández...

Ese *don* me sacudió produciéndome extraño escozor, como herida. Me sentía humillado, profundamente afrentado por ese don que ponía una barrera entre la familia de mi tío y yo. No consideraba ni comprendía que esa barrera se había levantado, naturalmente, por la prolongada ausencia de mi padre, que había venido a menos, por el olvido que acompaña a los que se pierden y se van, olvido que se agranda y se hace más intenso con el éxito y la fortuna de los que se quedan.

—Dispénseme un segundo, amigo Antonio—agregó —vuelvo pronto. Le dejo en compañía de Julia, que

me reemplazará con ventaja. En seguida, dejando a un lado el chal que le cubría las piernas, se levantó lentamente y como con dificultad, saliendo con el mismo lento y majestuoso paso con que había entrado, el cuerpo siempre en una misma posición, la cabeza alta, ligeramente cargado de hombros, pausado en sus movimientos, con la elegante desenvoltura de un Talleyrand ya viejo.

Quedamos solos. Julia, en el primer momento de sorpresa, había retrocedido hasta la mesa de encina tallada, cargada de libros y de papeles, que había entre la puerta del patio y la que daba a las habitaciones interiores. En vez de sentarse en el sofá, continuó de pie, apoyada en la mesa, con el brazo derecho extendido y puesta la mano sobre un pequeño estante giratorio. Su actitud desenvuelta y graciosa, inconscientemente coqueta, no tenía nada de las actitudes provincianas que parecen amarradas, sin soltura, como si la falta de trato social hicieran que los *huasos* se avergonzaran de todo.

Hubo un momento de silencio. Yo sentía palpitar con fuerza mi corazón, como en esas horas de los grandes miedos; experimentaba alternativas de sudor helado con oleadas de sangre que me sobrecogían con extraña y desconocida congoja, en desfallecimiento de todo mi sér.

—Me parece que no la veo por primera vez—la dije—suprimiendo por instinto el tratamiento de "señorita", que habría podido causarle efecto de provincianismo y el de "prima", demasiado familiar. Creo haberla divisado hace días en el "Centro", por la mañana...

—Puede ser, pero no recuerdo...

Pronunció esta frase con voz pausada y suave, de sonido metálico, arrastrando un poco las finales, con una resonancia llena y simpática en el registro grave, de naturalidad exquisita.

—No recuerdo...

Julia, la encantadora desconocida, que me había impresionado tan hondamente, con quien había soñado ya tantas veces, de quien me sentía amigo en el fondo de mi sér, ni siquiera me había visto, no porque me despreciara, sino porque no había llamado su atención. Sentí ligero escozor de vanidad herida. Ignoraba que para ella no existían los hombres que no le habían sido presentados, a no ser muy buenos mozos, extraordinariamente elegantes o dignos de risa; necesitaba yo un poco más de mundo para comprender esos modos de ser sociales, esos refinamientos aristocráticos de mi prima.

Luego, clavando en mí sus ojos negros, que de indiferentes pasaron a dar un suave fulgor aterciopelado...

—¡Ah! sí...—me dijo. — Recuerdo haber pasado una sola vez en la mañana por el "Centro", hace días. con una amiga y vecina de casa, Manuelita García Pereira. A Ud. le habrá llamado la atención porque es muy mona... A mí no me gusta ir a las tiendas a esa hora—me dijo después de una pausa—hay demasiado hombres. Equivale a ir para ser vista, como si fuéramos casi a buscarlos.

Los que quieren verme pueden venir aquí—agregó con ligera entonación de altivez.—A mí no me gusta pasear. Vóy al teatro porque tenemos palco y me agrada la música y... la crítica. No puedo dejar de ir a bailes porque mamá tiene muchas relaciones y la encantan las fiestas. Dice que hace por mí un sacrificio al asistir a ellas, pero yo bien sé que no es cierto, que se muere por pasear, que cuando perdemos alguna se pone de mal humor y que se siente feliz con creer que yo me divierto. Por otra parte mi hermana Angela... o más bien su marido... se muere por dar fiestas. ¿Conoce a Rafael?

Vaya si le conocía; el nombre de Rafael Brown

Thomson, el riquísimo propietario de las minas de plata de Tamaya y de las salitreras "Soledad" y "Choquito", sonaba demasiado, así como la belleza de la mujer, Angela Fernández Larraín, hermana mayor de Julia.

—Pues, Rafael se muere por dar fiestas; hace poco arregló un paseo campestre. Salimos en cuatro *breacks*. Rafael en persona manejaba el primero, llevando a su lado un lacayo con un canasto de fiambres y *babys* para la llegada.

Luego conociendo por mi fisonomía que yo ignoraba aquello, los *babys,* me dijo, son grandes botellas de champagne.

Yo me sonreí.

—¿De qué se rie Ud.?

—De una coincidencia... mis condiscípulos, cuando chico, me pusieron el sobre-nombre de "champagne" que yo he conservado hasta ahora.

—Es gracioso y elegante...

—De todas maneras, no me niegue Ud. que se divierte en esas fiestas... donde, estoy seguro... coquetea...

Julia juntó los labios, miró a un rincón, una sombra de seriedad pasó por su fisonomía, como si dijera, con rápido gesto de orgullo: ¿De donde saca Ud. confianza para decirme esas cosas, a mí a quien habla por primera vez?...

Comprendí todo eso en su mirada y me puse rojo hasta la raíz del pelo. Julia sintió lástima por los aprietos en que me ponía.

—A las fiestas, prefiero quedarme en casa de noche, dijo. Nunca faltan visitas, a pesar de que poco visitan en Santiago... Suele venir mi hermana, Angela, y casi todas las noches Anita. Pasadas las nueve, en cuanto mi papá se va a costar, toco el piano... papá no puede verlo; es una manía. Suele citar la opinión de no sé quien que ha dicho: "La música es el menos desagra-

dable de los ruidos", sólo que él la enmienda, agregando que, en vez de ser el menos, es el "más"...

—¿Y sus hermanos?...—la dije...—¿No son aficionados a la música? ¿no tocan?...

—... Solamente la campanilla... por eso hay que arreglarla todas las semanas. En cuanto a Luis, no le diré que nó. Entona con bastante buen oído las cancioncillas del Politeama; pero darse el trabajo de estudiar música, ni por nada de este mundo...

Julia tomaba actitud más de confianza, disminuyendo un poco su reserva. Ahora apoyaba el codo en el estante giratorio. Con la mano izquierda, movía por la alfombra su sombrilla de puño de oro; estiró el pie que surgió poco a poco y por completo, un admirable piecesito, muy delgado, largo, bajo de empeine.

Le calzaba una zapatilla de charol, con cinta de lazo y medias de seda negras que transparentaban unos visos de carne, como reflejos pálidos. Con la punta de la sombrilla se golpeó la punta del zapatito, donde reía el charol con los reflejos de la luz. Luego, como notase que yo la observaba, escondió lentamente su pie, dirigiéndome una mirada tranquila, a la vez que indiferente.

Mi corazón latía de nuevo con fuerza. El contorno elegante de su cuerpo, lleno de extrañas y encantadoras morbideces; la elegancia de su actitud y de cada uno de sus movimientos; el fulgor aterciopelado en el mirar; el perfume leve de iris, ese mismo perfume de la primera vez que la ví en la calle; el refinamiento de su lujo, hasta su inconsciente y excitante coquetería, todo se me subía al corazón como gran mareo, algo de vértigo, quemar de los ojos, estremecimiento de todo el sér, que luego se desvanecía en corrientes nerviosas, en vaga necesidad angustiosa de poseerla y de ser suyo, de que ella me matara, o que me extrangulara con sus admirables brazos.

Absorbíame sed inextinguible, loco deseo de que fuera mía, con todo lo suyo, hasta con el aire que respiraba, en una juventud sin término, como primavera que nunca se acabase; o bien, si esto no era posible, a lo menos que ella me diera la muerte con sus manos en la agonía de un abrazo. Junto con esta sensación indefinida, experimentaba la sensación precisa y clara de que eso mismo era absurdo y de que no podía esperarlo, quedándome tan sólo ráfaga de ardiente deseo, de borrachera moral que subía y subía...

No sé a qué atribuirlo, si al sol que me daba de lleno, penetrando a torrentes por la puerta abierta al patio, o al perfume de iris que me envolvía en oleadas, o al trabajo rápido de la imaginación excitada, o a todo junto: el hecho es que sentía positivamente desvanecimiento moral y físico.

—¿Hace algún tiempo que Ud. ha llegado?—preguntó Julia.

—Sí... vine meses há—repuse—pero no tuve la suerte de hallar a mi tío.

—¿Dónde vive Ud.?—preguntó ella—con el mismo tono indiferente.

—¿Yo?... En el Hotel...

Una oleada rápida de sangre me subió al rostro al decir esta mentira, avergonzado de confesar que vivía en modesta casa de pensión. Luego, reaccionando, quise decir la verdad, más para no quedar en descubierto, llegué a la verdad, por medio de otra mentira: Es decir... estuve en el Hotel en el principio. Ahora me encuentro en una casa de pensionistas de la calle de la Maestranza.

¡Qué sentimiento de odio súbito no experimenté para con la pobre mi *sea* Adriana, como si ella tuviera la culpa de aquella inmerecida humillación!

Julia adivinó lo que pasaba en mi ánimo y me lo dió a entender con movimiento rápido de la mirada,

transición leve, para volver luego a su mirar indiferente.

En ese instante volvió don Alvaro, con el sombrero en la mano. Me despedí: mi tío, me saludó con sonrisa amable, entre obsequiosa y altiva, Julia me dió su mano, suavemente, con naturalidad, sin afectar desprecio, sin manifestar cariño, con ese leve matiz de indiferencia aristocrática, matiz de su carácter y de su persona toda.

Al salir de esa casa, yo era otro hombre, mi suerte se hallaba decidida, mi porvenir irrevocablemente fijo. Debía de ser suyo, o lo que ella quisiera, por toda la vida. Bien podría no quererme; podría tratarme con desdenes, siempre yo sería de ella. Habíalo conseguido sin esfuerzo; con su omnipotencia inconsciente de mujer hermosa y elegante.

Mis pasos resonaban, de manera extraña para mí, en los corredores. Cerróse la puerta vidriada del vestíbulo con el movimiento suave, discreto del lujo cuidado hasta en sus detalles más nimios. Bajo los techos altísimos, decorados con rosetas de estuco, los pasos tenían resonancia de iglesia, entre las frialdades del mármol. Esperaba en la puerta una hermosa victoria, tirada por caballos *cleveland* de fina sangre, enormes animales de grande alzada, recientemente importados a Chile. El cochero y el lacayo, tiesos y rígidos, sentados sobre sus libreas café con leche, con la majestad olímpica de los aurigas de casa grande, aguardaban con el oído atento.

Emprendí el camino de mi casa.

En la tarde, mientras esperábamos la comida, charlaba con Pepe Flores.

—¿Quiere que le dé un consejo de amigo?—me dijo —pasándose la mano por la barba.

—Con mucho gusto.

—Y perdóneme la confianza... No se ponga nunca

más ese *chaquet*... está bueno sólo para Coilquihuinco, no para hacer visitas en Santiago... Perdóneme la confianza.

Me sentí enrojecer y palidecer a una.

—Y ¿por qué no me lo dijo Ud. antes?—exclamé sin poderme contener.

Pascual Solís me dirigió una mirada aguda:

—¡Cuidado, Champañita!

—¡Comendador! que te pierdes...—murmuró Flores.

Huía de Pascual, porque me traía la memoria de Pepita, mas, es lo curioso del caso que no acertaba a confesarme que yo quisiese a Julia, ni que en mi ánimo hubiese despuntado, con fuerza arrobadora, un nuevo sentimiento que lo embargaba lentamente y como a hurtadillas de mí mismo. No apartaba la imagen de Julia, por más esfuerzo que hiciese, de mi ánimo. En vano abría el texto del "Derecho Romano" en la parte de "las servidumbres", la del "tránsito", la de "acueductos", la de *tigni inmitendi.* Desfilaban a mis ojos sin que yo acertase a comprender ni las más elementales ideas, como si fuesen meras sombras. La mirada perdida, ya hacía danzar los caracteres de imprenta, ya los borraba, ya los hacía grandes, ya pequeñitos. Siempre surgía, a pesar de mis esfuerzos, la imagen de mi prima, vestida unas veces de trapillo, como la ví en la mañana, otras en traje de calle, en punto de salir, elegantísima siempre, calzado como con guante su delgado pie con botita de charol que reflejaba la luz y la requebraba, modelado su cuerpo como el de una estatua, por el traje sastre de paño azul que la envolvía. En mi frente ardorosa percibía el calor de la sangre agolpada que despertaba todas las sensaciones del recuerdo, espiritualmente voluptuosas las unas, acres y punzantes las otras: la bocanada de vinagre de tocador de Lubin arrojada por la puerta entreabierta, el perfume de "heno verde" que se desprendía de Julia, la mirada altiva de sus ojos negros, la conversación que caía incesante de los labios de mi tío, la insolencia del portero. Diríase que todo eso revivía, por extraña e inesperada manera, confundiéndose en sensación prolongada de elegancia, de lujo, de confort, de voluptuosidad refinada y quintescenciada, adivinada antes de gozarla. Era tan exquisito el goce de aquellas imaginaciones, tan intenso el placer físico nacido en ellas, de tal manera me embargaban y me dominaban que, en realidad de verdad, yo vivía únicamente para

ellas, dejándome, al fin, vencer sin lucha, soñando en ellas en mi humilde alojamiento de la casa de huéspedes, donde por amargo contraste cobraban el valor de las visiones de las *Mil y una Noches*. En vano el lavatorio blanco de loza, colocado sobre mesilla de pino pintado de negro, y las sillas peladas; en vano el desvencijado sofá, las oleografías, el empapelado cubierto de pescadores chinos con sus respectivas colas, sus ríos, sus torres de quince pisos; en vano los innumerables detalles de mi aporreada vida de pensionista pujaban por arrastrarme a la realidad de las cosas: podía más el dominio de la imaginación, devorada por sí misma, sirviéndose de propio combustible. Acaso la fuerza misma del contraste sirvió, antes que para otra cosa, para avivar el recuerdo de elegancias entrevistas, evocadas con la fuerza de visión radiante, sobrehumana casi, por lo alejada que de mí se hallaba en su existencia fastuosa.

Si salía a la calle, no se apartaba un punto de mi aquel incesante y continuado trabajar de la imaginación. En vano era ver, a lo lejos, las soberbias líneas de la cordillera, ni sus extrañas sinuosidades, ni sus picos encaperuzados en nieve; ni el Cerro Santa Lucía, con sus exquisitas manchas de verdura, desde el verde glauco al más tierno y delicado, como un océano vivo; ni tampoco era parte para despertarme el espectáculo animado de la Alameda en el momento en que yo penetraba a ella por la calle de la Maestranza. Era menester que oyera el silbido de un cochero o el traqueteo de carro que venía a toda prisa sobre mí. Si algo sentía entonces, en mi forzado despertar, era, como sensación de repugnancia al toparme con chicos desharrapados que pregonaban periódicos, o con destartalados coches de plaza, todo desvencijados y añejos, arrastrados por flaquísimos rocines. Los rótulos de las tiendas: "Al Pensamiento Universal", "El Bersaglieri", "La Peluquería del 21 de

Mayo", proyectaban sus colores vivos sobre las paredes revocadas con cal y mixtura de diversos colores, de donde resaltaba un soldado bersaglieri con traje y sombrero con plumas verde sobre una pared azul, en tanto que Prat se destacaba sobre un lienzo rosa y celeste, a manera de apoteosis, en el centro de un enorme par de tijeras abiertas, alegoría que, por cierto, nadie acertó a comprender ni acertará de fijo en los siglos de los siglos. La llamada "Alameda de los Suspiros", con sus eucaliptos enclenques y a mal traer, que encubren a medias las portadas de las destartaladas casuchas de la era colonial ya medio en ruinas, se extendía sigilosamente. Diríase que hay, en ese punto, un barrio aparte, ultra conservador, refractario a todo progreso, barrio en que se agrupan cocinerías de mínima cuantía en torno de la posada "De la Gloria", junto con tenduchos de viejo, cuartos de zapateros remendones, de sastrecillos, de hojalateros y casuchas de mojinetes triangulares, techo bajo, vidrios rotos o substituídos por papeles. Nace de aquí la sensación de lo ambiguo, de lo añejo, del vicio húmedo y pobre, con traje de percal y zapatos desvencijados en el interior de unos zaguanes estrechos y obscuros. La teja que cubre las casas ostenta en verano la vegetación lozana de la campiña sometida a riego, con notas verdes de yerba y malezas. Desde lejos divisaba las pailas, los cántaros, los utensilios de cocina, los sacos de frutos del país, alineados vistosamente en los "Despachos", o tiendas de comestibles que en todas las esquinas se alzan. Por aquella parte de la Alameda transitan, de ordinario, los obreros que viven en la "Providencia", o que moran en los conventillos apartados de aquellas regiones. Sus trajes raídos; sus mantas rotas; el desaseo de los unos, que ni siquiera tienen cuello de camisa o lo llevan como encolado con hollín; la miseria de los otros, los trajes rotos y agujereados, de colores vivos en su tiempo, descoloridos hoy,

su andar pesado como arrastrando las chancletas, los mantos verdosos, a fuer de añejos, de las mujeres de color atezado y cobrizo que revela, más a las claras que en los hombres, el origen araucano de nuestro bajo pueblo, con su característico sello de indiferencia adusta en el semblante y de retraimiento soberbio. Contristaba, de manera indecible, el espectáculo de toda aquella miseria que desfilaba a mi vista cuotidianamente y a la misma hora, en su continuo batallar por la existencia. Yo me decia, no sin horror indecible y secreto, tirme parte de aquella rueda, endentado en aquel mundo Experimentaba dejadez, abandono de la voluntad, quebranto, que se adueñaban de mi ánimo, junto con sentirme parte de aquella rueda endentado en aquel mundo en que hormigueaba la miseria desamparada y triste, a la vez que asomaba sus despuntes el vicio. Si algo podía contristarme en aquel estado de mi ánimo, era precisamente el espectáculo diario que se presentaba ante mis ojos como diciéndome: "Esto repugnante que ves " no es otra cosa que la miseria, la falta de recursos, " el vencimiento en la lucha de la vida; en tanto que " el otro mundo lejano en que vive tu prima Julia es " el de la elegancia, del lujo, de lo exquisito; allá lo " refinado, lo bello, el amor, la riqueza, la aristocracia, " los palacios, el poder; acá, los trajes raídos,—y, aún " cuando salten de limpios, no por eso menos raidos— " las habitaciones húmedas, el olor a rancio, la vida " de pensionista, los compañeros extravagantes la co- " mida mediana y escasa, el diario desfilar de la mise- " ria, la escena bochornosa del pensionista que no paga " la pensión o que vive de expedientes; allá, el coche " arrastrado por hermoso tronco inglés de grande al- " zada, el teatro, el Parque, las comidas y los bailes " y los "five o'clock-teas"; acá, el cedulón judicial o el " receptor que corre tras de alguno de los moradores " que cuidadosamente, y con lágrimas en los ojos, nos

" ha pedido, en la mañana misma, afirmemos cómo él
" se encuentra fuera de Santiago y *no se sabe donde,*
" desde hace días".

En mi ánimo juvenil e inexperto, aquellos dos mundos me parecían totalmente distintos, exento de miserias el uno, privado de alegrías el otro, hasta que, andando el tiempo, tras de muchas aporreaduras, hube de comprender que ambos no son sino fases diversas de un mismo todo, y que el alma humana, si bien no tiene en todas partes ni las mismas ideas ni los mismos afectos, se halla sometida, en cambio, a dolores y goces que, con forma varia, reviste una misma esencia, en las esferas humildes así como en las altas.

Sería cosa de las diez de la mañana cuando salí de la Casa de Pensión aquel día. No bien hube andado cien pasos, cuando, al cruzar de una esquina, ví venir hacia mí a Pepe Flores, haciendo girar su bastón entre los dedos.

—Buenos días, señor don Antonio—me dijo.—Acabo de encontrarme con Aníbal Fabras, quien le ordena se dé prisa en ir al centro, donde anda... la *celeste Aida*.

Sentí que el corazón me daba un vuelco, le agradecí el recado y le pedí me acompañara en mi paseo. Mi amigo, que otra cosa no deseaba, emprendió el camino en mi compañía. Aún no había tenido tiempo de observar la forma en que Pepe Flores emprendía la conquista de la vida, ni su extraña e inquieta solicitud por exhibirse en todas partes con jóvenes de *familias conocidas*.

Invitar yo a Pepe, aceptarme y ponernos en marcha, todo fué uno. Bajamos, a paso más que regular, en dirección al Carmen Alto. A nuestra vista, en aquel paraje, antiguo cauce de río en tiempo lejano, la Alameda se ensanchaba de súbito; hacíase más tumultuoso el movimiento; aumentaba el tráfico de coches, de carretones, de tranvías, sin que faltara, por cierto, alguna ca-

rreta cubierta hasta el tope de heno o de fardos de pasto aprensado que arrojase bocanadas del para mí dulcísimo olor de campo, ni pesados vehículos arrastrados por varias yuntas de bueyes. Los lecheros, con sus cazos de hoja de lata, pasaban al trote, o se detenían, llamando con silbido agudísimo a los sirvientes de alguna casa. Cerníanse, allá abajo, los jirones de neblina matinal de otoño, entre los jardincillos de San Juan de Dios, encubriendo como gaza las paredes del templo; dilatándose, luego, y desperezándose, se arrastraban por entre los árboles de la anchurosa y magnífica avenida central de la Alameda, no sin envolver en su camino, en leve cendal ceniciento, la columna y el busto de Colón. Algunos pesados camiones, cruzando nuestro paso por breve espacio nos detuvieron junto a unos tabucos miserables que arrojaban las bocanadas de insomnio y de alcohol de un "bar" de mínima cuantía sobre los pasantes ateridos por la brisa matinal. Un sirviente, echada atrás la manta que descubría hasta la hilaza de puro raída, barría, con acompasado movimiento, las colillas de cigarro mezcladas con aserrín.

Seguimos, rápidamente, por la acera que corre paralela a la Alameda, para engolfarnos, luego, por la calle del Estado. Lo cierto es que la impaciencia me apuraba. En vano apretábamos el paso, abriéndonos camino con el codo a través de la gente que hormigueaba en aquella la hora más activa del tránsito matinal. A la vez que me dominaba la idea de hallarla, con ardor extraño y desusado en mí, sentía verdadero desahogo al verme en las calles centrales, de altísimos y elegantes edificios, de construcciones modernas, de bullicioso tráfico, de agitado ir y venir de compradores y de paseantes, asociando, al mismo tiempo, la idea de *ella*, con la de bienestar material, con la sensación de lujo despertada por los brillantes escaparates de las tiendas y por el bullir de los compradores, propia condición del ser humano que

aviva sus ideas o sus afectos con la brasa de las sensaciones.

Ya en esto habíamos llegado a la calle de los Huérfanos. Detuvímonos en la esquina, junto a la antigua peluquería del popular *Arenilla*, reemplazada ahora por una tienda, en el punto preciso donde se reunían entonces, a cosa de las diez de la mañana, los muchachos elegantes, los galancetes y lechuguinos de todas bodas, los desocupados, los vagos, los cazadores de dote, los muchachos alegres y perezosos que no sabían como hubiesen de matar el tiempo. De cuando en cuando, en sus horas de ocio, el Fígaro solía darnos conversación, a menos que tocase a fuego la campana del Cuartel General de Bomberos, caso en que se le veía dejar parroquianos, tienda, ocupación y todo, para correr, cubierta la cabeza con casco de bronce, en busca del incendio.

No carece de animación la tertulia de aquel día. Apoyados sobre el enorme cristal del muestrario, a riesgo de romperlo, cosa que alguna vez sucedió, estaba mi primo Luis Fernández Larraín, el hermano mayor de Julia, en compañía de Javier Guzmán, Ernesto Ríos y Reyes, Zacarías Alcalde, Carlos Oyanguren, Elías Zañartu Pérez y Pepe Alvarado y quién sabe cuántos muchachos más. Les saludamos, por conocerlos en la Universidad a varios de ellos, y seguimos en dirección a la Plaza de Armas. Confieso que el corazón me daba vuelcos en el pecho; más Julia no aparecía. Después de varias vueltas infructuosas, en que yo hubiera querido andar más ligero de lo posible, aún cuando para eso atropellara a medio mundo, volvimos a estacionarnos en la esquina de Arenilla.

El movimiento era más activo que nunca. Tupida procesión de señoras elegantes, bien vestidas y bien calzadas, desgraciadamente envueltas en el clásico manto, desfilaban en incesante ir y venir, entrando a las tiendas

y saliendo de ellas con la sorda algazara de una colmena en movimiento. En vano aguzaba mis miradas, tratando de vislumbrar el cuerpo elegantísimo, los ojos de mirar tan dulce, intensamente renegridos, velados por pestañas finas, la boca infanttil y piadosa, la pálida frescura, el porte altivo, gracioso, a la par que indiferente, de Julia, a quien llevaba enclavada en el alma como una obsesión. No aparecía.

Las carcajadas del grupo de Arenilla provocaban la curiosidad de los paseantes. Un muchacho de hasta veintiocho años, pequeño de estatura, barba nazarena, elegante en el vestir, de cuello altísimo , cuya blancura se alzaba sobre un *over coat,* sobretodo inglés de paño claro, dibujaba con grandes manotadas en el aire la silueta cómica de una vieja señora conocida, en un baile de la semana última. Figúrense Uds., decía, la pared de San Francisco revocada de blanco y transportada por equivocación a una sala de baile: ahí tienen Uds. a mi *sea* Irene Salaciera.

—¡Por los dioses inmortales! si se había pintado como una máscara. Zacarías Alcalde, que pasaba junto a mí, no pudo menos que decirme:

—¿Has visto a mi sea Irene? Parece el Arzobispo embalsamado, tal como lo ví el año 75 expuesto en la Catedral.

—No, hombre—repuse—antes parece un pavo trufado.

—Cállate, infame, que me vas quitando el apetito—respondió el otro.

Mientras el muchacho de la barba nazarena refería su cuento con seriedad imperturbable, los otros casi se morían de la risa, en particular el doctor Ríos Morán, que lanzaba unas carcajadas estrepitosas, doblado en dos su cuerpo vigoroso de granadero de la Guardia Imperial. Llamábase el narrador Alberto García Pitman; no tenía padre, su madre establecida en Londres,

le enviaba una pequeña renta con la cual vivía, en altas y bajas de vida borrascosa, ayudándose, en ocasiones, con la sota y el caballo del piso tercero de un club muy conocido. Era chico simpático, elegante, caballeroso, franco de maneras, pródigo del ingenio que tenía siempre: del dinero que reunía en ocasiones, algo cínico, aficionado a referir historias de bailarinas y de "horizontales", dado a la ostentación de vicios con menoscabo de méritos reales. El aparentar todos los vicios, a la par que su ingenio verdadero, le había rodeado de brillante aureola de prestigio a los ojos de la juventud dorada, junto con cerrarle las puertas de algunos salones de esos que dan ley.

Involuntariamente yo escuchaba la charla de Ito García, atraído sin saber cómo por aquel tan curioso personaje, que sólo conocía de nombre, por la fama de su elegancia y de sus malas costumbres. Hablaron. de ahí a poco, de otro incidente muy comentado por la crónica escandalosa. Tratábase de un muchacho de gran fortuna. Aníbal Echagüe, que acababa de dar el escándalo del siglo, presentándose en una representación de "Judía", vestido de rey, a caballo, con una copa de champagne en la mano, por apuesta con una bailarina. Lo más divertido del caso era lo fuerte de la apuesta: Aníbal debía pagar diez mil pesos en caso de perderla.

—¿Y ella, que pagará?—preguntó Amador Reyes—muchacho gordo, de tez alba, de pelo rojo, y pupilas saltadas. ¿Qué pagará ella?—añadió—ruborizándose hasta la raiz del pelo, como doncella pudorosa.

—Lo de Eva en el Paraíso...

Tornó a reirse con voz descompasada el doctor Ríos Morán, al oír la cínica frase de Ito; más, de súbito, paró la risa en lo mejor, puso cara amable, levantó su sombrero para saludar. Volví la cara; era mi prima Julia que cruzaba con paso de diosa, vestida de "bège", cu-

bierta la cabeza con sombrero negro con plumas y grandes lazos de cinta. Experimenté extraño choque, a manera de corriente eléctrica. Su rostro ovalado y blanco, su pálida frescura, sus pestañas finas y leves que encubrían sus ojos como pinceladas de sombra sobre una transparencia, su porte altivo, su indiferencia graciosa, todo contribuía a dar elegancia suprema a su porte digno de la diosa Diana. En el grupo, todos se callaron, saludáronla respetuosamente; se imponía sin pretenderlo. Alejóse de nosotros, con paso soberano, dejando tras de sí como una claridad, reflejo de cabellos de oro, y efluvios de aroma penetrante en el aire.

Los comentarios comenzaron tupidos y sin trazas de parar. Zacarías Alcalde, Javier Guzmán y Aníbal Pérez declararon a una que Julia era la joven más elegante de Santiago. ¡Vaya!—añadió José Rivas—no sólo es elegantísima, sino muy distinguida, y muy mona, sin que ninguna mujer santiaguina se le pueda colocar al lado.

—Eso es mucho decir—observó Amador Reyes—que andaba perdido por Anita García Sandiford. Todos los demás convinieron en que no era más que lo justo.

Hubiera querido lanzarme tras de ella. Los coches, interceptaban el paso, me lo inmpedían. Así que pasé, vine a notar que Julia había desaparecido entre la multitud. Pepe Flores parecía seguirme con desgano, como si hubiera pisado mala yerba. A ser yo persona de experiencia, hubiera vislumbrado su drama interno, el sentimiento de amarguísimo escozor con que oía la alegre charla y el rosonar de las risas de todos aquellos mozalbetes elegantes, de los presumidos lechuguinos que, con no levantar media pulgada más que él, con todo le miraban en menos o no le miraban de manera alguna, oculto sedimento que iba deformando su alma. No era, por cierto, Pepe Flores de los que se sienten abrumados por superioridades injustas, por desigualdades sociales

debidas al capricho de la suerte; los tales, ni ríen, ni hablan, ni pisan recio, abrumados por la falta de posición social o de dinero como por el peso de un crimen. Por el contrario, su alma soberbia se armaba de la sátira sangrienta, se sublevaba toda, movida por ímpetus de lucha en que entraban, acaso, sus despuntes de envidia.

Andando, andando volvimos a casa, sin acertar a proferir palabra, preocupado él de cavilaciones que, si yo vislumbraba, aún no enteramente comprendía; embargado yo con la visión de Julia, como si sobrecogiera mis sentidos todos, adueñándose de ellos con la fuerza de olor subido que marea. Andando, andando, meditaba de manera que las personas y los objetos se presentaban de modo semi-conscientes, con intervalos plenamente lucidos en que tenía la visión neta de las cosas. Así estuve a punto de ser atropellado por una verdulera que cruzaba con gran canasto sobre la cabeza; volví. al punto, mi estado normal, al sentimiento de la realidad, para caer luego en imaginaciones que sumieron mi espíritu en cavilaciones confusas, en tanto que mis sentidos se debilitaban, borrándose apacible y lentamente los objetos. Una boca-calle, perdida de barro con las lluvias de días anteriores, me trajo nuevamente a la realidad. Así, con estas alternativas, sin acertar a proferir palabra, llegamos a la casa de pensión, sin detenernos siquiera a presenciar la riña de varios muchachos, uno de los cuales daba el grito que aturdía el barrio, tal era lo preocupados que íbamos.

Tropecé y casi caí, al tocar la hoja entreabierta del portón. Luego tomé escalera arriba, apartando la vista del estrecho zaguán tapizado de yerbas y de las paredes revocadas, como si fuera profanación el espectáculo de todo cuanto me separaba de Julia. Así principiaba la cristalización de mis amores. Arrojéme sobre el lecho, sin pensar siquiera en abrir mis Códigos, para darme por entero a sabrosísimos ensueños hasta la hora del

almuerzo. ¡Mal haya la campanilla que con su rumor desacordado nos llamaba a la mesa! No hay como la vida de Hamlet, la del ensueño, la del continuado reposar de las penas de la vida en mundo creado por nosotros para nuestro uso.

Al bajar de la escalera, topéme de manos a boca con mi compañero de pensión Carlos Rayles, que, sacándose el sombrero hasta el suelo, y encorvando su elevada estatura, me dijo:

—¡Salve Hernán Cortés, conquistador de Méjico y de otras partes más! ¿con qué andas de galanteos? A ver, cuéntame eso con todos sus pelos y señales...

Por cierto que yo no le dí en el gusto, antes salí del paso con unas cuantas evasivas mal hiladas. En mi fuero interno experimentaba la sensación brutal de una profanación, el horror que causa al buen cristiano el conocer un sacrilegio, algo no razonado que irritaba mis nervios todos. La misma sensación experimenté, a pronto, con pisar los umbrales del comedor, del viejo comedor destartalado y frío, con mobiliario cojo, cuadro de "Fray Andrecito", oleografías patrióticas, olor a rancio, trasudor de humedad y de cosa vieja. Parecíame que hasta los objetos inanimados de aquel modestísimo cuarto se alzaban a mostrarme, con sardónica mueca, la distancia que va del humilde pensionista de casa como aquela a la más elegante y hermosísima joven de nuestra sociedad aristocrática. No me deslumbraban, por cierto, ni los pergaminos de mi tío, que eran los míos, ni sus talegas, con ser muchas; mas, de todo eso, al parecer, se desprendía aureola luminosa de prestigio, de autoridad, de respeto universal que me seducía como a todo el mundo y que, unido a la gracia y a la distinción de mi prima, había concluído por transtornarme la mollera, hasta levantarla sobre mi cabeza como cosa inaccesible y soberana. Sensaciones acres me subían por el cuerpo, experimentaba gusto ácido en la boca, junto

con desmayo del estómago, ocasionado todo, acaso, por estas imaginaciones que me privaban de apetito.

No sé por qué subían a mi corazón impulsos irrazonados de odio contra aquella buena gente. Hasta la misma doña Manuela Avilés, que tanto me daba que reir con su pesado moño, comparado por Rayles con la torre de la Catedral, y su medallón-prendedor que encerraba los cabellos apócrifos, al decir de algunos, del valeroso e indómito coronel Collarte, me causaba sentimiento de repulsión, inspirábame deseos de darle de palmadas sobre las carnes fofas y amarillentas. Ella tomó aquel mi furibundo mirar como indicio de profunda pena, y la emprendió conmigo para consolarme diciéndome por mi mote, ya familiar en la casa: No se aflija, señor Champaña, (*grandes risas y algazaras de los estudiantes*) no se aflija. Acuérdese de lo que me decía el finado Collarte (Q. E. P. D.): No hay que apenarse, porque la vida es corta y todo tiene remedio menos la muerte...

A esto, nuevas y descompasadas risas de Carlos Rayles y de Pepe Flores, provocaron una mirada furibunda y llena de dignidad de don Cesareón de la Carrera, que, al propio tiempo, alzaba el codo, empinándose el vaso de vinillo que tenía reservado.

Lo que particularmente me irritaba eran las miradas que de soslayo solía dirigirme Josefina González, la hija de mi sea Adriana; tanto cuanto más dulces, rendidas y suavemente cariñosas eran. De buena gana les hubiera pegado a todos, de tal manera me fastidiaban.

Transcurrieron varios días después de esto. Habíame convertido en sempiterno perezoso, dado exclusivamente al dulce reposar de los ensueños, al candente vagar de las imaginaciones surgidas entre las azuladas nubes de un cigarrillo turco. La Cordillera de los Andes, en el fondo, parecía desleir sus encajes blancos de nieve sobre la roca azulada. Luego se borraba y se

perdía todo en una gran claridad... en algo entre realidad y ensueño, pues yo continuaba con los ojos abiertos. En mi sopor, veía pasar a Julia... un rayo de luz hacía brillar como destello el barniz de su calzado de charol... deslumbraba el fulgor de sus ojos negros... las lineas de su traje, de leves curvas, caían sobre su cuerpo divino, modelaban sus caderas, ceñían su talle... su cabeza levantada, sin orgullosa afectación, con el imperio natural del que debe mandar y no es discutible, tenía no sé qué de suprema indiferencia, de una indiferencia que, en vez de ofender, fascinaba... cruzaba luego con paso largo y pausado, recogiendo con la mano izquierda su vestido hacia atrás, como formando con el brazo un arco rematado en la mancha clara de su guante que cogía la saya obscura... todos la saludaban respetuosamente y decían en coro: "¡Elegantísima!..." Parecíame entonces que estaba solo, muy solo, en aquel grupo de *juventud dorada*... y que me volvía un chiquitín, que me volvía hormiga, y que desaparecía de la superficie de la tierra. Apenas si me quedaban los ojos para mirarla y el corazón para dárselo entero.

En vano volví todas las mañanas al centro; Julia no aparecía. Mas, es lo curioso que las raras veces que alcanzaba por las aulas universitarias, mis amigos me comunicaban haberla visto. La buscaba, la buscaba, y no la veía nunca. Durante los dos meses que siguieron, fuí tres veces a casa de mi tío Alvaro, sin hallarle. El portero, aquel de librea verde botella con botones dorados, aquel viejo encanijado y enjuto, de traza insolente, me dijo que el caballero y las "señoritas" habían salido, a pesar de hallarse el coche a la puerta a mi vista. Por lo demás, la recepción de mis tíos no pudo ser más fría ni más desalentadora para este nuevo pariente pobre que les llegaba del fondo de una provincia.

Poco a poco me iba exasperando de no encontrar a

mi prima, a quien buscaba en todas partes sin poderla divisar siquiera. Convertíase en obsesión de mi deseo que me llenaba el alma de ansia amarga, a las veces que de hondísima desconfianza en mis propias fuerzas. En mi vida había estado con igual irritación de nervios.

Luego, poquito a poco, vine a caer en la necesidad de visitar a las antiguas amistades de mis padres, para quienes traía cartas de presentación, sentado ya en mi ánimo cuán indispensable era que yo dejase de ser un desconocido en el mundo santiaguino, para ver si así, a lo menos, volvíamos a vernos. Con una frescura que era para alabar a Dios, como decía Pascual, no paré hasta que no hube visitado a media docena de los caballeros y señoras que, en otro tiempo, figuraron en la sociedad de buen tono del tiempo de mi padre. Recibiéronme con reserva los unos, friamente los otros, con cariñoso afecto los menos, con discreta cortesía todos. Los muchachos no miden nunca su verdadera posición en sociedad, dando por sentado, en su fuero interno, que existe igualdad social, sin pararse a ver las desigualdades que resultan de la fortuna, de las relaciones y de los muchos accidentes que modifican el tráfago de las relaciones mundanas. Recordando lo adulado que andaba en mi provincia por mi figurilla y mi nombre, así como por la posición ocupada por mis padres, había llegado a creer que, cuando menos, andaría entre los primeros en Santiago. A pesar de que la verdad distaba, no poco, de lo que yo imaginaba, con todo, fuí recibido de manera tal que se me abrieron algunos salones, recibí tarjetas de invitación para dos o tres fiestas y tuve entrada fácil en el mundo santiaguino.

Sólo más tarde, andando el tiempo, vine a comprender cuán afortunado había estado en este asunto, al ver la lucha desesperada de algunos jóvenes, y de no pocas familias, para penetrar a la sociedad de buen tono o asociarse a esos círculos estrechos que en todas partes

constituyen, aún dentro de la aristocracia, lo que tan bien definen los ingleses en la palabra *select*. Por cierto, claro está que hube de vencer no pocas dificultades en mi camino. Toda persona que intenta penetrar en sociedad, por fuerza ha de levantar recelos y envidia; no pueden resignarse muchos a que un hombrecito de por ahí venga, con sus manos limpias, a quitarles una parte del lugar que ocupan al sol.

Se le estudia, se le mira, se le vuelve y revuelve, a ver si por alguna parte da asidero la ridículo, si sus antecedentes no son bien claros o si sus padres, en alguna hora de su vida, padecieron desfallecimientos. Aquilátanse los medios sociales, caudales y antecedentes; se discute el personaje, *sotto vo e* en las tertulias íntimas, dándole con una palabra, un movimiento de hombros, guiñadas de ojos o sonrisa, la clasificación definitiva del casillero social, modificada, a las pérdidas, por un descalabro, o por el éxito. No sin razón dijo un escritor calificado que por el pobre todos pasan los ojos como de corrida; y en el rico los detienen.

Con mi precoz instinto de niño abandonado fuí comprendiendo la importancia de las relaciones mundanas; lo que importaba, para muchos, el ser visto en compañía de personas de crédito, de nombre sonoro, de caudales o antecedentes linajudos; el saludo de una mujer de moda; el visitar de una casa encopetada. Me dí cuenta cabal de la lucha por las invitaciones, del despecho y las heridas enconadas que despiertan los olvidos en las listas de baile o de fiesta. Noté que ciertas fisonomías indiferentes o hurañas, al mirarme, se tornaban amables, esbozando sonrisa, después de haberme visto en compañía del señor X. o Z., estrellas de primera magnitud social. Por fuerza hube de comprender la trama de vanidades y de miserias de la tela de Penélope, tejida eternamente por el mundo.

VII

UNA CHARLA Y UNA OPERA

A LA verdad, parecía que hubiéramos hecho una apuesta: de alcanzarla por mi parte, y de escapar por la suya. La imagen de mi prima, a medida que pasaba el tiempo, y en razón tal vez del inútil esfuerzo que hacía para verla, se envolvía en nuevos y no soñados encantos que la endiosaban en la imaginación sobreexcitada. Parecíame que hasta entonces no había dado en mi camino con imagen tan completa de mujer, ni con quien encarnarse y resumiese, como en dechado, todas mis fantasías, mis ilusiones, mis apetitos inconscientes, mis aspiraciones al lujo, la carne, la elegancia, el arte, lo bello y lo inasequible. Aquello mismo de que hubiera siempre de buscarla, sin encontrarla nunca, le daba a mis ojos insuperable precio. Luego, añádase la fiebre del deseo despertada por los halagos de lo que vislumbraban los sentidos en las curvas elegantes de su talle y de su pie, en el fulgor desdeñoso o ardiente de sus ojos fascinadores; el estremecimiento interno que sus languideces me comunicaban; la excitación física espoleada por su actitud majestuosa y altivamente indiferente, y reunido todo esto, se tendrá que yo no me encontraba en mi estado normal de antaño.

A la par que despertaba a esta vida nueva de amorío, entraba en las mil dificultades materiales del mundo real. La pensión asignada por mi familia, esos míseros cien pesos que a mi padre, sin duda, le parecían demasiado para mí, acostumbrado como se hallaba a la vida barata y sencilla de los campos, no eran nada, absolutamente nada para la vida santiaguina, para mis anhelos de vestir bien, que comenzaban a despertar junto con mis aspiraciones amorosas; para gastos ordinarios de café, de calle, de invitaciones a compañeros en devolución de otras que yo recibía; para funciones de teatro. A medida que el mundo se ampliaba, me veía más estrecho, más limitado, más empequeñecido. No bien se descorrían los velos del horizonte, comenzaba a sentir los piés pesados, como balas de plomo que me impedían correr a esas perspectivas entreabiertas de súbito, lanzándome a la conquista de la fortuna, del éxito, y de la mujer amada, de la posición social y del renombre. Todos los apetitos se despertaban a un tiempo, evocados por la necesidad de alcanzar aquella mujer, que me fascinaba a la distancia, y de seducirla de algún modo, de hacerla mía.

Pasé varios días encerrado, acostado en mi cama, entristecido al contemplar las detestables oleografías de la casa de huéspedes, y fastidiado con los millares de chinos que continuaban su eterna pesca junto a las pagodas y las torres de quince pisos del viejo empapelado. Sólo de cuando en cuando turbaba mis tristezas con sus tosidos roncos mi vecino don Benito. Veíale pasar, a poco, haciendo crugir los zapatos, a zancadas desiguales, metidas las manos en los enormes bolsillos de su gabán café. Ya no andaba el pobre viejo tan limpio ni tan aseado como antes. La barba canosa algo crecida, el pelo largo, medio cerrados los ojos, la frente velada por preocupaciones, sin duda, lo acentuado de ciertas arrugas y de las ojeras, le daban traza de libertino trasno-

chado. Por eso afirmaba Pepe Flores que don Benito andaba en malos pasos, derrochando su dinero en vez de gastarlo honestamente en la peluquería y donde el sastre.

Cansado ya de aquella mi impotencia para luchar con la vida y de mi abrumadora falta de recursos, tuve una idea luminosa, ya que, según afirma el proverbio, más discurre un hambriento que cien letrados. Vestido con el mejor de mis trajes, la más flamante de mis corbatas, perfumado con esencia de Heno seco, el bastón con puño de plata en una mano y los guantes en la otra, salí en busca de un mi tío, diputado, solterón rico y viejo vividor como ahora dicen a la francesa, que solía visitarnos en épocas de elecciones; tal vez pudiera servirme de algo. Llamábase Javier Miralles, era muy querido en la sociedad de Santiago y excelente introductor de embajadores.

Recorrí mi camino acostumbrado, por la Alameda, al pie del Cerro Santa Lucía y torcí por la calle vieja de la Merced, hasta dar con un coche de posta que me condujo a la calle de los Huérfanos número 365 antiguo, donde vivía el tío Javier en compañía de doña Pepa, su hermana, prima de mi madre, como él, aunque no aceptó nunca lo de ser tía por no parecer vieja, a pesar de los cincuenta ya cumplidos. Vivían en una casa de altos bastante elegante y bien puesta. Una alfombra roja con varillas de metal tapizaba la escalera, barnizada de color guinda.

Sentíase, desde la entrada al vestíbulo, perfume suave, que hacía recordar el de los saquitos olorosos *sachets* colocados en la ropa; era algo que desde el primer instante nos recordaba la conversación discreta, a media voz, de la buena compañía y de la gente de tono. Luego, a los pocos pasos, uno se topaba, de manos a boca, con el chorro de luz reflejado por un mueble para bastones y paraguas, en elegante espejo bicelado, entre

dos matas de bambúes en jarrones chinescos. Tras de tocar el timbre eléctrico, me senté sobre un sillón de madera tallado, en aquel vestíbulo de luz tamizada por los vidrios de colores, donde se respiraba el agradabilísimo perfume de la atmósfera fresca de casa elegante. Resonaron pasos apagados por la alfombra, apareció una sirvienta de blanco delantal y traza adusta, algo penetrada de su dignidad, y con el modo insolente de los servidores de casa grande. Pregunté por mi tío y me introdujeron al escritorio.

La pieza era digna del solterón elegante. El techo estucado y pintado, tenía guirnaldas de crisantemos que se perdían, en un rincón, en suaves tintes de rosa. Sus muebles de marroquí, bajos y anchos de asiento, llamaban a la confianza y al *confort*. Una hermosísima mesa tallada, servía de escritorio nominal; pero el orden perfecto, lo flamante de las plumas, lo intacto de los libros encuadernados lujosamente, entre una cabeza Jockey que hacía de cenicero y un busto de *cocotte,* revelaban que en ese escritorio ni se escribía, ni se leía. Varias pinturas españolas con firmas de maestros, entre otras una admirable cabeza de fraile muerto de González, bailarinas pintadas por Madrazo en el momento de entrar a la escena, y un boceto de Pradilla, revelaban el exquisito gusto del dueño de casa, su refinamiento, y los positivos y numerosos escudos de su bolsa: Otra faz de su carácter se vislumbraba en la mesita oriental, de ébano incrustado en marfil, sobre la cual descansaba una bandeja de plata oxidada estilo Regencia, con botella de coñac y dos vasos de cristal, del mismo estilo, con pie de plata oxidada. Una caja de cigarros "Corona y Corona" de Alvarez, abierta, medio vacía, completaba las ideas de sibaritismo sugeridas por aquel reducto de solterón. Llamaban la atención los bronces, algunos grabados y armas, bañado todo en suave luz por los transparentes italianos que la tamizaban. Uno se sentía

bien en aquella pieza, cobraba confianza, se arraigaba perezosamente y los resortes de la voluntad se aflojaban hasta punto de hacerse difícil la salida. El biombo chino con dragones de oro en campo rojo encubría la puerta de comunicación con la pieza vecina. Sólo sentí la llegada de mi tío por leve estremecimiento del biombo que apartaba con la mano.

—¡Cómo te va, hombre! ¡Cuánto gusto de verte! ¿Desde cuándo por acá?—me dijo con voz clara, un tanto nasal.—¿Y la familia? ¿Cómo está la Isabel? Muy grande ha de estar tu hermanita... Es una chiquilla que promete... Yo le decía que nos casáramos...

—Sería buena suerte para ella—dije—interrumpiendo aquel diluvio de preguntas y reflexiones que hacía mi tío de carrerita, suprimiendo todos los finales de las frases.

—¿Suerte? ¡psh!... no, hombre, ella se quedaría con el "tonto" y yo con el as de oros.

—No diga eso, tío.

Mal hice en pronunciar semejante frase. Don Javier Miralles frunció ligeramente el ceño y me dijo con viveza:

—No me llames nunca tío, aunque sea primo hermano de tu madre. Mira, eso es mal visto en sociedad. Si yo tuviera cuarenta años, pase. Díme simplemente Javier.

Tuve dificultad en contener la sonrisa; pues el tío Javier, según cuentas de mi madre, debía contar cuarenta y ocho, y largos de talla. Con todo, se veía la pretensión de parecer joven en los menores detalles del traje bien cortado y elegante, de jaquet negro con pantalón gris perla de rayitas negras, corbata plastrón gris con negro, botines de charol, según los cánones de la nueva moda, cadena de oro corta y delgada que le atravesaba de un bolsillo del chaleco al otro. Llevaba una orquídea amarilla, con largas lenguas rojas, prendida al ojal del jaquet, y levemente asomada la punta del pañuelo. Sólo un detalle le daba cierto aire de arcaismo involuntario

que contrastaba con su aparente juventud: eran las dos patillitas o cadejos de pelo que se echaba hacia adelante, por encima de la oreja, a manera de cuernecillos. Con la fisonomía bien afeitada, el bigote encrespado, las ligeras arrugas o patas de gallo de los ojos bien disimulados por la frescura de las abluciones de agua fría, parecía joven. El mundo lo consideraba casi como a tal, sobre todo a fuerza de verlo entre los más brillantes de la "jeunesse-dorée", en varios salones elegantes y en todos los bailes y comidas de tono, siempre irreprochable de corrección en su traje, a pesar de que, según tradiciones, solía alegrarse un tanto en las comidas y entonces, poseído del espíritu de acometividad, la emprendía a abrazos con las damas, particularmente con dos de su familia que tenían bien sentada fama de buenas mozas; en esos momentos solía ofrecer "toda" su fortuna a sus amigos y era capaz de entregarles el reloj.

Extraña mezcla de generosidad, de completo desprendimiento, y de rara parsimonia cuando menos era de esperarlo; espíritu jovial, querido de todos, franco, expansivo. Empleaba lenguaje de "huaso", anti-gramatical, lleno de metáforas. La nariz grande, ojos chiquitos y grises, frente encubierta por onda de cabellos rubios con que disimulaba la calvicie, dos grandes ojeras, la boca bien delineada, dientes blancos y menudos, fisonomía de color plomizo de trasnochador, buen cuerpo, bien calzado y vestido a la última moda: tenía aspecto de vividor *dernier cri*. Añádase traza desenvuelta, espíritu servicial, modo de ser y de hablar originalísimo, enteramente propio, gran fortuna, cuna distinguida, orgullo bien disimulado que sabía escoger lo mejor y lo más selecto, usando fórmulas de aparente cordialidad con todos, caracterizada y manifiesta repugnancia por los "siúticos", o cursis que hormiguean en todas partes, y junto con esto gran espíritu práctico en política y en negocios, y se tendrá lo que era mi tío Javier.

—Pero no te vayas a sentir, hombre—agregó.—Si tú no me llamas tío, en cambio te llamaré sobrino. Acuérdate que tu madre, la Isabel, es la más querida de mis primas.

Y luego con tono insinuante me pasó un cigarro y me sirvió coñac.

—Y tú ¿a qué has venido por estos andurriales?—me dijo.

—A estudiar.

—Bueno, bueno. Los abogados aquí sirven para todo: hasta para ser Arzobispo se necesita recibirse de abogado. Además, para ser Diputado, Ministro, eso sirve... Aunque la política está ahora tan *corruta,* ya no puede uno meterse en ella ni por nada. Ya estoy que ardo por irme a Europa. Figúrate lo que está pasando: la Cámara acaba de arrojar del Ministerio a Cucho, que es tan buen muchacho y que juega tan bien al billar. Un hombre con su honorabilidad, con su fortuna, que ha sido superintendente del Cuerpo de Bomberos, tener que salir echado por dos mequetrefes en la Cámara... Aunque todo bien mirado, se hila muy delgado ahora. ¿Sabes por qué salió el Ministerio?

—Nó, Javier.

—Porque eligieron presidente del Senado a Víctor Pérez en vez de Rafael Barros. Yo le dije a la Juanita que su marido hacía mal en renunciar, porque, al fin y al cabo, lo mismo da que presida las sesiones Barros que Pérez. No es posible que nos quedemos sin Ministerio por cualquier cosa. Lo que es el Presidente está muy tranquilo; anoche estuve en la Moneda. Ya comienzan a ponerse el sombrero de pelo los candidatos a Ministros, a ver si los llaman... En fin, lo que es por ahora, tú no te has de ocupar en política. Si lo haces, no te vayas a meter a la oposición; acuérdate de que el Gobierno siempre la gana.

Mi tío Javier, sin más, se puso a darme consejos.

recomendándome, antes que todo, que visitara lo más posible, que me introdujera en el mundo y me formase buenas relaciones. Sin eso lo demás nada importaba; conozco muchos abogados—me dijo—que son sabios, a pesar de lo cual no ganan un céntimo. La maña lo hace todo. Por otra parte, al llegar a la sociedad traes gran capital: tu nombre. Llamarse Fernández y Alvarez de Villarreal no es poco en una tierra donde todavía se conservan las tradiciones de familia, a pesar de que las influencias del dinero se sobreponen cada vez más. Aunque ya no existen los títulos y nadie los nombra ni alude a ellos, todos saben que los Alvarez de Villarreal descienden del antiguo virrey del Perú... Y eso vale. Va uno. Además, no eres mal parecido, vas a producir cosquilleos por ahí. Si sabes conducirte, relacionarte, y aprovechar tu figura... Van dos. Debes ser amable y atento con las señoras; las viejas se pagan mucho de eso y son instrumentos poderosos para el éxito. No te descuides, niño: ojo al Cristo que es de plata. ¡Psh! yo no quisiera otra cosa que tu figura y tus años. Suma y sigue. Trata de andar elegante, que un frac o levita bien cortada valen un dineral, a veces los millones de Brown, el famoso Cucho Brown.

Por ejemplo, esa corbata que llevas puesta, de nudo hecho, no está de moda; ahora se usan los "plastrones" que uno mismo hace, prendidos con alfilercito pequeño, de brillantes o de ojo de tigre. No uses nunca ropa vistosa, ni olvides que el verdadero *dandy* jamás se singulariza en el vestir: anda como todo el mundo, pero de un modo especial... Eso ya lo aprenderás cuando mudes pelo. Bueno. Y no te pongas tanta esencia en el pañuelo, eso huele a mal tono; ni seas tan expresivo con la gente: trátalos como si no te importaran nada, entonces tal vez te atenderán un poco. Esta noche, ponte frac y vente a comer conmigo al Club de la Unión. En seguida iremos al teatro; dan "Aída" y como es ópera

en que se mete bastante ruido de platillos y bombo, habrá mucha gente. Iremos junto a mis sillones. Con que, hasta luego, pollo.

Sin más, se paró tranquilamente, cogió su sombrero, apretó el timbre eléctrico, para dar órdenes a la sirvienta, y salió conmigo. A todo esto no me atreví, ni por asomos, a tratar del destino público a que aspiraba *in petto*.

A las ocho nos sentábamos a una de las mesillas del antiguo comedor del Club, al que asistía por primera vez. Los sirvientes, de frac y corbata blanca, iban de un lado para otro llevando las listas. ¿Qué hay, Juan?

—Hay erizos frescos, don Javier.

—Prepara una tortilla, con erizos y *chapignones;* roasfeaf a la Boulanger; espárragos al natural; pavo; una botella de Mouton-Rothchild y antes, dos "bitters" batidos. A la minuta.

Mientras el tío Javier, con los ojillos grises saltados, fruncido el ceño, deliberaba con el mozo y daba sus órdenes, cualquiera hubiese dicho que se trataba de los destinos de Europa, tan importante le parecía el negocio. Dos o tres caballeros entraron, saludaron a mi tío o a Javier, como él quiere que le llamen, me miraron de reojo y se sentaron a distintas mesas con trazas de cansados o indiferentes, atentos tan sólo a la preparación del menú. Las luces encendidas brillaban en los espejos; resonaban como disparos los corchos de Apollinaris al saltar al techo; iban y venían los mozos, en tanto que varios jóvenes de frac y de corbata blanca listos para el teatro, se sentaban a la mesa del rincón. Uno del grupo, de ojos verdes, bajo de cuerpo; de fisonomía rubicunda y gordura considerable que no conseguía disminuir con su chaleco apretado horrorosamente, gritó de su asiento, pasándose la mano por la barba rubia.

—¡Hola, Javier! Ganó *Mormorancy*, la segunda.

—¡Qué peines!! Quien hubiera creído que perdiera *Lancero* con tan buen jinete...

—Desde el principio *Mormorancy* le tomó los palos en tanto que Lancero iba a media rienda.

—Buena cosa! Un caballo tan bueno y que llevaba de jockey a Zavala... no podía perder.

—Pero a un diablo otro mayor... repuso desde otra mesa un señor de cabeza calva, grandes bigotes blancos, bien afeitado, de ramo en el ojal, de frac y de corbata blanca; así como sus dos jóvenes adláteres. Yo no pongo la mano al fuego por nadie, agregó con voz algo ronca y cobriza, no pongo la mano ni aún empapada en aceite de Santa Filomena.

—Este Pepe Cortés, siempre el mismo!... expuso uno de los comensales.

—Si en Chile se cometen tantísimos abusos, exclamó Javier Miralles, sirviéndose un plato de mayonesa, en Europa es otra cosa. Allí nadie toleraría las barbaridades de un jockey.

—¿Volvería Ud. a Europa?—le preguntó un joven imberbe.

—¡Hombre! ya lo creo, pero solamente a París. Luego, después de una pausa, y dirigiéndose a mí, continuó Javier Miralles:

—Mira, niño, ¡qué buenos bisteques hacen por allá... en el Café de Bignon...

Al hacer estas reflexiones en tono melancólico, mi pariente llenó su copa de Mouthon-Rothchild y se la bebió lentamente, paladeando el líquido, con ojos entornados.

Por cierto que ni pensaba en teatros ni en cuadros, ni en libros, ni en las maravillas intelectuales de la capital de Francia. Allá son tan buenos los bisteques...

Luego, hizo gratas memorias del Café Anglais, del *Moulin Rouge,* de unas comidas de verano en la terraza de "Los Embajadores", oyendo cantar a Paulus

y a *Ivette,* en el teatrillo, en tanto que él, Javier, en compañía de Alberto Undurraga Ossandón, de Pepe Lyon, del millonario Desprez, bebían champagne en compañía de Emiliana d'Alançon, de Blanca d'Antigny, y de otras celebridades excéntricas. Aquella noche todos cogieron una mona fenomenal, ocncluyendo por beber en los sombreros de pelo y por arrojar puñados de francos y de billetes a la concurrencia verdaderamente sorprendida y anonadada. "Entre nosotros estaba *Monte Cristo* que acababa de tener un gran alcance en la mina "Gaviota" de Arqueros. Tú debes haberle oído nombrar. Era íntimo de tu padre y uno de los más audaces entre "los floros", como los llamaban en Chile. Ese era mucho tejo... Algunos años antes, en tiempo de Napoleón III, tuvo la audacia de mandarle un ramo de flores a la Emperatriz... en nombre de la República de Chile!

Brillaban los ojuelos de Javier Miralles, y su cara se coloreaba con la acción del burdeos exquisito y de los recuerdos parisienses.

—¡Sí, esto no es vivir... sí, andamos muy atrasados... sí, todavía andamos mamando... y con la leche en la boca por aquí en Chile. Nos ensayamos en el *Carga-burro,* mientras por allá son muy leidos... en pocker y en baccarat y en qué sé yo... Psh!

Los mozos circulaban en silencio; iban y venían platos; la atmósfera, ya subida, se cargaba de olores de guisos diversos, mezclados con perfume de cigarros habanos, y estrépito de los corchos de champagne o de Apollinaris. Comenzaba a sentirse, en las fisonomías y en la sala, soplo del beato reposo que sigue a buena comida, en el momento de los cigarros puros, de los licores y de las confidencias indiscretas.

Javier Miralles sacó su reloj, dándole mirada distraída, lanzó bocanadas de humo y se alzó lentamente de la silla. Luego que le hubo puesto su abrigo el mozo,

atravesamos los corredores enlozados en mármol, y salimos del Club abriéndonos paso entre el enjambre de cocheros que aguardaban.

Salimos a pie, doblamos por la calle de Huérfanos hasta la de San Antonio, para seguir directamente al teatro que destacaba sus faroles, medio empañados entre las brumas, como puntitos luminosos. La plazuela del teatro estaba cubierta de sombras negras de los coches de lujo con caballos de capa. Los cocheros dormidos se envolvían en sus abrigos. Los muchachos de la boletería ofrecían libretos o entradas a bajo precio. Al entrar nosotros al teatro, caía el telón del primer acto, entre confuso rumor de pasos precipitados en los pasillos, de portezuelas que se abren, de conversaciones, de gritos, de aplausos, en tanto que la puerta de los sillones de atrás, de par en par, arroja, a la vez que una bocanada de aire caliente, la multitud que se precipitaba hacia el *foyer*. Diríase un confuso *bruaa*, un desmedido bostezo de los que se aburren, de los que desean fumar, de los que se buscan para comunicarse impresiones, o darse noticias o bracear negocios, o murmurar de los demás, o beber copas en el café o estirar las piernas. Dejamos nuestros abrigos y penetramos en la sala, prevista de antemano, con una misma concurrencia para cada turno o letra. Algunas señoras escotadas, algunas muchachas elegantes, lucían los brazos desnudos sobre el terciopelo rojo del antepalco; otras aún no se habían quitado su larga capa Tiranon.

Trajes claros se mezclaban a muchos obscuros, predominando estos últimos con su nota severa. Los anteojos cruzaban sus visuales de la platea a los palcos y entre los palcos; la gente se codeaba en los pasillos haciéndolos intransitables; algunos abandonaban el asiento para aumentar el río del pasillo central. Javier arregló sus anteojos, acomodó su camelia blanca en el ojal de su

frac, movió lentamente la cabeza para saludar, distraído, y comenzó la revista mundana.

Cerca de mí estaba Zacarías Alcalde, que me saludó. Era alto de cuerpo, colorado como camarón; calvicie precoz aumentaba su frente y achicaba todavía más sus ojillos picarescos, destacando su enorme nariz borbónica. Era compañero mío de leyes y nos tratábamos con cierta confianza, cosa rara, que no hacía con nadie, pues tenía la más completa satisfacción de su estirpe, en la cual fundaba un orgullo desmedido.

—Mira—me dijo Zacarías con voz nasal.—Ahí en el palco donde está el medallón que dice Verdi, encontrarás a doña Irene Salacera pintada como una máscara; se ríe así... ¡ah!... ¡ah!... ¡ah!... con la cara tieza, para no arrugarla. Ahora viene entrando a la sala Misea Panchita Salamanca y Cobos. Va rodando como queso de bola. Si no cabe en el sillón, ni puesta de costado; será preciso arreglarla una banca en el pasillo. En ese otro palco tienes a la Manuelita Malvasía de Bordón. ¡Con qué satisfacción se abanica! Está hablando tal vez de nobleza, de la noble prosapia de su marido, pariente del condestable de Borbón y de los reyes de España, porque de Bordón a Borbón no hay más que un paso. Es el mismo procedimiento de don Salustio Ibáñez, que desciende del comodoro americano Evan... Mírala, como reboza noble y casto orgullo el rostro de Manuelita Malvasía cuando mira a su esposo, el bueno de don Cucho Bordón, el pariente de los Borbón... De repente Zacarías, a quien nada se le escapaba, me tocó suavemente el hombro.—¿A quién mirará tanto Javier, por ese lado?

Volví la vista al punto en que se fijaban los anteojos de mi pariente, y sentí de súbito violento latir de corazón, sangre agolpada a mi cerebro, luego, intenso frío. En ese palco estaba mi prima Julia Fernández, vestida de seda blanca. con gargantilla de terciopelo negro con

brillantes en el cuello. La miré, se inclinó ligeramente, y Javier Miralles también saludó, como si el saludo hubiera sido únicamente para él, con movimiento pausado, elegante y respetuoso.

—Cuidado, señor don Javier, cuidado—le dijo Zacarías.—No vaya a poner punto a su vida de soltero, arrebatándonos la mejor de las bellezas santiaguinas.

El solterón sonrió, visiblemente halagado con la posibilidad de semejante conquista.

—Está viejo Pedro para cabrero, amigo...

—No diga eso!... Por otra parte, ahí tiene una persona de la familia que puede ayudarle—agregó señalándome.

—¿Antonio?...—¡Ah! de veras que tú eres primo de Julita. Junto con acordarse de esto, Javier me miró con sonrisa particularmente cariñosa, se iluminó su faz, y poniéndome la mano en el hombro, nos invitó a tomar una copa. Zacarías Alcalde era de esos vividores que nunca desperdician la ocasión de un buen momento y aceptó en el acto. Yo les seguí a la cantina. Javier Miralles pidió "una viuda Cliquot", reservada por él para los personajes especiales, como después lo noté, y departió cariñosamente hasta que el rumor de la campanilla eléctrica vino a señalarnos que levantaban el telón.

Mientras salíamos con paso lento, Javier Miralles se quitó de los labios el puño de oro de su bastón de junco de Verdier, y volviéndose, me insinuó la idea de que fuéramos al palco de mi tío Alvaro. No podía proponerme idea más agradable, ni para mí más oportuna. Con todo, raro estremecimiento se apoderó de mí, a la par que terror desconocido, verdadero pánico, deseo de arrancar que se mezclaba al ansia de ver a Julia. Si no fuera profanar los más santos y ocultos sentimientos, diría que era algo como el sagrado temor y el deseo virginal de la hora de mi primera comunión,

cuando niño; el espanto de lo ansiado y de lo nuevo; la sorpresa deliciosa de un ensueño que se coge con la mano y medroso recelo de mundo para mí desconocido junto con el temor de no agradarla y de ser importuno. A pesar de las bromas de Zacarías no sentía celos de Javier, ni abrigaba el temor de que pudiera, en serio, perseguir a mi prima, ni de que esta hubiera de aceptarlo. Embargábame por entero el sobresalto del primer baile, del primer duelo, del recluta a la entrada en batalla, de mujer que oye la primera palabra de amor, del jugador llevado de súbito a una mesa de juego, mezcla rara de temor a lo desconocido, de ambiciones y de ansias, de honda desconfianza en mí mismo y de algo extraño, nuevo, desmedido, que sobrecoge con tenazas de hierro. Era de ver como me palpitaba el corazón, a medida que subíamos la escala de mármol que conduce a los palcos de segundo orden, y como sentía que me flaqueaban las piernas, a pesar de mis esfuerzos.

Abrióse la puerta del antepalco, se agitaron las cortinillas rojas, saludé a Julia, sintiendo que se me iba la sangre de la cabeza. Tan sólo noté que mi prima dijo algunas palabras en voz baja a su madre, quien me miró con frialdad, me alargó su mano suelta, lánguida y floja, dibujando en sus labios sonrisa que nada tenía de cariñosa.

—¿Cómo está, Antonio?

—Bien, gracias, tía... Señora. Varias veces he querido saludarla, pero Ud. no estaba en su casa... Mi madre la recuerda mucho... así como a Julia...

—¿Sí?... ¿Y Ud. cómo se encuentra en Santiago? ¿de paso, sin duda?

—No, señora... tía... vengo a estudiar leyes.

—Siento que Ud. quiera ser abogado, ahora que hasta las piedras son jurisconsultos sin pleitos; pasa en esto lo que con las viñas: eran excelente negocio, pero ahora que todos las plantan, el vino sirve para regar

los campos en tiempo de sequía... ¿Y Ud. cómo va Javier? ¿Con que estuvo de comida el Sábado. ¿Quiénes asistieron?

Al decir estas palabras, mi tía doña Mercedes, había cambiado completamente de tono, abandonando el modo levemente frío y despreocupado con que me dirigía la palabra, para manifestar gran interés, complacencia y visible curiosidad.

—Es verdad que estaban de mantel largo donde la señora Vidal—respondió Javier Miralles.—La comida fué magnífica; pocas señoras, muchos hombres; Elías Sanfuentes, Pepe Cortés, Rafael Brown, Galler, Manuel Scotto y qué sé yo cuántos más. Era el día de Elena, o más bien su cumpleaños. Javierita hizo una broma divina a Rafael Barcero, que iba por primera vez a la casa y que le hace la corte. Le sirvieron todos los platos falsificados: la sopa, de trapo; pescado de cartón, con verdadera salsa; vino teñido con jarabe. filet de miga de pan. Todos comían, con la mayor seriedad, guisos exquisitos, en tanto que el pobre Rafael, sentado en la punta de la silla, muy de etiqueta, se dejaba el plato lleno.

—"¿Por qué no come, Rafael?"—le preguntaba, de cuando en cuando Javierita—con acento cariñoso. Por fin salieron de la mesa las chiquillas, unas en pos de otras para reirse a sus anchas.

—¡Son tan locas esas niñas, Vidal!...

—Pero tan bonitas y tan elegantes que todos les hace gracia...

Julia escuchaba sonriendo la narración de la última chismografía santiaguina. Yo, en cambio, me sentía el más desgraciado de los hombres, enteramente provinciano, lejos del mundo *chic,* de la gente que se divierte, sin saber de quien se trataba. Me sentía pequeño, obscuro, pobre. Un profundo sentimiento de tristeza, de humillación, me embargaba poco a poco. Julia vino en mi socorro.

—¿Quiere que le dé una buena noticia? Una amiga mía le encuentra a Ud. muy buen mozo...

—¡Qué mal gusto!—le dije.

—¿*Fishing for compliments*? ¿En busca de cumplidos?

—¡Oh, no!...

La voz de Julia era sonora, plateada, con ciertas resonancias que recordaban la levedad y las fragilidades del cristal. La naturalidad de su tono contrastaba con aquel su aire altivo de Diana cazadora, en la calle y con los saludos un tanto desdeñosos que dirigía a sus amigos. Su encanto, al hablar, más consistía en la manera de decir las cosas que en las cosas dichas. Sentíame tranquilizado al oirla, como si me hubiera prestado gran servicio, cobijándome bajo el ala. No creo que se pueda pasar más rápidamente de un sentimiento a otro. De súbito, a pesar de la fría acogida de mi tía Mercedes, me sentía dueño de mí mismo, con aplomo. La felicidad me adormecía al verme tan cerca de Julia, que me pareció aquella noche encantadora. Si hubiera de compararla, no hallaría otro término que las deliciosas mujeres de Burn Jones, esfumadas, casi divinizadas en los admirables lienzos de la pintura pre-rafaelita. El óvalo afinado de su rostro, surgiendo entre leves rizos de cabello rubio al azar, se fundía en suaves contornos de sus hombros y de su cuello flexible y largo, como de garza, deshaciéndose en penumbra nevada y transparente. Cerrando los ojos a medias, se hubiera visto uno como delicado copo de nieve en el cual sobresaliese la línea finísima y sangrienta de sus labios rojos. Su cuerpo, desarrollado en los hombros, se adelgazaba, en grande curva, hasta llegar a la cintura finísima, de hada, envuelta en ancha faja de seda blanca que la daba vueltas hasta formar rosa al costado. Su corsé, de espumilla de seda, suelto y flexible, la modelaba. Su mano nerviosa, cubierta de fino guante, extendía sus dedos flexibles y lar-

gos sobre el largo mango de plata cincelada de sus anteojos de teatro. En su fisonomía serena, en las lineas rectas y finas de su nariz y de sus labios, en la suave redondez de su barba, en la serenidad tranquila de su rostro, vislumbrábanse atavismos de indomable orgullo, de energía heroica, de vanidad social, de apetitos de lujo, de noble desinterés, contradicciones de virtud y de flaqueza mundana envueltas en los halagos y en las fragilidades de la elegancia femenina.

Hubo un momento de silencio.

Julia, poniendo una pierna sobre la otra, con elegancia despreocupada, dejaba salir de su vestido un pie delgado, muy delgado, y largo, muy largo, con zapatito de charol rebajado que permitía ver media de seda negra de tal manera transparente que bajo su brillo se percibía la blancura suave y la delicada ligadura de su pierna. Si lo que pretendía era seducirme, fascinarme, volverme loco, y coquetear conmigo, lo había conseguido de seguro. Estaba mareado, embriagado, mis ojos se complacían en su hermosura, mis sentidos en su carne, mi vanidad en su lujo.

Me fascinaba de todas las maneras, recogiendo a un tiempo los hilos de mis apetitos y de mis ensueños, encendiendo la fiebre devoradora de las esperanzas y de los deseos.

No sabía de qué hablarle. Recuerdo que tratamos de diversas bagatelas, y dimos, por fin, en el tema de la música.

—Cuando Ud. vaya a casa algún Viernes—me dijo—le tocaré algo de Goddard o de Rubinstein... algo de los *Portraits*. Vea: a mí no me gusta la música. Es decir, sí, me gusta, pero no en todo momento. La música no puede oirse a hora fija, como quien come, no. Ha de ser escogido el momento para que nuestro corazón, o nuestras emociones o recuerdos se encuentren de tal manera excitados que la música nos diga *algo*. No me ex-

plico bien, pero la música no ha de ser una amiga importuna. Así, por ejemplo, cuando yo tengo cólera... Porque debo decirle que no soy una malva, como todas las demás niñas que Ud. habrá conocido, tengo mis enojos... y también mis simpatías—añadió mi prima sonriendo.—Cuando estoy de mala, aborresco la música. En cambio, hay horas en que van despertando mis recuerdos, mis cariños, horas felices, entre unos acordes y unas notas, sin saber yo por qué. Eso es la música que a mí me gusta. ¿Me comprende?

—¿Entonces no le gustan las óperas?

—¿Las óperas? No. El teatro, sí. Vengo aquí para ver y ser vista, conversar y coquetear.

Francamente yo me sentía encantado con el estilo de mi prima, con su franqueza, tan rara, con la gracia que tenía en su manera de hablar las cosas más sencillas, y el tono cristalino de su voz tan grata.

Javier tomó asiento frente a Julia y ambos conversaron animadamente. Al levantarse el telón nos despedimos.

Aún conservo el recuerdo confuso de aquella noche de teatro, el estrépito de las marchas triunfales y de los bronces, los gritos de "Ritorna Vincitor"... *Rivedró la foresta inbalsamata*... ¡*Radames*!...¡*Radames*! Unos arpegios sobre la tumba de Aída y de Radames y el duo... *morir si pura é bella*. El triple mareo de la música, del champagne y del amor se adueñaba de todo mi sér, me levantaba de la superficie de la tierra, dándome alas, me procuraba las fragilidades del vidrio... Varias veces, con gran timidez, y haciendo acopio de valor, miré al palco de Julia. Tenía la vista fija en el escenario. Al concluir el duo, el palco ya estaba completamente vacío.

A la salida, la gente se atardaba, desfilando con interminable lentitud, a mi entender. Por ambas escaleras de mármol descendía la corriente de los palcos de se-

gundo orden, las señoras y las niñas envueltas en mantillas de teatro de colores claros, en capas Trianon, en pieles; los padres de familia, con el cuello del gabán alzado o envueltos en el *cachenez*. Desfilábase entre doble fila de lechuguinos y mozalbetes de corbata blanca y frac, en busca o a caza de lo que llaman, con tan feo nombre, el *pololeo,* el amor de calle, el coqueteo al pasar. Los caballos piafaban; cerrábanse de golpe las portezuelas de los coches que partían estrepitosamente, y continuaba la sala vaciando su ola humana que no hallaba espacio bastante por todas las puertas abiertas.

Javier alzó el cuello de su paltó de pieles.

—¿Al club, *tejo*?... ¿Una taza de chocolate?... ¿No?.. Hasta luego... Espérate Pepe.

VIII

DE COMO PRINCIPIO A VIVIR MI NOVELA

ALGUNOS meses han transcurrido ya, desde el momento de mi entrada a Santiago, en compañía de Pascual. Al mirar hacia atrás, me parece que son muchos años, de tal manera pasa el tiempo. Ahora, cuando salgo por la mañana, para dirigirme con desgano a mis clases de leyes, me parece que estoy rodeado de viejos amigos, en tierra familiar y en casa propia. Hasta los arcaicos edificios de aquella parte de la Alameda me dicen algo en su lenguaje mudo: una casa de antiguo alero saliente, pintada de color azul, parece inclinarse, a mi paso, como si me conociera, para contarme sus penurias, su dolor de verse pasada de moda, el fastidio y la inquietud con que mira, en derredor suyo, la invasión de lo moderno, de las casas de dos, tres y cuatro pisos que comienzan a echar a un lado, para relegarlos al reposo de la historia, a viejos edificios que, a su vez, habían desterrado viviendas de Pedro de Valdivia. "Afuera los conquistadores, las viejas pelucas y los casaquines": parecen gritar los presuntuosos advenedizos que vienen invadiendo la Alameda.

Y la vieja casa de aleros parpadea con tristeza, y me ve pasar cariñosamente, como que sabe cuánto simpa-

tizo con todas esas cosas que se van, que ya no existen, que se fueron. Alegre y coqueta, la otra casita de dos pisos, pintada de gris, se sonríe como una muchacha de quince años; sus persianas entreabiertas dan paso a rumoers discretos, charla, gritos, algo como aleteo de pájaros, que en la noche, al pasar, suelo ver convertidos en luz de lámpara que ilumina con fulgores rojizos la paz inalterable de un hogar burgues, donde mora el empleado público rodeado de numerosa familia, sin aspiraciones, entre escaseces y risas, o echando los bofes de puro desesperado al campaneárselas con su modestísimo sueldo para vestir a las niñas y para mandar a la plaza y darse, de cuando en cuando, sus trazas de importancia con los que juzgan por debajo de él. La tal casuca me resultaba simpática.

Así, poquito a poco, desapercibido, seguía yo mi existencia modesta de estudiante pobre, entre deseos, anhelos no satisfechos, ensueños y penurias; la alegría del porvenir por delante, a la par que las estrecheces del presente. No tocan los novelistas que yo haya leído ese resorte prosaico del dinero; ni aciertan a señalar el rechinar de los dientes con el frío; los desagrados del andar a pie con lluvia, enlodándose, azotados por el agua, entumecidos; el usar ropa delgada en invierno y gruesa en verano; el sentimiento de inferioridad social y hasta moral del joven mal vestido que se avergüenza de su traje; el dolor que se siente al andar con una muchacha bonita cuando uno gasta casaca de hospiciano; la humillación, el sentimiento de amarga inferioridad despertado en nosotros al contacto de personas elegantes y vestidas a la moda. Levántase, entonces, sordo rencor, obscuro y silencioso, voz indefinida y amarga en contra de la sociedad entera, en contra de nosotros mismos, en contra de los que se permiten ser elegantes cuando nosotros no lo somos; de poseer dinero cuando no lo poseemos, y de andar en fiestas y en

holganzas reclinados en victoria de paseo, con crisantema en el ojal del levita, como si quisieran echarnos en el rostro que no pposeemos todo eso. Luego, cuando el muchacho se siente devorado por las ansias del deseo, por el tantalismo del lujo que le rodea, por las insolencias desmedidas de la fortuna, por los salones brillantes y por los palacios y los coches y los trajes y las salas de teatro, el brillante que parpadea o la perla desvanecida en seno de nieve de mujer hermosa, siente unas veces la crisis moral de la revuelta, el deseo de destruir, de pulverizar en esa brillante cristalería el tan frágil edificio de porcelana; otras veces le invade apocamiento que le sume en el polvo, como resultado de la misma reacción, en sentido inverso, que inclina a la humildad excesiva, deprime su natural orgullo, abate su dignidad, envileciéndole, apocándole, dándole a entender, que es menos, mucho menos que los imbéciles dorados o la mujer de reputación dudosa que le mira desdeñosamente desde las alturas de su *calèche,* o que el millonario de fortuna adquirida sabe Dios cómo. En esto viene, a trechos, la reacción de la esperanza, la fe sincera en el color de rosa de porvenir desconocido que de lejano se torna próximo. Los hombres, entonces, nos parecen dechados de perfección, todos *nos* quieren. En el mercurio de ese barómetro sútil que nos marca la temperatura de la vida, las mujeres no son tan malas como se afirma; quien tacha la virtud de la señora X, o bien la honradez del señor Z., parte del ligero y por meros rumores, nos decimos entonces. Nuestro corazón, en los días señalados por un solo suceso feliz, se ensancha y crece, crece de manera tan portentosa que toda la humanidad cupiera dentro.

En día de buen humor, dilatado el ánimo, me encontraba aquella tarde. Los árboles estaban tranquilos; las casas parecían satisfechas, a lo menos sus ventanas vetustas no rezongaban, y la ancha puerta con gruesos

clavos de cobre no protestaba contra lo moderno, en nombre de sus pergaminos coloniales. La casita de dos pisos parecía más alegre, con sus gorjeos de pájaros y su ir y venir de muchachas aguardando al papá, en tanto que el piano tocaba alegremente un vals que antes sonaba triste. Yo andaba a pan y a manteles con el universo todo. Hasta la propia figura de don Benito me pareció rejuvenecida por viento de júbilo; su ancha frente calva ostentaba lustre de madurez y de buen juicio, en tanto que sus ojillos reían y las arrugas de su rostro se desvanecían en su contento. Su paso cadencioso hacía estremecer las tablas envejecidas y crugientes. Saludéle más amablemente que nunca, en tanto que se borraba contra la pared para darnos paso. Alguien le acompañaba: era un joven elegantemente vestido, que llevó su pañuelo a las narices, por lo cual no acerté a verle. Una vez arriba, abrí la ventana para ventilar la pieza, en el punto mismo en que cogía las riendas de su elegante *dog cart* el joven de la escalera. Creí distinguir a Rafael Trigo, uno de los muchachos que más ruido hacían con sus calaveradas en el Santiago que se divierte, en el Santiago de café, de media noche arriba, que juega en el Club de Noviembre o en el Occidental, y cena donde papá Gage, para terminar la noche recorriendo, en coche de los de farol rojo, todos los lugares de diversiones extravagantes, de arpa y guitarra. No dejó, por cierto, de llamarme la atención esta visita de Rafael a don Benito.

—No lo extrañes—me dijo Pascual Solís, que se hallaba en la pieza junto conmigo, mirándome en la niña de los ojos, no extrañes ver a *Rafaelillo,* en compañía de don Benito.

—El joven pisa verde—agregó—se deja caer por acá una o dos veces al mes. Yo supongo que papá Benito hace el negocio de prestar sobre prendas a módico interés del doce por ciento mensual; no me consta, pero me

parece. El capitán Saldías, el viejo aquel de la Comandancia de Armas, me refirió, hace pocas noches, haber empeñado, años ha, sus propias charrateras en una casa de préstamos de la calle de las Rosas, regentada por don Benito en persona. Agregaba el pobre militar que, casualmente, por esos días, tuvo la mala ocurrencia de morirse uno de nuestros muchos grandes hombres, ex-Ministro, ex-Presidente de Senado, etc., en circunstancias en que las charrateras susodichas andaban en prenda; para colmo, el pobre capitán fué nombrado ayudante del jefe de las fuerzas militares que hacían los honores.

En esto, Pascual, que continuaba mirándome, se sonrió.

—Hombre, ¿por qué andas tan contento?—me dijo—A tí se te conoce la alegría y la tristeza por encima de la ropa. Cada día me convenzo de lo bien que mereces aquel mote que te dimos en el colegio. Eres y serás siempre "champagne"... "champañita"...

—Apuesto a que has visto o verás esta noche a tu nueva amada... que no estoy bien cierto de si será la misma de ayer o la de mañana.

Pascual nunca se dió por aludido de que a mí me gustase Pepita en otro tiempo. Ahora continuaba mirando las cosas con la misma tranquilidad, la honda filosofía de quien contempla la vida como espectador, colocado por encima de los sucesos y de los demás hombres. En esto, precisamente, estribaba la considerable influencia de Pascual sobre cuantos por algún camino tenían con él punto de contacto. Aquella su indiferencia pausada, metódica, para contemplar las cosas humanas, el hecho de que *nada lo sorprendiera,* constituían, a nuestros ojos, extraordinaria fuerza.

—¡Bien!... Hem!...—agregó con voz tranquila.—Apuesto a que vas a sacar frac y corbata blanca, y guantes frescos, para acicalarte y ponerte buen mozo esta

noche. Por otra parte, el adorno de la persona es para tí gran placer, pues sabes que eres buen mozo y que tienes hermoso bigote y cabellos rubios y nariz fina y aguileña, y eres delgado, y esbelto, pues ha sido pródiga contigo la Divina Providencia, de la cual, entre paréntesis, te consideras parte importantísima.—No pongas esa cara, es inútil. Bien sé que te has reconciliado con Dios, que le agradeces tu personilla, aún cuando todavía no le perdonas que no te haya dado fundo, ni victoria con caballos ingleses, ni un millón de pesos para casarte. Porque eres tan ingenuo como todo eso, mi pobre "champagne". Deseas el dinero tan sólo para tener el derecho de casarte... aspiras a descender, pobre niño. Te forjas en la imaginación mujeres que no existen, como las pintan algunos tontos en las novelas de moda, y como las exhiben las mamás en esas ferias que se llaman bailes. En el gran mundo, amigo mío, y también en el mundo pequeño, y en el medio pelo hay su Tattersall, en donde las madres exhiben a sus hijas cuidadosamente vestidas, preparadas y aleccionadas para el caso. Los hombres están para sopitas y buen vino, brillan las pupilas; se estremece un brillante en los cabellos; el traje rosa, o el traje malva, o el gris, o el oro viejo ciñen delicadamente un talle esbelto que casi se corta. La voz muestra veladuras suaves; bájanse los ojos; el cuerpo se estremece y palpita en ondulaciones del vals. Cualquiera diría que era ángel, malva, confite aquella tan dulcísima criatura. Con todo, amigo mío, no hay que fiarse, como todos los incautos, de apariencias falaces, de encantos de cinco minutos, ni de paraíso, no más verdaderos que el profeta Mahoma. Esos dientes de la madre que sonríe al galán adinerado, son postizos, y se los quitará en la noche, concluída la función; el cuerpo de la niña es obra de la modista; el pie, de un zapatero de moda; el perfume, es "Iris" de Roger Gallet. Hasta la miradas insinuantes tienen

tanto de verdadero como los dientes de mamá. Sólo hay de positivo el lujo, el coche, brillantes, mareo del champagne y mareo del amor, o de lo que han dado en pasar por tal; una levantada a deshora, vanidad de leerse en los diarios en lista de invitados a la suntuosa fiesta del Tattersall mundano donde se adquiere, sin conocerla, y a precios fabulosos, alguna preciosa bestia de sangre, algún bello elefante blanco de esos que devoran todos los bizcochos y hasta muerden a los sirvientes.

La campanilla que llamaba a comer vino a cortar, por la mitad, el discurso de Pascual, que llevaba trazas de no concluir.

Monsieur est servi—el señor está servido—me dijo—doblando en dos su largo cuerpo flaco y encanijado. Triple salva de aplausos le acompañó a la salida, junto con Pepe Flores y Carlos Rayles que habían escuchado el discurso desde la pieza vecina.

—¡Viva el malogrado orador, nuestro distinguidísimo y elocuente amigo Pascual Solís!—gritaron a una—parodiando el hablar melifluo de un conocido profesor de la Universidad.

En esos momentos me ponía el frac, para ir, en la noche, al Tattersall, como le llamaba Pascual Solís.

La comida fué poco animada, y se compuso de los mismos guisos, tan poco variados, que nos propinaba de ordinario mi *sea* Adriana. Los mismos frejoles, el charquicán, unas papas con picante, asado de cordero, salpicado todo con vasos de vino blanco o tinto, según la botella de cada parroquiano. La señora de Picarte nos contó que su marido había sido edecán de Melgarejo, y que por poco no queda de Presidente de Bolivia: la cosa estuvo en un triz. Don Cesareón de la Carrera se rió a carcajadas, con la risa estridente y precipitada que era peculiar en él, y pasó, de ahí a poco, a tratar de la genealogía de los Meneses y de su entroncamiento con los Bravo de Saravia, muy indig-

nado porque los estudiantes narraban chascarrillos de un cura Meneses. Es lo cierto que, a medida que transcurría el tiempo y yo penetraba, poco a poco, en la sociedad santiaguina de buen tono, iba sintiendo amargo impulso, alejamiento invencible, vergüenza vanidosa de hallarme en aquella tan modesta casa de pensionistas. Diríase que la figura vulgar de mi *sea* Adriana, el cuerpo abombado de don Benito, la cháchara cursi de la señora Picarte, las bromas de Pepé Flores y de Carlos Rayles, las oleografías de adorno, el aparador con copas de colores, el olor a cosa vieja, el conjunto aquel, para decirlo todo, venía a desentonar con mis nuevas aspiraciones, con elegancias entrevistas, con mis ensueños, con Julia, con el frac y la corbata blanca. No se avenían atmósferas tan diversas, ni en mi imaginación podía yo conciliarlas, de lo cual resultaba desesperado impulso de huir, de abandonar la casa de pensionistas, de pelear con todos, para no saludarlos más y no verme entre ellos, yo, que me creía tan por encima de todos ellos, tan inconmensurablemente grande y a ellos tan chiquititos, tan imperceptibles, en tanto que la sociedad entera debía estar pendiente de mi persona. Hubo noche de teatro en que me sentí desesperado porque mis guantes estaban un poco sucios, creyendo que todos se fijarían en ellos.

Serían las nueve, sobre poco más a menos, cuando me puse en marcha, con el corazón palpitante de emoción, para dirigirme a casa de la señora Cortés, donde recibían, los Miércoles, a unas cuantas personas de confianza. Iba en compañía de Aníbal Fabrás, que había sido invitado junto conmigo por Javier Cortés, en la esquina de "Arenilla", y de Pepe Flores, que nos acompañaba hasta el centro, al cual no faltaba nunca por la noche. Bien se veía, por el silencio de Pepe, que andaba contrariado, sin duda, porque no le habían invitado a él, de lo cual sacábamos nosotros triunfante y

exquisito escozor de vanidad satisfecha. A casa de los Cortés no iba cualquiera; tratábase de uno de los santuarios de la elegancia y del *chic* santiaguino, de una de esas familias que todavía conservaban, junto con situación holgada y hasta rica, el recuerdo de las tradiciones de antaño; retrato del bisabuelo, pintura al oleo de don Rosendo Cortés, senador de la patria vieja y antiguo oidor de la Real Audiencia. La casa estaba situada en la calle de la Bandera, cerca de Santo Domingo, a media cuadra de la plazuela del Congreso. Era casa de dos pisos, de construcción moderna y de elegante aspecto. A la entrada había espacioso vestíbulo elegantemente estucado, cerrado por verja de hierro que lo separaba del patio. Seguía jardín con palmeras y plátanos que alzaban sus elegantísimas y anchas hojas verdes, entre bosquetes de naranjos y mirtos. El patio, al antiguo estilo, estaba descubierto, y era menester cruzar los corredores, enlosados en mármol, para llegar a los salones, colocados en el extremo opuesto a la entrada, precisamente por uno de esos bizarros caprichos que parecían ley de las antiguas construcciones. En los altos habían vivido sucesivamente las diversas hijas casadas de la señora Cortés, por lo cual Zacarías Alcalde, su sobrino, los llamaba "la Pescadería", unas veces, "la Pajarera", otras.

En cuanto hubimos penetrado a la antesala, y después de quitarnos los abrigos, fuimos a saludar a las señoras agrupadas en torno de un sofá, en el rincón: todas hablaban a un tiempo. Con sus capas lujosas y sus capotas con plumas negras, tenían algo de caturras lúgubres. Se callaron, quizá por casualidad, a poco de entrar nosotros, compusieron sus caras, algunas con trazas de reserva, y nos recibieron con cortesía, en atmósfera helada, como si fuéramos hombres de mala digestión.

—¡Cómo está Ud., Antonio—dijo la señora de Cor-

tés—cuánto gusto de verlo por acá!... ¡Y Ud., Fabrás, creíamos que se había muerto, buscábamos su nombre en las "defunciones" del *Ferrocarril*...

A pesar de que yo, con mis dieciocho años, no era todavía, ni con mucho, persona de mundo, no dejó de sorprenderme el tacto, la habilidad, con que la señora de la casa, con levísimas e imperceptibles inflexiones de voz, nos señalaba a cada uno su lugar en la tertulia, sin impertinencia de ningún género, con toda urbanidad, con acabada cortesía.

"Ud., Antonio", era una persona a quien, desde el primer momento, se alentaba a la confianza, que podía volver a la casa cuando y tan a menudo como quisiera, a quien se abría muchas puertas y se permitía hacer y decir muchas cosas... "Ud. Fabrás", significaba cierta reserva un tanto benévola, algo de etiqueta, "tenga cuidado", "no se junte con nosotras en las carreras del Club Hípico", "puede Ud. figurar en los cuadros de lanceros", "no le haga la corte a Manuelita". Eso decían levísimas inflexiones de voz, con el mero sonido, contradiciendo el lenguaje y la cara amable de la señora.

En el momento aquel, un reloj vecino daba la campanada de las diez. Penetramos en el salón del centro, iluminado por arañas de cristal, con gran cantidad de quemadores, de los cuales sólo algunos estaban encendidos, por esa economía tradicional en algunas familias santiaguinas. El salón era enorme, quizá desmedido; hallábase tapizado de grana, con muebles y cortinajes de rica seda, de forma algo anticuada. Dos enormes espejos, que subían hasta el techo con lujosos marcos dorados y llenos de arabescos, enfrentábanse encima de los sofáes. Un biombo de madera tallada, cubierto con seda antigua en forma de "acordeón" como llaman las costureras, encubría la entrada, colocado junto a gran jarrón de porcelana china, del tamaño de un hombre.

Una muchacha delgada, pequeñita, de grandes ojos negros, de color pálido mate, nariz aguileña y cabello algo crespo, tocaba en el piano un vals de "Gungle" que era entonces lo que había sido Metra y lo que es Waldteufel. Su manecilla menuda recorría con ligereza la blanca dentadura entreabierta en la negra y prolongada caja de piano de cola, de Chickering.

En un sofá, Manuelita Cortés e Irene Oyanguren, *flirteaban,* jugando la una con el abanico, charlando la otra en compañía de Javier Guzmán, de mi primo Luis Fernández Larraín y de José Rivas. El doctor Ríos Morán, echada en alto la hermosa barba negra, como en el famoso retrato de fantasía del baile de Oyanguren, valsaba en compañía de Josefina Brown, lenta y majestuosamente, con tanta gravedad como si de ello dependiera la vida de sus clientes. En el otro rincón, Zacarías Alcalde, envuelto en una capa de señora, se paseaba imitando a doña Manuelita Malvasía, en compañía de "Colacho", su esposo: tenía entonaciones guturales, de mujer, y desentonos cómicos, al decir, imitando a la señora... "¡Uf!... ¡qué calor!"... El coro de elegantísimas chiquillas sentadas en aquel sofá, se desternillaba de la risa.

En el centro, en uno de aquellos sofaes redondos que llaman "confidentes" se hallaba mi prima Julia, rodeada de jóvenes. En ese instante, Javier Miralles, que se había juntado a ella para decirle algunas palabras en voz baja, se retiraba muy colorado y como descontento. Me acerqué al grupo; venía a deshacer, o a servir de pausa en una de esas escenas de frío, cuyas causas todos comprenden, sin acertar a proferir palabra.

—Antonio, Ud. no debería saludarme.

—¿Por qué?

—Porque todavía no le he visto en casa ningún Miércoles.

—Soy un poco retraído. Mis estudios, por otra parte,

no me dejan casi tiempo—dije con frase entrecortada.

—A mí me ha costado muchísimo trabajo traerlo a casa—agregó Javier Cortés. En cuanto a los estudios...

—A mí no me gustan—interrumpió un muchacho pálido, flaco, encajinado, vestido elegantemente, de chaleco blanco, negra corbata y *smoking*. Sólo comprendo el de la gramática, y en la conjugación del verbo amar.

Los demás jóvenes aplaudieron esa ocurrencia, que juzgaban ingeniosa por la suficiencia con que había sido dicha. Me sentía aún como encogido. Harta falta me hacía ese barniz de aplomo mundano, indispensable para decir tonterías y figurar en sociedad, y eso, que ignoraba lo suficiente de bellas artes y de bellas letras para hablar de todo con aplauso general. No se me ha de recusar si afirmo que las frases del mozalbete rubio y de otros tales despertaban en mi cierta confusión mezclada con envidia. Sentíame acortado, con lo cual no acerté a proferir palabra, hondamente descontento de mí mismo y de los demás. Una especie de adivinación, algo como la antena moral del tacto, me hacía sentir esa vaga sensación de malestar que experimentan las personas de reunión íntima, de un mismo mundo, de esas que se adivinan casi los pensamientos sin decirlos, cuando cae en medio de ellos un extraño, como bomba. Tal vez Julia comprendió mi posición, y volviéndose a mí:

—¿Valsa Ud.?

Sentí júbilo, y me puse de pie; justamente era el vals lo mejor, lo único que sabía de todos mis estudios, gracias al arte consumado con que mi hermana lo bailaba. Julia se puso, así mismo, de pie y se cogió de mi brazo, con frase de disculpa, sonrisa leve, y mirada a su grupo de admiradores.

José Rivas, muchacho de hermosos bigotes, se paró

a protestar de la distinción que se me confería, con entonación cómica:

—Julia.

Eso es, eso es...
El mundo al revés
El ladrón detrás del juez...
Los bueyes en la carreta
Y el carretero tirando...

Y Ud. ofreciendo baile, después de haberse negado a valsar conmigo hace un momento.

—Ud. quería que lo prefiriese a los demás, y como a mi no me gustan los soberbios, he preferido a quien no se atrevía a pedirme nada. ¿No conoce Ud. el cuento? ¿No? Pues, érase que se era, para saber y contar para saber, una *Miss* de veinte años que viajaba sola en un *steamer* de Nueva York a Londres, en compañía de trece caballeros, que naturalmente, andaban como locos detrás de ella...

—Porque era tan bonita como otra que yo conozco.

—No, porque era la única mujer a bordo... Ella les pidió una prueba de cariño a lo cual, todos solicitaron cumplirla. Les pidió que se arrojaran al mar; hubo doce que se tiraron de cabeza.

Y el trece...

—Se casó con ella—agregó Julia sonriendo—en tanto que nos lanzábamos a dar las vueltas suaves y lentas del boston, al compas de "Myosotys".

—Fué el número trece quien se casó. No en vano dicen, los sabios y los libros, que el trece es número fatal—dijo con su voz ronca y fuerte—Elías Zañartu Pérez, muchacho alto, atrayente, con trazas de tuno, bastante mal mirado por todas las futuras suegras, a causa de sus ruidosas historias y de su bien sentada fama de calavera.

En una de las vueltas alcancé a notar que el rubio le

preguntaba, señalándome: ¿De dónde diablos ha salido ese pajecito del cuarto acto del baile de máscaras?

—Es Antonio Fernández, primo de Julia; es buen muchacho, no es tonto, pero algo pretencioso, respondió Zacarías Alcalde.

Julia valsaba divinamente, apoyando apenas su mano en mi brazo, con ligereza de pluma, moderando suavemente, con delicada presión, la velocidad de algunas vueltas. Yo me sentía palidecer, casi con vértigos, la frente helada, en tanto que el corazón me latía con cruel martilleo al sentirla tan cerca y tan lejos de mí, como "siente sobre sus espaldas, el camello que cruza el desierto, un odre de agua cristalina", al decir de la hermosa poesía de los árabes. Su talle esbelto levemente apretado por mi mano, su frente serena y altiva cerca de la mía, un rizo loco de sus cabellos rozándome las mejillas, en tanto que ella, serena, indiferente, con la soberana y suavísima expresión de los dioses de Grecia, se deslizaba, con elegancia exquisita, al compas de la música de Waldteufel. Un grupo de muchachos, apoyados en el piano, aplaudió como en el teatro.

Julia se detuvo, hizo saludo de corte, demasiado a lo gran dama para imitar una *diva,* se desprendió de mi brazo, y cogiendo el de José Rivas:

"Para firmar las paces—dijo—le doy una vuelta de vals: que no haya vencedores ni vencidos".

Me apoyé en el piano, casi no sabía lo que me pasaba; el salón me daba vueltas en la cabeza. Y ella seguía, y seguía entre los giros del vals, elegantísima, serena, gran señora, fascinadora como ondina, como Julieta, como la tentación de Macbeth, como el pecado, como lo imposible, como debió ser Eva en el momento en que Adan perdió por ella el paraíso para siempre, enviando, con una sola mirada, las saetas de oro de las ilusiones primeras a mi corazón lastimado de estudiante pobre.

No duraron mucho mis cavilaciones. Ito García, con quien había trabado íntimas relaciones en los últimos tiempos, cogiéndome del brazo, se inclinó a mi oído para decirme a media voz: Antonio, no pienses tanto, no pienses tanto en la prima, ni exhibas de ese modo tus sentimientos, que en el mundo, ante todo, es menester disimular, ocultar lo que se piensa y lo que se siente, encubrirse con máscara risueña, y pasar, y reir. Anda, no seas tonto. Asómate al saloncito y verás un espectáculo interesante. Mira, pero así, con disimulo; anda aprendiendo a ver sin mirar. Aquella tan hermosa dama que ahí está sentada es, ahora, en Santiago, el objeto curioso, la flor rara, la orquídea, el mono sabio que se pelean los salones santiaguinos. Es de saber que nosotros necesitamos todos los años algo nuevo, que llame la atención por algún aspecto. Por eso, nuestros salones se disputan un personaje que es, en ocasiones la Ristori, o Rafael Calvo, o los marinos japoneses de la Yoroshima, o el poeta colombiano Samper, o Santiago Estrada, o el hijo de Monsieur Carnot, o Leopoldo, el príncipe brasilero. Don Carlos de Borbón, el Nuncio de su Santidad. Necesitamos, en fin, un personaje ilustre y alto, curiosidad social que mueva la atención, un cabotín, o un escándalo. En aquel sillón de fantasía está sentada la dama de actualidad, que es de buen tono visitar o recibir, la víctima supuesta del último enredo santiaguino que, esta vez, ha tenido proporciones colosales. Esa dama tan hermosa como elegante, de fisonomía interesantísima, de grandes ojos verdes, con semblante sellado de tristeza es la señora Sofía Orbegoso de Otero. Es una gran dama mejicana, casada con Rafael Otero; acaba de salir del hospital, después de haber recibido magistral paliza de su señor marido. Asume papel de víctima de alta escuela con no menos arte que Sara Bernhard. Como era de creerlo, casi todas las mujeres están de parte suya, por lo cual

afirman que el marido almuerza con niñas crudas, y se embriaga con opio y con espíritu de vino.

En esto iba mi amigo *Ito,* cariñoso diminutivo de Albertito, que todos le daban, cuando noté un extraño movimiento en el salón. Cesó la música, dos o tres jóvenes salieron desaforadamente, se desorganizó la tertulia, en tanto que alguien habría la ventana con violencia. Hay incendio, dijeron; óyense tres campanadas, debe ser en el Cuartel del Centro. Llegaban, en efecto, las sonoras y lúgubres campanadas del Cuartel Central de Bombas. En Santiago, muchos de los jóvenes de buena sociedad pertenecen a la generosa institución de los Bomberos, por lo cual, en habiendo incendio, se acaban las reuniones. Javier Cortés hizo entrada triunfal al salón con la cabeza cubierta con casco de la 5.a Compañía, envuelto el cuello en paño de mano, la casaca a medio abotonar, todavía con zapatos de charol, que no había tenido tiempo de quitarse.

—Vamos a ver el incendio—dicen que no está lejos—exclamó una de las niñas. De súbito el patio se iluminó con gran resplandor rojizo y llamas parecieron salir del techo. Hubo gritos, confusión; algunas se pusieron abrigos a toda prisa y salieron con algazara, exclamaciones, carreras, seguidas por los jóvenes que trataban de calmarlas. Las mamás llamaban a sus hijas, que corrían. En suma, dos minutos después, el salón estaba desierto, y yo me encontraba en la esquina, en compañía de Manuelita, de Julia y de varios jóvenes. Los gallos con mangueras, y los bomberos, con faroles encendidos, iban a escape en dirección a la casa incendiada, en la esquina de Santo Domingo. Algunas bombas pasaban al galope arrastradas por caballos normandos, entre gritos de bomberos, despidiendo por las chimeneas, negras y espesas columnas de humo. El piteo de las máquinas, los toques de corneta, el rumor de coches que llegaban disparados como balas rojas trayendo algún bom-

bero, gritos de "¡agua! ¡agua! que den agua!" y correr desesperado de jinetes de policía atropellando al público, en tanto que la gente se agolpaba frente al lugar del siniestro, como en espectáculo de teatro: todo presentaba el aspecto de la más extraña confusión. Entre tanto, las llamas trepaban inmensas y majestuosas, como olas de fuego, se retorcían entre los techos y subían por las ventanas, envueltas en espesas humaredas obscuras sembradas de chispas.

De repente, sentimos algo negro y enorme que se nos venía encima. Sólo atiné a empujar a Julia contra la puerta de un almacén que estaba cerrado. Un carro con escaleras, no hallando sino reducido espacio en la calle, había tomado por la acera y pasaba junto a mí como avalancha. Aún recuerdo la impresión de terror; aún me veo con los brazos extendidos ante la puerta, delante de Julia; aún siento el roce de las ruedas sobre mi ropa. Junto con esto, en las lejanías del recuerdo, siento palpitar, junto a mí, el corazón de mi prima, que latía como pájaro arrancado del nido, en tanto que una de sus manos se apoyaba en mi hombro, y la otra me apretaba el brazo. No puedo olvidarme de ese instante, dulce a la vez que terrible.

—¡Por Dios, Antonio, por Dios, sálveme!

Cuando quisimos atravesar la calle, pasado el susto, un cordón de policía, nos cerró el paso.

—Si volvemos a nuestra casa que está cerca...

—¡Naide pasa, es la orden del Comendante!—gritó un *vigilante* mal agestado.

—No discuta con ese hombre, vámonos por la calle de las Rosas—me dijo mi prima.—Por otra parte, la entrada de la calle de la Bandera por la de Catedral debe estar cerrada.

La di el brazo, y doblamos por la calle de las Rosas, en dirección a casa de Julia.

—Vea si alguno de mis hermanos anda por ahí.

La calle estaba obscura, y nos encontramos solos, enteramente solos, entre la muchedumbre de curiosos.

Entonces, por vez primera, me sentí acometido de extraña zozobra, de esa inquietud de estar a solas con el objeto amado, que acompaña al principio y al fin de los amores. Ansiedad, expectativa intensa, exquisito y dulcísimo temor en el principio, en la alborada de un cariño, hastío, repugnancia invencible, retraimiento, deseo de fuga al terminar de los amores, son los sentimientos que se mezclan a esa tan extraña ansiedad de "sentirse solos". Yo no acertaba a pronunciar palabra, el corazón me latía a reventar, en tanto que Julia, ya tranquila, se apoyaba suavemente en mi brazo. Envuelta en larga capa negra, que no era la suya, cogida al azar en el salón, Julia parecía más delgada todavía, con sello extraño, nuevo, modesto y sin lujo. No me atrevía a hablar, en ese tan inesperado paseo que abría, en mi vida, algo como estela luminosa que no debía de borrarse nunca de su trama obscura. Confundíase, al andar, su paso con mi paso, al unísono, en un mismo ritmo suave. Había tomado, sin quererlo, su andar lento, su paso largo, como si en la fusión del movimiento hubiera dilatación de las almas, confundirse de los sentimientos, contacto, leve, de dos simpatías que se buscan a tientas, en la noche obscura de la vida y que se encuentran sin saberlo.

Julia fué quien primero interrumpió el silencio de aquel paseo. Hasta ese momento, había entre nosotros algo como la complicidad exquisita de lo prohibido, de lo inesperado, de lo que *no debe* hacerse, de lo que está fuera de la regla y de las costumbres sociales. En cuanto hubo pronunciado algunas frases, su voz cristalina, tranquila, fortalecida por la aprobación interior de quien nada se reprocha, vino a deshojar el misterio, trayéndome sensación de algo como una vuelta del tea-

tro, en familia. La noche era fría, como todas las noches santiaguinas, el cielo estrellado, la calle solitaria y sin rumores. Sólo resonaba la campanada lúgubre del incendio. Aún resiento la música de su voz, confundida en el ritmo de nuestros pasos, con entonaciones de confianza, de amistad ya vieja, en tanto que, con exquisita delicadeza me preguntaba por mi hermana, me hablaba de mi madre, como para estrechar nuestra súbita intimidad en la fusión de simpatías. Con su brazo apoyado en mi brazo, el andar a compas, apartados de vanidades mundanas, tratando de las cosas que yo quiero, seguíamos por la calle silenciosa. La noche era fría y con estrellas.

Nunca me he sentido tan cerca de ella como en aquel instante. Muchas veces, años más tarde, he llegado a preguntarme si Julia me quiso: no lo sé. ¿Quién conoce jamás el fondo de una alma femenina? Sólo puedo afirmar que en los bailes, donde la rodeaban cortejantes, reclinada en su coche en los paseos, o en elegante traje de comida, siempre notaba distancia, abismo, algo insalvable entre ella y yo. Nunca me he sentido tan cerca de su alma como en ese momento, con la capa negra que suprimía lo exquisito de su elegancia, la noche fría, las estrellas arriba, y nuestro paso rimado en el silencio de la calle muda.

Llegamos a su casa; tocó el timbre eléctrico; abrieron; su mano siempre algo suelta estrechó un momento la mía, y con gesto imperativo, lleno de gracia: Vuelva mañana. Antonio, me dijo. Sentí exquisita voluptuosidad en recibir una orden suya, en sentirme de ella, como si el instinto me advirtiera que cuando una mujer manda a un hombre, no está lejos de ser mandada por él.

Encendí un cigarro y, en vez de dirigirme a casa, tomé el camino del Tajamar. Sentíame nervioso, desasosegado, inquieto y feliz a un mismo tiempo, como si hubiera realizado grandes e inesperadas ambiciones.

La vida me parecía risueña, mi fortuna fabulosa, punto menos que inverosímil. Y seguí andando, para calmar mis nervios, ya que no podía llamar a todo el mundo para decir a gritos que me sentía feliz. No tardé mucho en llegar hasta el Mapocho; sus aguas se deslizaban, repartidas en el lecho, como tres serpientes obscuras que iban a perderse entre los enormes ojos de los arcos del Puente de Cal y Canto, que alzaba su disforme sombra negra, parecida a la del Puente de Toledo, allí en el fondo. La luz de un coche cruzaba lentamente; otras luces parecían escalonadas en la orilla. Más allá, en la parte opuesta, una gran torre obscura señalaba un templo. Las aguas del río, aumentadas por deshielos, pasaban con bronco rumor bajo el Puente de Palo, en tanto que yo seguía camino del Tajamar, en dirección a la Cancha de Gallos, por donde brillaba la luz de un farol del alumbrado público, no lejos de la silueta elegante y fantástica de una palma que arrojaba en la noche su penacho negro.

IX

DONDE MIS ASUNTOS SE COMPLICAN

LLEVABA más de un año de vida santiaguina y mis asuntos pecuniarios andaban de mala cuenta.

Con todo, al decir de mis amigos, era hombre de fortuna envidiable a quien sólo bastaba con abrir la boca para que sus aspiraciones más descabelladas se convirtiesen en hechos. Gracias a los empeños de dos o tres personas de la familia, pricipalmente a mi pariente Javier Miralles, había conseguido un puesto en la Tesorería, con ochenta pesos mensuales. Era ese el sueño dorado, así de los dos abogaditos de la casa de huéspedes, como de todos los muchachos de mi edad y de mi tiempo; hasta llego a creer que el estudiante de medicina no hubiera vacilado en aceptar un puesto como el mío, aún cuando fuera en el Ministerio de la Guerra, a pesar de lo contrario a sus propósitos de humanidad y de salud. Para desgracia mía, no bien hubo aumentado mi escaso peculio cuando se multiplicaron los gastos que hace de todo punto indispensables la vida social, con sus cargas y gabelas. Era menester vestirse en la mejor sastrería; comprar muchos guantes y corbatas de Doucet; enviar flores y pagar a mis amigas apuestas de carreras; jugar partidas de *pocker;* cenar de cuando en cuando, en compañía de amigos y de damas,

con muchísimo champagne; gastar dinero en vida alegre, en compañía de gente que me invitaba y me arrastraba. No hubiera podido negarme a seguirles ni a acompañarles, so pena de ser mirado en menos y de bajar muchos puntos en el aprecio de la juventud dorada. Así, pues, quisiéralo o no lo quisiera, me veía envuelto en la vorágine de la vida santiaguina, en vida mundana de bailes, carreras y paseos, y en la noctámbula del club, de cena y de aventura galante. Detalle digno de ser tomado en cuenta por los novelistas llamados *psicólogos,* a quienes cayera en la mano esta mi sencilla historia: muchas veces me hallé mezclado, en cenas de artistas y de bailarinas, con mis primos Luis y Ramón Fernández Larraín, elegante y un poco teatral, el primero, con cuellos altísimos y albos, traje de buen corte, aire suelto de vividor anémico; loco, desgreñado y deschavetado, el segundo, que sólo sabía hablar, en lengua semi-inglesa, de las cosas del *sport.*

Sentía amargo placer en toparme con ellos en lugares semejantes. Tanto el dinero de la pensión paterna, como los regalos que periódicamente mi madre me hacía, y mi corto sueldo de empleado público, se me iban entre los dedos en aquella vida elegante, disipada y un tanto loca que llevaba. Confieso que presumía de calavera antes de que en realidad lo fuese, sea por extraño prurito de *snob,* sea porque había dado en creer esa vida libertina llevada por algunos jóvenes de gran fortuna y de vieja cepa, era sello característico de persona de buen tono. Sin duda, no era otra la razón que me movía al lujo, a locamente arriesgar en apuestas de carrera y de *sport,* sumas que tal vez no hubiera podido cubrir ni aunque me las hubieran arrancado con tenazas. Mi *charrete,* arrastrada por hermoso alazan de media sangre, era una de las mejores apuestas, en el Parque Cousiño. Hasta corrí de *jockey,* vestido con *chaquet* rojo, en una carrera de jinetes caballeros del Club Hípico.

El déficit creciente de mi presupuesto, casi tan dispendioso como el presupuesto del Estado, sólo podía ser cubierto con ganancias de tapete verde. Así, de manera insensible, me fuí dando a naipes, adiestrándome en el baccarat que jugaba en el célebre tercer piso del Club de Noviembre, en el juego del *pocker*. Mis manos trémulas introdujeron convulsivamente los paquetes de billetes de banco, ganados a la hora de media noche, en atmósfera que apestaba a tabaco y a olor de ganado humano, entre juramentos y votos de jugadores perdidosos, blasfemias y reniegos de hombres que se arruinaban, de muchachos que perdían lo ajeno y exclamaciones o sonrisas triunfales de gananciosos. Conocí a los que agarraban las ganancias ajenas por equivocación, y a los que cogían billetes, "con permiso", del dinero que tenía para hacer mi juego, para no devolverlo nunca, y olvidar el préstamo, como si tal cosa, al día siguiente. ¡Cuántas miserias vi! No dejé de toparme con algún rico y afortunado caballero que nunca perdía más de cincuenta pesos, y que se paraba de la mesa, en cuanto su ganancia llegaba a doscientos, para ocuparse de algún asunto urgente. Me topé, también, con un célebre jugador de gafas, que llevaba admirable contabilidad con monedas de cinco centavos, que representaban diez pesos, y monedas de diez centavos, que representaban cien pesos, y veintes que iban por mil, admirable personaje que perdía millares sin manifestar la emoción más leve, y que ganaba de igual manera.

Es lo cierto que una buena mañana desperté con que debía mil quinientos pesos, mi sueldo de dos años en la Tesorería, sin que acertara a dar con el medio de pagarlos. Escribir a casa no era posible; hubiera sido dar a mi madre, inútilmente, un terrible golpe. No tenía a dónde volver los ojos, y me era preciso seguir en la vida elegante a que había entrado poco a poco, asistir

a comidas y a bailes, visitar antiguas relaciones de mi madre y de mi padre, que me habían recibido con cariño, y continuar siempre elegante y vestido a la última moda, en mi odisea de vividor sin dinero, cosa tan fácil cuando se carece de vergüenza, a la vez que tan difícil al despuntar de la vida, entre los pudores y las emociones juveniles de corazones que aún no han chocado con las amargas asperezas de la enseñanza mundana. Si me creía corrido, vividor consumado, tan sólo porque había pasado noches en el tapete de juego, porque había cenado con bailarinas y dado escándalos, tratando de hacerme consentir a mí mismo que era un terrible calavera, sin serlo, sin poderlo ser, ya que mi temperamento natural no me lo consentía. Se nace calavera, el calavera no se hace. En el fondo, a pesar de mi mala reputación naciente, continuaba siendo niño, inocentón, lleno de buena fe, convencido de la lealtad de todos, de la virtud de las mujeres, pagado de sonrisas y de frases amables de los que me miraban mal en el fondo del corazón, en esos repliegues ocultos que no se divisan. Surgía en esas horas afiebradas, una imagen luminosa en el fondo de mi vida. ¡Si todas mis locuras, mis pretensiones de elegancia, mis derroches y hasta mis propios vicios entraban por no pequeña parte en el amor de ella! Extraña contradicción que sólo podrán apreciar los que han vivido; extraña contradicción, que hacía surgir, como faro, la imagen de Julia entre mis locuras y mis extravíos, con luminosa transcendencia.

Todo era soñar con ella, en mis horas perdidas, que no fueron pocas; todo era verla, cerca de mí, siempre elegante y hermosísima, con porte de reina que se dignaba elevarme hasta su lado, y engrandecerme con su cariño; todo era aplanarse el camino, erizado de dificultades, hasta el punto de que ella y yo nos casáramos y viviéramos en deliciosa atmósfera de lujo y de confort. Me veía en el teatro, en coche, al lado suyo, en

salón, en misterioso retrete, dueño en absoluto de ella, único señor de tan soberano tesoro que habrían de envidiarme los reyes y las hadas. Por supuesto que en mis ensueños no se trató jamás del vil metal, o, por lo menos, di por sentado, como principio irrefutable, que tendría todo el dinero que quisiera, a manos llenas, procurado, sea por mi trabajo de abogado, sea por otro medio que a mí no se me alcanzaba por ahora, pero que seguramente habría de venir.

Daba por cierto que sería millonario, o que bien sabría campaneármelas sin dinero, llevándole gran nombradía de hombre público, famosa reputación de orador conquistada en lides parlamentarias, la palabra de oro de Isidoro Errázuriz, el empuje y el vigor político de Portales, la pluma de Arteaga. Así, mecido en mis propios ensueños, mezclaba las íntimas y secretas ambiciones de mi alma con la mujer amada; cerraba los párpados, me subía la sangre a la cabeza, se me encandilaban los ojos, palpitaba rápidamente el corazón y me embriagaba en sopores de sensualismo; veía el brazo torneado de Julia, la negrura de su pupila, lo esbelto de su talle, con lineas que encendían el deseo; percibía ciertos reflejos metálicos de sus cabellos, con entonaciones rojizas y ardientes en la nuca, la delicada finura de la garganta, de su pierna transparentada por media de seda, los reflejos de luz en aquel charol de su botina tan larga y tan delgada. Diera entonces el universo todo, mi vida, mi porvenir y el de los míos, a trueque de tenerla entre mis brazos. A todo esto, no habíamos cambiado nunca una palabra de amor, ni juramento, ni promesa. Yo la seguía por todas partes, con cierta discreción; ella me saludaba cariñosamente, de diversa manera que a los otros; cuando se encontraban nuestras pupilas, solía vislumbrar como un destello, rápido, maravilloso, embriagador, que parecía decirme: "Tú puedes contar conmigo, no me eres indiferente, te consi-

dero superior a los demás, pero no lo digas, es un divino secreto para tí tan sólo"...

Jamás cambiamos palabras de amor; habría sido inútil, por otra parte, desde que ella conocía mis sentimientos, y podía leer, como en libro abierto, en mi corazón sencillo. Temor invencible, una suerte de respeto, de veneración extraña mezclada con sentimiento vago de ser mirado en menos por lo insignificante, lo nulo que era comparado con ella, me impedían hablarla de todas esas cosas que guardaba en mi corazón como en santo y misterioso relicario. No habíamos cruzado ni una sola palabra de amor, y ella sabía, con todo, que podía disponer de mí como de cosa suya, enteramente sometida a sus caprichos, como de ser pendiente de un destello de su mirada. ¡Qué de cosas no soporté por amor suyo! Más de una vez me presenté a los Viernes de Julia, donde era recibido por mi tía con suprema frialdad, como que ya conocía mi cariño y como que no le cuadraba de ninguna manera. Cerrarme las puertas de su casa, no le hubiera sido posible, dadas nuestras relaciones de estrecho parentesco. Limitábase, pues, a tratarme con indiferencia marcada, no me veía, *me ignoraba* por completo. Julia, a su vez, me trataba de modo por demás extraño: dábanse ocasiones en que apenas hablaba dos palabras conmigo, dejándome con Manuelita Cortés o con Elena Oyanguren. En el punto mismo en que yo me paraba para despedirme, ella me decía: "¿Por qué se va? Quédese". Y acompañaba su insinuación con una mirada que vencía mi voluntad, mitigaba el sufrimiento de la noche entera, dándome como nueva y más alegre sangre en las venas. Otras veces, me sentía desesperado al verla bailar el *Washington Post*, recién introducido a nuestros salones, en compañía de Aníbal Vidal, aquel muchacho tan buen mozo y tan rico, Mesías de las suegras futuras. Inclinaban ambos levemente el cuerpo, de costado, en tanto que al

pie marcaba el doble compás, con ondulaciones de pluma en el esbeltísimo inclinar del talle, tomaban luego paso de galopa, y los ojos todos se iban tras de ellos, admirando tan soberbia pareja, ambos altos, espigados, hermosos, elegantísimos. Sentíame sobrecogido de celos furiosos, de un deseo irresistible de pelear con Aníbal y de saciar mi hiel con su sangre. Era imposible que ella no lo quisiese: era tan buen mozo, tan elegante, de gran nombre y cuantiosa fortuna que, por cierto, no podría dar con su marido comparable a él. De la primera sospecha a la certidumbre no mediaba más que un paso, tan fácil de salvar con el más leve pretesto. Que se le cayó una flor a Julia y él la recogió, pasándole, en cambio, una orquídea que llevaba prendida en la *boutonière;* que ambos charlaron media hora juntos, sentados en confidente, al pie de una hermosa estatua de *Pfarfelle,* colocada entre palmeras, en el rincón del corredor; que el pecho de Julia palpitaba con el cansancio del baile: motivos eran éstos más que suficientes, para llevar hasta el fondo de mi alma la convicción de que ella le amaba, derramando por mi ser las semillas de toda suerte de amarguras. No bien nos juntábamos, la hablaba con jovialidad fingida, sombría en el fondo, preñada de sarcasmos, y la embromaba con él, y le alababa. Mis ideas, los tiernos reproches que había estado preparando, desaparecían de mi cabeza, y me tornaba silencioso, mustio, amargo a la par que desagradable. Mi prima, entonces, ni se dignaba justificarse, sonreía. Y yo, que, al ver sus coqueteos, tal vez fundados, en ocasiones, hubiera debido retirarme y no seguirla más; en presencia de aquel silencio risueño con visos de desafío; ante su abandono, en ocasiones visible, que hubiera debido apartarme de ella, sentía decaer mi dignidad, desmayarse mi espíritu, desvanecida mi voluntad ante el deseo, el ansia de ella, encendido extraño fuego en mis venas por un detalle,

por la morbidez de sus lineas, por la gracia de sus movimientos, por un fulgor de su mirada altiva. Y de repente, sin saber por qué, ni darme cuenta de cómo, tal vez con una sonrisa imperceptible de sus labios, quizá mediante levísima presión de su brazo apoyado en mi brazo, yo sentía renacer la confianza, disiparse los celos, abrirse el cielo de par en par, y extraño gozo con dejos de agonía inundarme por entero, y quedaba satisfecho sin explicación alguna.

Muchas veces, tendido sobre mi lecho del pobre casuchín de la calle de la Maestranza, meditaba yo en la extraña actitud de Julia para conmigo; evidentemente, no me miraba como a todos, había secreta inteligencia entre nosotros dos. Ella sabía que la amaba, y se dejaba querer, y me manifestaba confianza, y era cariñosa, franca, en las prolongadas conversaciones que teníamos en casa de Manuelita Cortés, en las recepciones de los Miércoles. Su mirar altivo solía empaparse en extraña dulzura: en alguna ocasión se quejó de las imposiciones, de las exigencias amargas de la vida con leves estremecimientos de voz cristalina: hubo silencios suyos, con los ojos bajos, y silencios míos, con mirada interrogadora... y nada más. Algunos detalles, tal vez insignificantes, tomaron a mis ojos, y en mi memoria, importancia desmedida. Recuerdo el primero.

En cierta ocasión en que llegó algo tarde a un baile de la señora Brown, yo la esperaba en el vestíbulo, en pleno aire, en mitad del invierno, tiritando bajo el frac, por falta de abrigo. Ella, con el cuello de pieles de la capa levantado; la cabeza envuelta en mantilla de encajes, se apretó a mi brazo, se inclinó sobre mi cuerpo como para darse abrigo y sentí como el abandono de su ser en mi ser. Acaso fué ilusión; no estaría distante de que fuera el tiritar del frío, pero conservo la impresión de aquel momento. Otra vez, un grupo de niñas y de jóvenes, en el baile del señor Oyanguren, se había

sentado en las gradas de mármol de la magnífica escalera que conduce a los salones del segundo piso; Julia estaba sentada algunas gradas más arriba que yo, admirablemente escotada, vestida con traje blanco, de fondo lila pálido; un ramo de violetas en el hombro, sobre un lazo; y un ramo de orquídeas en la cintura, sobre una túnica de encajes *empire*. Su pie, insensiblemente, resbaló hasta mi rodilla, sin que ella lo retirara; sentí el suave contacto de su carne, que se dilató por todo mi sér, en desvanecimiento supremo, de tal modo que hube de apoyarme en la balaustrada de mármol, cubierta de enredaderas y de rojos copihues; leve perfume de violeta de Roger Gallet, exhalado de su traje acabó de marearme, y al cruzar mi mirada con la suya, noté algo que prolongaba las vibraciones del perfume y del suave roce, en atenuaciones de la mirada que languidecía.

Estos y parecidos recuerdos acudían en tropel a mi memoria, cada vez que me encontraba solo. Cada día notaba yo, en mí mismo, un fenómeno curioso: la parte del ensueño invadía lenta; pausada pero seguramente, la parte de la acción y de la realidad. Aletargábame y embebíame, como los derviches de la India, en la contemplación de cosas pasadas, o de sucesos que arreglaba de manera primorosa en mis ensueños. De aquí provenía uno como desgaste de la volutad que poco a poco iba cediendo y debilitándose a la par que me quitaba fuerzas para las rudas luchas de la vida real. Si miro a sucesos posteriores de mi vida, forzosamente habré de atribuir el resultado a la reacción que se sigue de pasar de prolongado ensueño a las proporciones frías, exactas y duras de la vida real, con exigencias crueles y apreciación positiva y material de valores y de intereses.

Tales ensueños me preocupaban en la modesta piececilla de la calle de la Maestranza.

X

DIA DE PROCESION

NOS hallábamos en la pieza de Pascual, tirados en camas, sentados a caballo en sillas o encima de mesas, en actitud académica todos, cada cual a su guisa y según capricho. La pieza estaba envuelta en espesas nubes de tabaco, de tal manera que sólo nosotros pudiéramos habitar en semejante atmósfera. Dos botellas vacías, y algunos vasos medio llenos, atestiguaban la entretención favorita de todo grupo de estudiantes. Hacía tiempo que no asistía a ese género de reuniones. Confieso que mi entrada a la sociedad de buen tono me había puesto algo vano; atribuíala yo; exclusivamente, a mis propios méritos, que no consideraba escasos, a mi arte en el vivir, a mi habilidad y ductilidad mundanas, con lo cual andaba no poco horondo y satisfecho. Las invitaciones a fiestas y a bailes, que me llegaban a la oficina, eran colocadas por mí, sobre la mesa de mi cuarto, abiertas, para que las viese todo el que entrara. Debo, de igual manera, confesar mi secreto y vano orgullo, al sentarme a la mesa, de frac y de corbata blanca, en medio de estudiantes pobres, que se mordían los labios de envidia cuando me preguntaba la señora viuda de Picarte a qué fiesta pensaba ir en la noche. En cam-

bio, casi reventaban de risa, más que suficientemente vengados, cuando la viuda afirmaba, alzando el tono, que también Picarte era muy aficionado a las fiestas y que no perdía nunca los grandes bailes en Bolivia. "Era " de verlo entonces, con charrateras de oro y casaca " bordada, resplandeciente y valeroso, como un *Cis* " *Campador*".

—Pero no es menos hermoso el *sucesor* de Picarte— agregaba Pepe Flores, con su gotita de hiel.

No dejaban, por cierto, de notar mi alejamiento los demás estudiantes, sin darse por esto como enojados, a no ser por leve tinte de frialdad. Al notarlo, sentí encogimiento de tristeza, mezclado con malestar, con indecible escozor de que ellos comprendiesen que les hubiera mirado en menos. Volví a visitar, aunque a las perdidas, nuevamente, la pieza de Pascual, donde los estudiantes solían reunirse. Era día Domingo, de bastante calor y de pocas diversiones, terminadas ya las fiestas del Dieciocho, con las cuales comienza a declinar el año festivo en el mundo santiaguino. Los estudiantes que se hallaban reunidos eran Pascual Solís, Pepe Flores, Carlos Rayles, Aníbal Fabrás y don Salvador Roca y Beauchef, que era mirado con cierto prestigio, como buena mano de tresillo y tremendo censor gramatical.

Este, con su voz de bajo, que salía ronca y atronadora de su cuerpecillo enclenque, refería cómo acababa de recibir tarjeta de cierto Ministro de la Corte de Apelaciones, en que le recomendaba tratase bien, el día de los exámenes de historia, en su Comisión de la Universidad, a un muchachito "bastante adelantado para *su* " *cuerpo,* y no olvide, amigo—decía la tarjeta—que Pe- " pito está muy a *cavallo* en los reyes de Roma".

Los estudiantes celebraron la nueva especie de cabalgadura del señor Ministro de la Corte, así como la "v" del caballo, no menos digna de atención y de encomio.

—¡Cómo andarán esas sentencias!—observó Pascual,

—Y dicen que es la lumbrera del foro—agregó Pepe Flores.

En suma, la Ilustrísima Corte anduvo en boca de los estudiantes tratada con poco respeto.

Luego expuso Aníbal Fabrás como todos esos caballeros le habían prometido su voto para Notario en Rengo, a pesar de lo cual, no salió en la terna, consiguiendo tan sólo una cédula con su nombre. A la salida, cinco señores Ministros le saludaron, deplorando el mal éxito y asegurándole que la cédula con su nombre había sido escrita por él.

La charla era entretenida. ¿De qué no hablamos? Se trató de un artículo publicado por Zorobabel Rodríguez en el *Independiente*. Los estudiantes, afiliados en partidos extremos y contrarios, alabaron a una, el estilo galano, del gran periodista, deplorando que se viera alejado de la prensa por ingratitud de sus correligionarios. ¡Qué tiempos aquellos! tan fecundos en sucesos memorables, en talento y en hombres como vergonzantes y tristes son los días que alcanzamos ahora.

Los estudiantes admiraban, con nobleza y vigor de almas jóvenes, aquellos relámpagos de ingenio, de sentimiento y de buen decir, brotados de tanta inteligencia nobilísima. Sabían admirar y amaban lo bello; creían en ideales, vivían de ideas, y estaban dispuestos a morir por la libertad electoral, por el gobierno parlamentario, por la comuna autónoma, y por cualquiera otra de las majaderías que levantaban los partidos políticos a manera de enseña de combate. Creían en la política y en sus hombres con la fe sincera y el candor juvenil de los primeros años. Las declaraciones tribunias en pró de la libertad, nos hacían el efecto de monedas de oro de buena ley, ya que aún las enseñanzas de la vida no nos habían dado a comprender que esos puritanos, trepados al gobierno, se desempeñarían lo mismo que los otros. El único punto en que nos creíamos corridos, y

versados hasta no poder más, era el de mujeres. Admitíase, como artículo de fe, entre nosotros, aquello de que todas eran falsas, inconstantes, coquetas y perversas, sin asomos de virtud, dadas al lujo y al mal, a la carne y al mundo, por lo cual, Pepe Flores solía escribir poesías escépticas en que dudaba de todo, hasta de sí mismo, muy de nuestro agrado. Esto no obstante, conservábamos el alma llena de candorosa y de invencible fe, puesta nuestra confianza toda en la primera mujer con que topábamos, aunque fuese titiritera, o moza de arrabal, o coqueta de marca. Repetíanse entre nosotros, aquellos rumores infamantes de historias escandalosas en que aparecían mezclados, a las perdidas, nombres de mujeres de sociedad de tono.

Estoy seguro que todos nosotros, los escépticos desarrajados, los murmuradores insignes, en dando con alguna de las elegantes señoras, cuyas aventuras supuestas se murmuraban *sotto-voce,* nos sentíamos sobrecogidos de respetuoso pavor, disipándose, como por ensalmo, la nube de murmuraciones calumniosas o fundadas que las envolvía. Era que en el fondo del alma, a pesar de nuestro escepticismo, teníamos fe, invencible y triunfante fe en hombres y cosas de la vida, en la virtud, en la honradez acrisolada de todos; contemplábamos el porvenir a través de nimbo de rosa y oro, de encantados celajes, y deliciosos ensueños.

No quiere esto decir que sólo viviéramos de imaginaciones. Seguíamos, y, andando, andando, solíamos clavarnos algunas de las punzantes espinas en que tanto abundan esos campos yermos, esos páramos de la realidad humana. Larga era la jornada, quemante el sol, los recursos y dineros escasos. En tanto que tenían por delante esos muchachos largos años de estudio, entre pobrezas y quehaceres, les era menester soportar tentaciones, presenciar el lujo y el fausto desde cerca, sin poder compartirlo, soportar insolencias y orgullo de ricos,

desdén de grandes, conmiseración humillante de otros, indiferencia egoista de los más. Esto de sentir vacío de corazón, ausencia de familia, imposibilidad de ser querido, o, en caso de serlo, de alcanzar a constituir hogar propio, honrado, feliz, nido con risas y con niños rubios, eran cosas todas de las cuales nos sentíamos alejados por falta de dinero hasta el punto de considerarlas imposibles. Las nubes grises de la esperanza, el doloroso clamor interno cantado por Leopardi, aquella *infelicittá* que honda y sin término aparece en el fondo de las almas, surgían a manera de sollozo, entre desmayos de la voluntad y ansias de poner término a la vida... "de morir, de dormir"... como Hamlet en su eterno monólogo.

Así enterábamos la vida, entre carcajadas, locuras, calaveradas y disparates, alegría exhuberante y horas de insana tristeza, de abandono de nosotros mismos, mezclando términos al parecer opuestos y condiciones encontradas, creyentes y escépticos, honradotes y calaveras, cínicos y sencillos, dispuestos, en el fondo, a muchas cosas buenas tras de hacer y decir muchas otras malas.

No sé cómo, aquella tarde, recayó la conversación sobre mi prima Julia, entre bromas y miradas y guiñadas de ojo de Aníbal Fabrás y de Carlos Rayles que, como todos, andaban en el secreto a voces. Encomiaron su elegancia y su gracia, hablaron prodigios de ella, con gran contento mío, hasta la declararon la niña más interesante de cuantas salían a sociedad.

—Eso, desgraciadamente, es verdad, repuso Pepe Flores, con el tono rápido y cortante que le era peculiar.

—¿Por qué dice Ud. *desgraciadamente*?—le pregunté yo—algo amostazado.

—*Desgraciadamente* para Ud., Champañita—agregó Flores—dando giro grave a la conversación, de jovial y desembarazada que era. Junto con decir esto, se pasó

la mano por los bigotes, gesto que le era favorito cuando pensaba decir lo que él llamaba "sus claridades". Todos se miraron, sonrientes los unos, intrigados los otros, como diciendo: "¿con qué irá a salir este ahora?" He dicho *desgraciadamente,* porque tengo por Ud. verdadera estimación y no me gusta verlo en papel falso, ni haciendo niñerías por ahí, como cualquier bodoque. Nosotros estamos ya grandecitos para andar por los portales persiguiendo niñas o poniéndoles ojos de carnero ahogado en pleno teatro.

Pascual Solís, que escuchaba en silencio, prorrumpió en carcajadas, junto con Rayles, entanto que yo no sabía que cara poner entre colérico y sorprendido, a pesar de la gran confianza que tenía con los estudiantes y que autorizaba a Flores para eso y para mucho más.

—No se rían Uds., que la cosa no es para risa. Antonio anda por todas partes detrás de la prima, con mil manifestaciones. Como es buen mozo, y tiene cabellos rubios y cara de angelito, y anda bien trajeado; claro se deja comprender que habrá de coquetear ella con el primo. Hasta este punto, la cosa pasaría si no fuera más que un alegre *pololeo,* como se dice ahora, con expresiones de mal gusto, para indicar el *flirt* de los americanos. Mas, lo peor del caso es que Ud. anda enamorado perdido; que Ud. está loco, digamos para hablar en plata, porque a mí me gusta mucho la franqueza. Permítame, amigo Antonio, Ud. hace el más solemne disparate. Hombre, no sea leso, si no es niña para Ud. Si esa no podrá casarse jamás con hombre que tenga menos de trescientos mil pesos. Póngase en la verdad de las cosas. Vea: niña bonita como sol, de gran familia, que vive en palacio, que gasta dinerales en vestirse, que tiene coche, palco, mil comodidades y mil exigencias, hija regalona y preferida, no puede casarse sino con hombre que pueda procurarle el mismo rango y las mismas comodidades que ahora tiene. Lo que es

Ud., amigo Antonio, sólo presenta como único y positivo capital, su figurita, y con eso no se manda a la plaza. ¿O, por ventura, piensa Ud. casarse, y traer su señora a vivir a casa de *mi sea* Andrea González, para que aprenda la vida y aventuras del coronel Picarte en Bolivia? Créame, porque le estoy cantando la cartilla, que para el matrimonio se necesitan *actitudes* que Ud. no tiene.

Flores, sea por vicio de pronunciación o de lenguaje, no decía nunca *aptitud,* sino *actitud,* defecto que que chocaba, en un principio, y que luego se hacía tan natural en él que ya no despertaba la atención.

—No, Champañita, Ud. no tiene *actitudes* matrimoniales: sobre todo carece de la más importante, la que se roza con el papel moneda de curso forzoso o con libras esterlinas. Ud. no tiene ni billetes, ni haciendas, ni salitreras, ni libras esterlinas, ni acciones, ni bonos; sólo tiene las ganas de casarse, como único capital.

Eso, como Ud. ve, y aunque no lo vea, es bien poco si se trata de sostener familia, con gastos de casa, de vertir niños, amas, etc. Ud. tal vez, me dirá que luego habrá de recibirse de abogado, y que al fin y al cabo habrá de ganarse la vida. Para eso necesitará mucha paciencia, y si tiene Ud. éxito sobresaliente y buena fortuna, al cabo de veinte años de trabajo andará cerca de la renta que necesitaría para casarse con persona acostumbrada al lujo y perteneciente a la categoría social de su prima Julia. ¿Cómo cree que habrá de esperarle tantos años?

Esas esperas, amigo, sólo se encuentran en las narraciones de la Biblia, y como cosas raras, sucedidas hace muchos millares de años, en tiempo de los patriarcas. Lo que es ahora, no creo que Julia se lleve aguardándole a Ud. la vida perdurable, ni que piense quedar para vestir imágenes. De seguro que ahora le parece entretenido de tener su *flirt,* y sobre todo, lo que más

debe halagar su vanidad, es que sus amigos vean tras de ella, en paseos y bailes, un muchacho elegante, bien plantado y caballero. Se volvería loca si no tuviera galán, lo mismo que cualquiera otra mujer. ¿Y cree Ud. que serán muchos los que se atrevan a seguir a Julia? Nadie, amigo Antonio; todos los jóvenes le tienen miedo, la ven demasiado alto, con lujo, boato, nombre, atendida en bailes, disputada. Para acercarse a ella es preciso ser gallo, tener fortuna, posición de primer orden, ilustre apellido. El suyo no digo que sea malo, pero lo demás no va bien. ¿No se ha fijado Ud. en que su prima Julia anda siempre rodeada de la *crême*: Javier Guzmán, Elías Zañartu, Aníbal Cortés, los Oyanguren, Daniel Vidal? Dos o tres viejos vividores la siguen como edecanes: Felipe Cortés, con su bigote cano, su cabeza calva y sus sesenta años a cuestas va de salón en salón tras su tarjeta de baile o de su abanico, y Javier Miralles no le pierde pisada, según cuenta Fabrás.

—Lo que es yo, aunque no me invitan a ninguna parte —agregó Pepe Flores con humilde soberbia—levantada la cabecita, yo bien sé lo que pasa en el mundo y mucho mejor que Ud., que vive entre fiestas. Bueno. En la mejor de las expectativas, si le toman a Ud. por lo serio, le quedará la esperanza de ser novio perpetuo, como Alfonso René con Margarita Roca de Togores. Es más probable, por desgracia que su prima se case, el día menos pensado, con cualquiera que tenga buena posición y fortuna, no porque ella sea aficionada al dinero, que yo jamás me permitiría semejante idea, sino porque así es la vida, porque así terminan los romances del mundo, de modo positivo, arreglado, prosaico, excepto cuando la cabeza anda revuelta y floja.

Flores tosió, y continuó de esta manera. Es por eso que...

—¡Alto ahí, don Pepe!—le gritó don Salvador Roca y Beauchef—con su voz grave de bajo. ¡Alto, que Ud.

está cometiendo un galicismo imperdonable! Si le oyera Baralt decir *es por eso que,* lo menos le apedrearía. Mire más por lo que dice, aún cuando no le haga menester, y guarde los fueros debidos al idioma castellano, tan asendereado y maltrecho como el pobre Sancho Panza, cuando, apeado del asno y puesto en mitad de una manta, los perailes de Segovia y los vecinos de la heria de Sevilla comenzaron a levantarle en el alto y a holgarse con él como con perro por carnes tolendas. Sea misericordioso, amigo don Pepe, con el habla castellana.

Un reloj, por las vecindades, daba las cuatro. Aníbal Fabrás recordó que habíamos quedado de ir juntos a la procesión de nuestra Señora del Carmen. Me puse de pie y me despedí; sentíame presa de indecible irritación y apenas saludé a Flores, haciendo extensivo mi mal humor al bueno de don Salvador Roca y a su inocente majadería gramatical, como si él tuviera la culpa de la homilía.

Bajamos la escala saltando gradas de a cuatro en cuatro y al llegar al dintel casi me caí, por lo cual me dió el corazón un vuelco de mal augurio, despertándose las preocupaciones y supersticiones que poseo como todo buen hijo de raza española. Amarilleaban, en el fondo del patio, las hojas de palmas entrecruzadas y festoneadas sobre la reja de hierro, a la antigua usanza, que todavía se perpetúa. En el fondo se columbraba la huerta y árboles frutales en pleno brote de primavera, duraznos, nísperos, albaricoques, entre flores blancas de guindos. La calle de Maestranza vibraba con las ondas de luz y de calor del verano casi naciente, entre rumores vagos de ciudad y rumores de campo, en tanto que la pereza, el sueño, invadían todas las cosas en uno como bostezo prolongado en medio de la luz, bostezo que corría con el lento paso y el crugir de hierros de un coche destartalado del servicio pú-

blico, con el andar pausado de algún pasante, con las puertas entornadas de las habitaciones, con música de grillos en las lejanías, y el extraño reverberar de las piedras del pavimento.

Marchábamos en silencio, calzándonos guantes de gamuza, obligados a soportar el calor, sin esperanza de hallar coche. Aníbal Fabrás iba con traza desenvuelta, el ceño fruncido, agitando los brazos con cierto movimiento acompasado que tomaba cuando quería presumir de importante. Nada le halagaba más que andar en compañía de muchachos de posición, de fortuna y de nombre conocido. Su inocente vanidad le llevaba a sacar a colación, en todo momento, los nombres de las señoras que visitaba y de las fiestas a que asistía. "El " Sábado, en el baile de los Pérez, me dijeron tal cosa... " ¿Por qué no fuistes a la fiesta de la señora Brown?... " Estuvo espléndida... Bailé con Manuelita Cortés. " Con Irene Oyanguren. La señora de Oyanguren es- " tuvo muy amable" "¿Se ha fijado cuánto calor hace " Anibal?—me preguntó.—Sí estamos tan asados como " en el baile de los Larraín Vidal". "Muy amable doña " Pilar Oyanguren". "Lo mismo es el señor Mora y " Meeks, el conocido banquero... prefiere la limonada " al ponche".

Las conversaciones de Aníbal fueron todas por el mismo estilo, reduciéndose a ensartar rosario de nombres conocidos de señoras, de banqueros, de hacendados, de muchachas bonitas, de jóvenes de moda, con anécdotas y frases tan interesantes como las anteriores. Aníbal, que era, en el fondo, buen muchacho, se habría dejado descuartizar antes que exhibirse en público, en compañía de personaje de familia o de posición dudosa. La de Aníbal provenía, precisamente, de que le veían con jóvenes de buena sociedad, tras los cuales corría, con invitacioens a comer y paseos en coche y hasta préstamos de dinero. Algunos maldecían de él llamándolo in

truso y pegajoso, pero él, en cambio, conseguía invitaciones para todas las fiestas, con ayuda de esas maniobras, acompañadas de cierta elegancia en el vestir, cuellos muy altos y tiesos, corbatas de lujo, pañuelos de batista, bastón con cacha de plata cincelada y frac rojo para bailar Minuet.

Muy exacto en punto a visitas de digestión, y a dejar tarjetas, no perdonaba entierro ni matrimonio de persona conocida, enfermándose cuando la situación del difunto era dudosa. Diéronse casos en que mi buen Aníbal apareció figurando, por la mañana, en un entierro, y por la tarde, en una *matinée* de matrimonio. Era abogado recibido, pero trabajaba de contador en el Banco Alemán. Decíase, más no era cosa probada, que su abuelo era boticario en Los Andes. El, con todo, manejaba dog-cart en el Parque, y se paseaba siempre, acompañado de algún gomoso o *dandy*. Pronunciaba a cada paso, nombres conocidos arrastrando las palabras con volubilidad, saboreando el efecto que creía producir, en pleno goce de su vanidad de *snob*, con el mismo exquisito placer, empapado en aparente indiferencia aristocrática, con que os habla un inglés de una comida en casa de lord Salisbury, o de la duquesa de Malborough: "Ayer le " oí decir en el club a Javier Miralles... Pepe Cortés " estuvo admirable durante la comida"... Es de saber que este lenguaje, y semejante actitud, acompañadas de buena compañía, habían procurado cierto prestigio, ante muchísima gente, al joven Fabrás, que, junto con oirse a sí mismo, había llegado a convencerse de su propio valer, y a convencer a otros, lo que es más. El mundo concede importancia capital al saludo de mujer o de hombre elegante, a inclinación de cabeza de señora que da grandes comidas, a sonrisa de aquella linda muchacha que va en victoria tirada por tronco de raza, a los "buenos días!" de aquel millonario, al "adios" de ese hacendado de nombre conocido, o de este senador; esas

compañías, esas pequeñas vanidades imperceptibles van formando la posición de un hombre en sociedad.

¡Y con qué aristocrático desdén saludaba Aníbal a los que consideraba por debajo de él, porque no tenían sus relaciones, o no se saludaban con las mismas gentes, o no eran invitados a las fiestas de tono! Con toda su vanidad, tenía, sin embargo, buen fondo, era servicial, estaba siempre dispuesto a sostener a sus amigos, no era murmurador, ni salía, como otros, riéndose de las casas y de los bailes donde acababa de cenar. Ahora, se había puesto guantes de gamuza gris, colgado de mi brazo, y marchaba dando estocadas con su bastoncillo con puño de plata oxidada.

No puede negarse que Pepe Flores es bastante impertinente, me dijo. Si no fuera por la chispa que tiene ese diablo en ocasiones, sería de matarlo a palos, como a rata que devora queso. Tiene talento, y es vivo, pero... no me gusta esa gente *comme ci, comme ça*... Daniel Vidal, con quien soy muy amigo, me decía últimamente, comiendo en casa de doña Isabel Alvarez: "En Santiago hay que tener mucho cuidado con los *siúticos*... con ellos, ni el cielo"...

—Así es—le respondí yo—tienes muchísima razón. Experimentaba, con lo que decía Fabrás, doble y extraña sensación. No dejaba de agradarme que condenara la actitud y el lenguaje de Pepe Flores para conmigo, y, a mismo tiempo, sentía, en lo íntimo de mi sér, que este último decía la verdad, que cuanto había pronunciado Flores, por amargo y duro que fuese, correspondía a la exacta realidad de las cosas. Sentía hondamente que cuanto había dicho mi amigo Pepe era la pura verdad, y junto con esto experimentaba sentimiento de odio, de sorda irritación para con él, como si él fuese responsable, por el hecho de señalarlas, de las amarguras y de las heces de la vida. Las protestas de Aníbal Fabrás le revistieron, a mis ojos, de verdadera importancia

y le dí, para mi fuero interno, patente de hombre de mundo.

—Si este Flores lo ve todo negro, como que tiene muchísima hiel dentro del cuerpo, y como no lo invitan a parte alguna, debe de tenernos envidia.

En cualquiera otra circunstancia, me hubiera reído de aquel plural, de aquel *nos*; ahora me parecía, tan sólo, muestra de simpatía delicada.

—Que tú estás enamorado de tu prima Julia, es punto que no debe discutirse—agregó.—Ahora, dime: ¿en qué estado se encuentran las cosas? ¿Es cierto que te casas? ¿Es cierto que estás comprometido y que la suegra te hace guerra sorda?

Fabrás preguntaba todas estas cosas con visible interés, no tanto porque en realidad le importaran, sino porque le agradaba desempeñar el papel de confidente en amores que metieran bulla. Por eso tenía clavadas sus pupilas en las mías, con interés visible.

—¡Hombre!... en el fondo no hay nada... Yo no habré de negar que me gusta, y muy de veras... pero... nunca se ha tratado de matrimonio, ni yo me he declarado, ni hay compromiso de ningún género...

—Pero tú no debes de seguir así—repuso Aníbal—no sea que la niña se aburra y salga casándose con otro. Es preciso que pongas los puntos sobre las íes, que te dejes de niñerías y que marches de frente. Háblale de una vez por todas. No sería esta la primera vez en que un joven sin fortuna, pero con porvenir, se comprometiera para casarse dos o tres años más tarde. No tengas miedo; creo que las niñas nacidas en el lujo son las que mejor se acostumbran a la pobreza...

No era esta la primera vez que escuchaba tan extraño axioma. En ese instante nos vimos detenidos por un coche que doblaba la calle de San Antonio. Eso varió el curso de mis pensamientos. Enfrentábamos la plazuela de San Francisco. Extendíase el paseo de las Deli-

cias, a nuestra vista, con árboles cubiertos de polvo, y, estatuas y bancos pintados de verde y faroles de trecho en trecho, con vidrios que brillaban como ascuas al sol. Corrían los chicos, pregonaban su mercadería los vendedores de "dulces y alfajores", moviendo plumerillos de papel, para espantar moscas, en tanto que pasaba un "roto" con cesto en la cabeza y cántaro en la mano, con paso saltadito, como de baile, anunciando "el rico mote bien fresco con huesillos". Unos empleados de tienda, endomingados y con trajes vistosos, iban por el centro del paseo. ¿Acaso Julia, pensé yo entre mí, se resignaría a pasearse a pie conmigo? No la comprendía, bajando del pedestal para llevar vida modesta. Me pareció que dejaría de ser *ella,* esa diosa. Vino, también, a mi memoria, un fragmento de conversación, en que Julia había manifestado su desdén por el dinero. No le importaba nada, absolutamente nada... Decía esto moviendo el abanico de encajes de valor de mil quinientos francos, recién llegado de Europa. Y la visión de los modestos empleados de comercio, que paseaban tranquilamente, me produjo sensación de desagrado para con ellos y para conmigo.

Luego doblamos, en dirección al Pasaje Matte, en busca de jazmines del Cabo para el ojal, flor indispensable en jóvenes elegantes como nosotros. Ya se notaba, en las calles centrales, inusitado movimiento, ir y venir de vehículos, el andar apresurado de mujeres de manto, que desfilaban, en dirección a la calle de Huérfanos, al templo del Salvador.

El movimiento de carruajes había cesado y considerable multitud de mujeres y de hombres del pueblo, hormigueaban por las calles, cerradas al tráfico de caballos y coches por la policía. Incesante repicar de campanas indicaba el principio de la más célebre fiesta religiosa de Santiago, de la procesión de Nuestra Señora del Carmen, patrona del Ejército chileno.

Rumores de músicas marciales, súbito estrépito de cobres, piafar de caballos, voces de mando, indicaban la presencia de la considerable unidad de Ejército que solemnizaba de manera excepcional a su Virgen favorita. Hay en la masa de nuestra población mezcla de sangre española con sangre indígena, de la cual resultan especialísimos fenómenos morales. Líganse en ella el fatalismo indolente, la crueldad y la rapacidad del araucano, su valor estoico, su instinto sanguinario, su afición al robo, con el más arraigado sentimiento de superstición y de temor religioso impregnado en la sangre española. De aquí resulta la unción, el fervor místico, el aspecto contristo y humillado, en templos y fiestas religiosas, de esos mismos hombres del pueblo, de los "rotos" que se darán de cuchilladas y se destriparán con zaña implacable, en una remolienda, horas después. Entre tanto, las caras contristas y el andar pausado de esos mismos "rotos", que lucen el sombrero guarapón nuevo y la manta de colores vivos, rojo, azul, amarillo y violeta, indican el estado de ánimo con que asisten a la procesión como a deber y a fiesta. Desde la calle de Teatinos hasta la del Colegio, la de Huérfanos está inundada por mar de mujeres de manto y de hombres del pueblo. Las campanas, echadas a vuelo, indican que la procesión ha salido ya.

En esa parte de la calle de Huérfanos se encuentran muchos de los mejores palacios y más suntuosos edificios de la ciudad de Santiago; parte considerable de nuestra aristocracia vive allí. Lo monumental de ciertas casas, las altas columnas, algo de maciso y de sólido, indican a las claras que allí hay grandes fortunas y que se perpetúan tradiciones de riqueza y de poder. La ciudad muestra siempre sello colonial pero modernizado, arreglado a la moda, con pergaminos mezclados con leyes de garantías individuales y con tranvías. Nuestra buena sociedad ostenta aquí sello religioso.

afectación de celo cristiano, de creencias ardorosas que tanto se avienen con tradiciones y con sentimientos aristocráticos: se muestra en los labios y en las actitudes la piadosa "fe de los mayores", borradas ya en las almas y substituída ahora por imitación mecánira. Hasta las fiestas y las costumbres religiosas se van modificando.

Don Carlos Oyanguren me afirmó que, diez años atrás, no se veía sino mujeres de manto en las procesiones, y en los balcones de las casas. Ahora, multitud de trajes claros, de sombreros y de plumas se agolpa en las ventanas de los suntuosos edificios: el manto ha quedado, en las festividades y procesiones, para el pueblo. Las puertas y los balcones de las casas por donde ha de pasar la procesión, han sido adornados con festones de hierbas y con coronas y ramos de flores que esparcen por la atmósfera olores suavísimos, perfumes penetrantes de primavera. La calle aparece embanderada; el azul, el rojo y la estrella solitaria ondulan con la brisa, proyectando sus manchas vivas allá en lo alto como una prolongada ondulación de colores en cotillón gigantesco. Rumores de muchedumbre se mezclan al incesante repicar de las campanas. A medida que avanzamos, vemos las boca-calles laterales materialmente obstruídas con coches atajados, brillantes equipajes de lujo, modestos carruajes del servicio público. Algunos cocheros están de pie sobre el pescante, otros sentados sobre la caja del coche. Multitud de huasos, a caballo, con grandes espuelas, mantas de colores, fajas, y el tradicional sombrero de pita de anchas alas, se agrupan, se estrechan, se dan de caballazos, tratan de contener a sus corceles briosos, y aumentan la confusión. Ya la pecha comienza; enormes oleadas humanas se mueven en distintas direcciones, comprimiendo aquella inmensa masa de gente que se estrecha en el centro de la calle, de tal manera, que algunos están a punto de

ahogarse. Sustos, desmayos, gritos, carreras, empujones, señalan que la función ha tenido comienzo.

Las ventanas de los espléndidos edificios de esa calle esencialmente aristocrática, hormiguean de gente, sobre todo, de niñas, que lucen sus trajes elegantes de primavera, de notas claras; algunos se destacan, con manchas frescas, entre las cortinas, sobre el fondo obscuro. El día, iluminado por sol brillantísimo, está soberbio, el cielo despejado; el sol, en su carrera ha dejado la mitad de la calle en luz y la otra mitad en sombra. En el fondo de la calle de Huérfanos, por encima de la mancha verdosa del Santa Lucía, destaca la Cordillera de los Andes su mancha violácea, cortada por listones de nubes, a manera de velos, que permiten contemplar sus picos plateados. Los quitasoles de las niñas, abiertos en el costado del sol, proyectan sus notas amarillas, blancas, rosadas, violetas, armonizadas con los trajes, entre risas, conversaciones en voz alta y vibraciones de plumas de sombrero. En las lejanías, las manchas cafées, grises, blancas de los edificios, se mezclan y se confunden, en tanto que palos de bandera, se entrelazan por el fondo como los mastiles en un puerto.

No sin dificultad llegamos a la casa de Carlos Oyanguren, magnífica y suntuosa mansión de millonario, donde se habían dado fiestas célebres en los anales de la sociedad santiaguina. Una magnífica escalera, de encina tallada, conducía a los salones, en cuyo vestíbulo, de *parquet,* dos negros esculpidos en madera sostenían grandes bandejas cubiertas de tarjetas. Sentíase ahí vago perfume de Ilang-Ilang, que era entonces la esencia de moda. Algunos sombreros de copa y bastones colgados del *porte-manteaux* de enorme espejo bicelado, indicaban que se habían reunido numerosas personas. Los salones estaban llenos de gente. Hallábase el primero tapizado de gris; gris era el fondo de los gobelinos, o imitación de gobelinos, colgados de las paredes,

en los cuales se representaban diversas fábulas de Lafontaine, artísticamente reproducidas en las tapicerías, con diseños parecidos al de las cortinas. Por la puerta abierta se podía divisar la negra caja del piano de cola destacada sobre cortina italiana de seda cruda, en el salón vecino; multitud de mesitas de distintos tamaños y formas, de laca dorada y pintada, de mármol rosa y de bronce, diseminadas en varias direcciones, servían para exhibir verdadero bazar de monos de Saxe, vasos de Sevres, perros y leones de bronce, vasos de marfil labrado, jarrones chinescos, vasos esmaltados, porcelanas de Capo-di-Monte, retratos con marcos de fantasía, fotografías de mujeres bonitas o de personajes célebres de Chile, con dedicatorias, daguerreotipos de abuelos, y todas esas fruslerías elegantes consagradas por la moda y el buen tono.

Varias señoras conversaban en el sofá, bajo una hermosísima copia de Carlos Dolci, de la cual no se ocupan por supuesto. En las ventanas de los dos salones se habían formado grupos de niñas y de jóvenes que conversaban y reían animadamente; ellas de trajes claros, guantes de gamuza, sombrillas en la mano. Más de uno de aquellos trajes venía de Doucet o de Paquín; más de uno de aquellos sombreros era obra de Virot y todos ostentaban el exquisito sello parisiense del traje de tono, como que eran familias o de gran fortuna, o que gastaban lo que tenían y lo que no tenían con la alegre despreocupación que nos ha conducido a crisis formidable. Los hombres, correctamente vestidos de levita o de chaquet obscuro, con la gardenia en el ojal y el junquillo de puño de oro o el Lincoln Bennett en la mano, embromaban y reían, formando círculo, de pie, detrás de las niñas, colocadas en los primeros asientos en torno del balcón. Después de saludar a las señoras, nos dirigimos a las niñas, que nos recibieron según el grado de respectiva intimidad. Aníbal Fabrás estaba conten-

tísimo de ver a Pepita Brown, la linda rubia que tanto le gustaba, sentada junto con Irene Oyanguren y Manuelita Cortés.

En otro balcón, su esbeltísimo cuerpo recto en la silla, estaba Carolina Vidal, la célebre belleza de ojos negros y labios pequeños y rojos, de nariz aguileña, que había transtornado tantas cabezas; la acompañabà una morenita de fisonomía picaresca, Elena Velarde Pérez, que, sin ser bonita, había sentado fama de graciosa. En torno de ella, había varios elegantes: Javier Guzmán, con su nariz afilada, su bigote retorcido, su color amarillento y anémico de vividor gastado; Elías Zañartu Pérez, diciendo chistes con voz ronca, chistes que él celebraba con grandes risas, primero que nadie; Carlitos Oyanguren, con la cabeza enteramente calva, color rojo, ojuelos pequeños, la nariz aguileña, perfectamente afeitado, con bigotes peinados hacia abajo, los pulgares metidos en los bolsillos del chaleco y aire de aristocrática indiferencia esparcido por toda su persona. Dos o tres jovencitos, casi párvulos, muy elegantes, hacían esfuerzos por adueñarse de las niñas, que miraban como cosa propia, como tierra conquistada, sin amedrentarse por las burlas ni las miradas irónicas de los verdaderos jóvenes, un tanto molestos.

Circulaban entre los grupos las *bonbonieres* o cajitas de oro y de plata vieja, con pastillas de rosa perfumada, y sirvientes ofreciendo sorbetes y refrescos de distintas clases, pasteles, sandwiches y copas de champagne. El murmullo de las conversaciones crecía.

—¡Silencio!—exclamó con tono autoritario Carlota Vidal—¡Silencio! que viene la procesión!... Los jóvenes obedecieron, las niñas se pusieron de pie, retiráronse las sillas y todos se aproximaron al balcón, en ansiosa espectativa. Murmullo de rezos y de oraciones susurradas en tono cantante se levantaba de la multitud, en tanto que avanzaba, lentamente, la doble fila de

una cofradía. Eran los niños pobres de San José, provistos de escapularios colgados de cintas rojas y de cirios que formaban, a lo lejos, línea ondulante de luces que se desmayaban entre los fulgores claros de la tarde y la amarillenta cera que resaltaba fuertemente entre los trajes negros de cofrades y mantos de mujeres. El clamor de rezos aumentaba; una voz lo dirigía, rezando sólo el principio del Ave: "Dios te salve, María"... Luego, el coro del pueblo continuaba con voz sorda como murmullo gigantesco... "Santa María, madre de Dios, ruega, Señora"... Era algo imponente formidable, lleno de honda fe, impregnado en sabor místico.

El sirviente continuaba repartiendo sorbetes en el salón. Algunos mocitos reían bebiendo champagne.

La procesión adelantaba lentamente. En el centro que dejaba libre la doble fila de cofrades con cirios, marchaba un sota-cura revestido de sobre pelliz, sosteniendo en alto la cruz; dos monaguillos le acompañaban, vestidos de negro, con sobrepellices blancos. Más atrás seguía otro monaguillo con incensario, del cual se escapaban blancas nubes, como copos de algodón. Mostrábanse otras cofradías. Luego venía un caballero que llevaba en una mano el sombrero de copa y con la otra sostenía un estandarte celeste que llevaba escrito en letras de oro: "Jesús está con "vos".

A poco apareció el anda de San Simón Stoek, conducida, de manera invisible, por varios rotos ocultos debajo del anda, de tal manera que parecía caminar sola. Uno que hacía de bastonero dió tres golpes secos en la madera, con lo cual se detuvo, y la apoyaron en largos palos de madera, o cuñas, para que descansasen los portadores. En tanto que el anda se ponía en movimiento, y oscilaba al marchar, un personaje corto de cuerpo, gordo, calvo, de ojuelos animados, apresurado en el andar, corría de una parte a otra dando voces, llamando

a éste, enviando mensajeros, hablando a unos, reprendiendo a otros, encendiendo las velas que se apagaban, todo con traza tan importante como solemne. Era el tal caballero, mezcla de bastonero y corre-ve-i-dile, el conocido señor don Juan Oses, acentuado católico, bien conocido por exagerados sentimientos religiosos y por su amor a la Iglesia, que se complacía en ostentar a todo momento, viniese a cuento o no. Para él, eran cuestiones religiosas hasta las fábricas de cigarrillos y los tejidos de algodón. Con todo, le tenían, justamente, como hombre sincero y de bien. Naturalmente, en las procesiones mandaba como Dictador, y no admitía contradicción de ningún género; era feroz e implacable.

Los rezos en alta voz subían a nosotros en grave y solemne melopea, entonada por comunidades de religiosos, de traje pardo y de lento y pausado andar.

Entre tanto, en la ventana próxima estaba la señora Elena Serens de Boneo, con fisonomía melancólica, de líneas virginales, que recuerdan las primorosas creaciones de Carlo Dolci. Junto a ella charlaba por cuatro la señora Manuelita Malavacia de Bordon. Su marido, respetable y digno caballero, de bigote cano y mesurado tono, se apoyaba en la puerta; dábase como uno de esos personajes bonachones, enteramente opacados por su mujer. Ella le había convencido de que era pariente lejano de los Reyes de Castilla, por su abuelo, que había venido a Chile con cargo de Oidor de Indias, allá en tiempo de la Colonia, con lo cual, ambos habían perdido el seso hasta el punto de no hablar de otra cosa más que de su nobleza y encumbrada prosapia. Ambos consortes, que para desgracia de tan alta cepa no tenían hijos, acababan de regresar de viaje por Europa, y según es uso inveterado, todo lo encontraban malo en Chile.

—Qué andas señor!—exclamaba—Si parecen de cartón, y los ángeles de alfeñique. ¡Cá, hombre, si este

paece mentira, como decía mi primo el marques de las Alpargatas, en Madrid, cuando fuimos allá.

Nosotros llegamos a saludarlas en el momento en que hablaba doña Manuelita o Manuelita, como a ella le agradaba que la llamaran. Aníbal Fabrás, que tenía la flaqueza de los grandes nombres, se detuvo, impresionado por los aires de grandeza que se daba Manuelita. Se sentía satisfecho de la compañía y de la conversación.

—¿Y qué le parecieron las procesiones de España, Manuelita? ¿Cómo andan con estas?—le preguntó.

—¡Si no pueden compararse! Las procesiones andaluzas son espléndidas. En España todo es admirable, pintoresco, hermosísimo... La Alhambra de Granada el Alcázar de Sevilla. Sólo que ahí pasé muy mal rato...

—Pero hija, tú tienes la culpa, si eres tan arrebatada, tan... implacable en tus odios.

—Eso sí, yo no sé perdonar, es imposible—agregó Manuelita—no puedo, Nicolacito.

—¿Qué cosa?—preguntó Aníbal.

—Figúrese Ud.—agregó Nicolacito—que al llegar al salón de Embajadores, el guía comenzó a entonar, en alta voz, la laudatoria de los diversos reyes de España pintados en los medallones del techo. Al llegar a don Sancho IV, Manuelita no pudo ya contenerse: "Mira, Nicolás—me dijo—ese don Sancho de Castilla es el perillán, el traidor que nos ha despojado del trono... que legítimamente pertenecía, como el mundo sabe, a don Julián del Bordón y Pedregal y Cisternas de Albanquerque, padre de un tío tatarabuelo del Oidor que vino a Chile.

Doña Manuela escuchaba erguida la relación de su cónyuge, en tanto que Aníbal Fabrás ponía cara de importancia por hallarse en compañía tan ilustre; que Elena Sereno contemplaba tranquilamente la procesión

y que Elías Zañartu, con cara de diablo, se apartaba para ir a otro grupo a contar el cuento.

Yo, por mi parte, aproveché la primera ocasión para pasar al salón vecino, donde había varios grupos de elegantísimas señoritas y de jóvenes. El corazón me palpitaba y sentía hielo en la frente. Hallábame completamente resuelto a decidir mi situación con mi prima Julia. Bien sabía que no pensaba sino en ella; bien sabía cuán hondamente sufría yo con la incertidumbre de sí compartiría o no ese cariño tan sincero como ilimitado, avivado cada día más hasta producirme punzantes escozores, amargas alternativas de placer y de sufrimiento. Al verme, aún de lejos, sabía que yo vivía hipnotizado, la completa sumisión de mi querer, la adoración muda, sin voluntad, de todos mis sentidos. En vano trataba de sacudir su influencia, de pensar en otra cosa de interesarme vivamente por algo que no fuera ella: hiciera lo que quisiera, flotaba su imagen imperiosamente dentro de mi alma, dominándola e imponiéndose. Las cosas de mi hogar, mi madre, a quien quería tanto, mi hermana, la dulce Pepita, casi no contaban para mí. Si ya no existía en el mundo más que Julia; si ya no pensaba más que en hacerla mía, mía para siempre.

No comprendía que no pudiera quererme; habíame parecido algo absurdo, imposible eso de que pudiera casarse con otro. Y nuestra situación, en el tiempo transcurrido desde mi llegada a Santiago, no se había alterado de ningún modo. Yo, amándola, manifestándole sumisión ciega, devoción casi mística, en tanto que ella, se dejaba querer, me daba órdenes imperiosas, me concedía miradas dulces, caricias prolongadas de las pupilas, sonrisas en que yo creía ver muchas cosas. Alternaba todo esto con su indiferencia altanera y aristocrática, con su desvío elegante e imperioso que me helaba la sangre en las venas. La quería honda-

mente, pero la quería sin esperanza. ¡Cuántas veces me había dicho a mí mismo precisamente lo que hoy le había oído a Pepe Flores y que, en sus labios, tanta irritación me daba. No había de meditar mucho para comprender que, sin fortuna, sin medios de mantener en el mundo la posición social de mi prima, era locura pensar en ella, y que muy pronto habría de ser el hombre que con ella se casara. Como en mis horas razonables comprendía que no podía ser a sus ojos más que cero, amaba sin esperanza, no me arriesgaba a decirle palabra, ni una sola, que alcanzara a definir mi situación de dulces y amargas espectativas, de fugitivas miradas, para cambiarla por otra en que yo pudiera doblar para siempre la hoja de tantas emociones. Porque había muchas emociones en mi vida.

Con frecuencia solíamos encontrarnos en el escritorio de Carlitos Cortés, a donde yo iba todos los días. Manuelita, su hermana, y Julia, entraban y salían al saloncillo como si fuera propio. Más de una vez, Julia me pasó un ramo de violetas persas dobles, enormes, perfumadas, de tallo larguísimo; más de una vez puso, en invierno, con sus propias manos en mi *boutonière* una crisantema de rizados pétalos de nieve o de oro, pues es de notar que yo nunca la dí flores, y que ella, por el contrario, me las pasó muchas veces con sus largos dedos sedosos y afilados. Había ocasiones en que, al ver su indiferencia, lo impasible de su rostro altivo, sentía ganas de estrangularla, tenía odio, la sentía cruel; en otros, me seguía su mirada, a través de la calle, lejos de ella, como caricia en sordina, como esos ecos de orquesta que van muriendo... Y en mis noches despertaba mordiéndome los puños, al sentir el roce de su falda de seda. Parecíame ver su talle esbelto, flexible como cinta, sus cabellos de un rubio con entonaciones rojizas y sus ojos que tienen algo de felino, como el gato, y suavidades de gacela, alternadas con aires de

altivez y con chispas de soberbia. Esa mezcla tan rara, es, precisamente, lo que más me enamora. Decirle una sola palabra de amor, cuando ella tantas veces había reído de mí con risa que no sabía tomar si como despreciativa o como burlona, habría sido imperdonable paso en falso que mi tacto me permitía evitar. De ahí mis timideces, de ahí mis vacilaciones y temores y mi situación falsa, tal como la pintaba mi amigo.

Ahora estaba resuelto a todo, mis piés echaban raices en aquel salón; mi frente helada, el ardor del estómago, eran los mismos y mis sensaciones unas con aquellas sensaciones de cuando me preparaba a pelear, siendo muchacho, con otros muchachos más fuertes.

Apenas saludé a la señora Elena Sanders y a doña Manuelita; penetré en el otro salón. Allí, en la última ventana, de pie, con el cuerpo esbelto airosamente erguido, levemente apoyado el hombro, y con el brazo estirado, la mano en la sombrilla, estaba Julia. Vestía de paño blanco, traje *tailleur,* con sombrero de fieltro blanco, estilo *merveilleuse,* y sombrilla blanca de puño de oro. El velo daba tinte ligeramente ceniciento a sus cabellos rubios, que lanzaban reflejos metálicos. Llevaba prendido en la cintura un ramo de orquídeas con pétalos de sangre, y delicadísima rosa de cera. Javier Miralles, muy elegante, como de costumbre, después de mirar, con ojeada involutaria y nerviosa la procesión, se quitó el monóculo y se puso a conversar animadamente y en voz baja con Julia: estaba muy colorado. Ella le escuchaba con su indiferencia altiva; luego, cuando él bajó el tono, bajó ella la vista, se ruborizó levemente, y cambió con él varias palabras en voz baja. Entonces fué cuando me acerqué a saludarla. Hubo pausa, en que yo sentía palpitar mi corazón. Javier se puso el monóculo y se asomó a la procesión, después de alargarme dos dedos enguantados. Julia me recibió con fría sonrisa. Y yo, luego, me sentí mal, noté que

mi ánimo decaía, que mi sangre se helaba; que ya no podría hablarla, me sentí con la empresa fracasada en medio del derrumbe moral y de sensación de indescriptible amargura.

En ese momento pasaba el anda de la Virgen custodiada por cuatro soldados de pantalones rojos, con el arma al brazo. El anda se hallaba cubierta de rosas blancas, y blanca era también la Virgen... por asociación de ideas miré a Julia.

"Santa María, madre de Dios, ruega, señora, por nosotros los pecadores"...—decía la voz grave del coro —con tono de crescendo formidable que salía de millares de labios a la vez. De las ventanas arrojaban flores; Julia cogió un puñado de capullos de rosa té y lo arrojó a la Virgen.

Atrás, apareció el estandarte carmesí de otra cofradía que acompañaba la procesión.

Yo sólo sentía un martilleo de las sienes y confuso reverberar de luces.

No dije palabra; erguí la cabeza, con orgullo y saludé para retirarme; entonces Julia, silenciosamente, desprendió una orquídea de su ramo: "Hasta luego"...—me dijo—en tanto que Javier cambiaba una mirada con ella.

Me trataba como a un niño. Sólo en ese momento, al verlos en íntimo coloquio, se me ocurrió que pudiese haber relaciones entre Javier Miralles y Julia; sólo en ese punto comenzó a morderme el demonio de los celos. ¿Por qué no había reparado antes en las frecuentes visitas de Javier a casa de mi tío? ¿Acaso no significaba nada eso de verlo, en todas partes, saludando a mi prima, sentado en el fondo de su palco, volviéndole la hoja junto al piano, o bailando con ella el *Washington Post?* Era tan elegante y tan correcto en su manera de vestir, su talle esbelto encubría tan bien el paso de los años, su sonrisa algo gastada contribuía tanto a presentarle

airoso, que nadie le hubiera dado la edad que tenía. Cuando manejaba su faeton-duc, el cuerpo tieso y las piernas juntas como cochero inglés, y pasaba saludando entre la doble fila de carruajes del Parque, envueltas las piernas en *rug* de piel de camello, en el invierno, con hermosa crisantema en el ojal, se quitaba veinte años; si aparecía recostado en victoria, al trote lento de caballos de raza, con el monóculo puesto, y la caña de puño de plata cincelada entre los guantes gris perla, con la traza ligeramente impertinente que es un rasgo característico, el que le viera le daría, de seguro, a lo sumo treinta y dos. Tenía cuarenta y ocho, era solterón, viejo calavera; y con esto las tendencias y costumbres y el modo de ser social y moral del solterón de buena cepa. De origen y modo de ser aristocrático, siempre colocado en la sociedad de mejor tono, rozándose con personas de fortuna, era uno de esos personajes que gozan de posición y de prestigio social no comunes. Era de esos hombres a quienes sus íntimos no toman nunca por lo serio, y que gozan de gran prestigio social, fuera de esos íntimos. Andaba siempre metido en política, de diputado, sin que la política le importara un rábano; no le disgustaba ser amigo del Presidente, o convidado a Palacio, sin perjuicio de que sus más íntimas amistades estuviesen en la oposición. No carecía de astucia ni de sentido práctico, y sobresalía, particularmente, por su ciencia del mundo; eso sí, era gran vividor, hábil nadador a favor de la corriente, nunca en contra.

El hombre de gobierno, el minero en alcance, el hombre afortunado, la niña bonita, la mujer de moda, le contaban siempre en su séquito; hasta les hubiera extrañado su ausencia. El respeto, la consideración mundana que se le tributaba pudiera dividirse así: para los hombres de gobierno y Ministros, valía por sus relaciones de familia, porque era caballero, porque llevaba nombre que ayudase a encubrir maniobras dudosas de

partido, lavándoles, en votaciones, con prestigio aristocrático, nunca se les hubiera ocurrido preguntarse si tenía o no talento; para la sociedad, valía por sus defectos, por su vanidad, su lujo, su fortuna, su *snobismo*, su horror a la pobreza, y hasta por su reputación, un tanto pasada, de viejo don Juan; para las niñas era personaje ameno, rico, de tono y que tenía el grande y particular prestigio de no ocuparse casi nunca de ellas; para los hombres, tenía la corrección de maneras y del vestir, la caballerosidad en la mesa del juego, y cierto lenguaje algo cínico y un poco arriesgado. Además, murmurábanse, por su cuenta, historias galantes con damas casadas, y un estrepitoso fracaso con una viuda. A mí no se me hubiera ocurrido nunca, antes de ese momento, que este personaje hiciera la corte a niña como Julia. Les había visto en ocasiones juntos, había escuchado bromas dirigidas a Javier, sin dárseme una higa.

La cosa me parecía muy distinta ahora, lo daba todo como hecho; corte de Javier y aceptación de Julia me saltaban a la vista, pruebas abrumadoras, mil indicios, detalles confirmatorios, antes desapercibidos, surgían ahora a mis ojos con tremenda y desusada fuerza. Y no concebía cómo ella pudiera aceptarle, y seguir en su curso normal las cosas del mundo, sin que surgiera inesperada catástrofe social i cósmica. Me creí traicionado, sentí rugir de cólera sorda, implacable contra ella y contra él. Efectivamente, me traicionaba de manera horrenda. Más ¿por qué me traicionaba si nunca me había prometido cosa alguna, si sus labios no habían pronunciado juramento, si jamás había afirmado que me quisiera? Pero me había traicionado porque sí... porque ella no debía ni podía querer a otro. En cuanto a Javier, ni me acordaba siquiera que a sus empeños debiera mi puesto de oficina; en mi cólera, le hubiera roto el monóculo de un puñetazo, y volcado su coche,

en seguida. Me desataba en improperios en contra suya; le motejaba de mono ridículo de sastrería, y, sin embargo, en mi fuero interno, no podía dejar de sentirle elegante.

Me dirigí a la ventana contigua donde había un grupo de jóvenes al rededor de la interesantísima señora Sofía Orbegoso de Otero, y de Julita Otero, su hija. La señora Orbegoso, mejicana de nacimiento, célebre por su divorcio, era, entonces, mujer elegante y de moda, a pesar de que la separación de su marido comenzaba a empujarla por esa pendiente rápida de los personajes equívocos. Un traje violeta y sombrero del mismo color, servían de admirable marco a su fisonomía melancólica, a ojos verdes, soñadores y tristes, a su admirable cuerpo.

Pasaba por la calle, en ese instante, un estandarte con cintas tricolores, en pos del cual venía una imagen de San José en su taller de carpintería, contemplando a Jesús. El alegre repiqueteo de campanas continuaba a más y mejor, en tanto que a lo lejos sentíase rumor de bandas militares que tocaban a un tiempo piezas distintas, produciéndose, con esto, desacorde.

—¡Cómo está, Ud., señora Orbegoso—la dije.

—Y Ud., ¿qué se ha hecho? ¿Por qué no fué el Lunes donde la señora Cortés? No sabe lo que ha perdido. Manuelita cantó *Le pigeon* de manera admirable. Parecía cantante de la Opera.

—En efecto, en el mundo hay grandes actrices—repuse yo—continuando en voz alta mi pensamiento.

La señora Orbegoso me miró ligeramente sorprendida. En ese punto, se cruzó mi vista con la de Julia, y sentí que crecía mi enojo; sin poderme contener, cogí la orquídea que me había dado y, lentamente, para que me viese, la arrojé por el balcón. Un relámpago de ira brilló en los ojos de Julia, palideció y me volvió la espalda. La señora Orbegoso, que algo notaba de esta

escena, no se dió por entendida, con su mundo habitual, y me indicó que me asomara al balcón. Pasaba el anda de Santa Filomena entre flores y botones de rosa, llevada sobre los hombres de quince rotos, sudorosos y jadeantes. Las niñas arrojaron lluvia de flores.

Mi tío Antonio Fernández, el padre de Julia, se acercaba con andar pausado y lento, a saludar a la señora Orbegoso, de quien era muy amigo; venía con el cuerpo ligeramente cargado en los hombros e inclinado a la derecha, con aquella su marcha sin ondulaciones, enteramente recta y casi mecánica. Los jóvenes le abrieron paso y le cedieron asiento con respeto.

—Sí... mi queridísima señora—dijo a la señora de Orbegoso—permítame Ud. a lo menos ese vocativo, ya que a mis años se adquieren derechos que no se poseen cuando joven; por lo menos el triste derecho de llamar a una señora hermosa y queridísima sin ofenderla. ¿Me permite Ud. llamarla así?—agregó en tono muy bajo don Antonio.

—Con mucho gusto—replicó la señora—sin comprender bien lo que le decían.

Don Antonio sonrió: esperaba que le dijesen lo contrario.

—¡Ah, cuánto lo siento! Qué no daría yo porque Ud. se ofendiera cuando la llamo hermosa y querida; así me quitaría Ud. muchos años, de esta vida tan asendereada y tan consagrada al servicio de todos y a la gratitud de ninguno. La política, señora, es bala de cañón, es cadena de forzado, que llevamos amarrada al pie, los que nos hemos dado a ella cuando jóvenes y no podemos abandonarla cuando viejos, sobre todo, en esta horrenda crisis en que los caracteres y los hombres parecen naufragar, en que nadie se sobrevive a sí propio, en que es menester pedir la caridad como el soldado de *Gil Blas de Santillana,* apuntando larga escopeta. ¿No le parece a usted, amigo mío?—agregó el antiguo

ministro con tono parlamentario—dirigiéndose a mí.

Y luego, sin esperar respuesta, ni dar tiempo a que nadie hablara—agregó—señalando a la señora de Orbegoso y a su hija que lanzaban rosas a la Virgen: "Vea Ud. a las flores arrojando flores ¿quién lo diría? Más hermoso espectáculo no cabe para cabellos blancos a la manera de los míos. ¡Si las mujeres supiesen la poesía que ejecutan como Monsieur Jourdain hablaba prosa, sin saberlo! ¡Ah! shut...", y aquí don Antonio tosió varias veces, luego sacó el pañuelo, movió la cabeza a uno y otro lado, y alzó los ojos al cielo. "Ya no estoy para hablar de mujeres—agregó—y si Ud. me permite, señora, referiré una anécdota de Guizot. El eminente orador y hombre público hacía la corte a una dama interesante y estrechaba ya mucho el cerco; de súbito, ella se vuelve y le dice: Y si yo me rindiera, señor mío, ¿qué haría Ud.? Ese es mi caso—agregó don Antonio—con mirada maliciosa. Yo no debo hablar de mujeres. Ha... ha... ha..."

Aquí tosió nuevamente, se raspó el pecho, sacó un pañuelo de seda. se limpió los bigotes y puso los ojos en blanco, elevándolos al cielo... "Sí... sí... sí... bien se conoce que ya voy descendiendo de esa tan risueña colina de la vida, con rápido paso a esos lugares de donde ningún viajero ha vuelto. Yo no he nacido, hermosa señora mía, para la vida de ciudad, sino para el campo, en donde trabajo y en donde vivo, en esa gran comunidad de la naturaleza, que es la comunidad con Dios, según los panteístas. Las yerbas silvestres, los animales, los árboles tienen su lenguaje cariñoso para con este pobre viejo, que ha vivido sacrificado a la política, en eterna carrera tras de ideales que nunca se realizan..."

Parecía un patriarca al hablar de ideales; nadie hubiera dado crédito, en ese momento, a los persistentes

rumores, según los cuales don Alvaro Fernández había hecho todo lo humanamente posible por casar a Julia con Mr. Marion Conifford, el riquísimo gerente y principal accionista de las minas de carbón de piedra de Tiliviche: bailes, fiestas, comidas, invitaciones cariñosas, todo se había estrellado contra la fiera impasibilidad del británico que había comido, bebido, bailado, flirteado, dado las gracias y desaparecido. En cambio, su hija Angela se había casado con Brown, distinguido caballero, también millonario, y nieto de inglés, lo que le daba para cierta gente, por su origen extranjero, traza de buen tono. El tal matrimonio había servido de admirable campo a doña Mercedes, para desplegar sus dotes, en tanto que don Alvaro se había revelado maestro concertador de matrimonios.

Entre tanto, la procesión seguía su curso. Unos cuantos golpes secos, dados en la caja, hicieron detenerse el anda de la Carpintería, en la cual trabajaba el Niño Jesús, enseñado por su padre, junto a una jaula de canario y a mata de claveles, todo muy poético, y lleno de dorados y de colores vistosos. El canario era vivo, hermoso pajarillo rubio que saltaba de palito en palito, dentro de su cárcel, lo que hizo exclamar a ese judío hereje de Ito García: "Es ésta la primera vez que encuentro algo verdadero en las divinas tradiciones"...

Los monaguillos agitaban incensarios y nubes azuladas ascendían hasta nosotros, llenando el ambiente de perfumes. Mas atrás, seguía otra cofradía con escapulario café, y luego las comunidades religiosas de capuchinos con piés descalzos; los mercedarios, vestidos de blanco, los franciscanos, de azul obscuro, los dominicanos, los seminaristas de negro, todos con velas, entonando rezos en latín, con voz doliente, grave y monótona que prolongaban en doloroso lamento, entre el repicar de campanas y rumor de tambores que parecían ya próximos. Ya estaba cerca el anda de Nuestra Se-

ñora del Carmen. En el pueblo había grande excitación por verla, en medio de *pecha* horrible, en que las madres levantaban a sus chicos para que no fueran ahogados, y algunos hombres repartían codazos que eran contestados con bofetones. En la esquina se alcanzaba a notar movimiento de cabezas, gritos, con ondulaciones de multitud, palos y puños que se alzaban, como es uso y costumbre en toda fiesta nacional, en que las cosas no acaban nunca bien sino a bofetada limpia y con trago. Intervino la policía, acabóse el desorden, y apareció la Virgen con bandera chilena en mano, entre rosales blancos y rosas Ney, escoltada por una brigada de ejército que llevaba a la cabeza la Escuela Militar. La tropa marchaba con la admirable precisión de movimientos de nuestro soldado de línea, moviendo a compás sus pantalones rojos, color del uniforme de aquel tiempo. A lo lejos, parecía interminable esa línea de cirios encendidos en pleno día, con desentonos de luz; brillaban las cubiertas de coches americanos en las bocacalles; el sol, al caer al occidente, envolvía en polvareda gris los edificios del fondo, en tanto que la Virgen, ya lejos, aparecía como una mancha negra en nimbo amarillo. Repiquetean las campanas, estallan los voladores y las bandas de músicos tocan, a un tiempo, con estrépito infernal, en tanto que desfilan regimientos de línea con traje de parada. La *pecha* en el pueblo es más horrorosa que nunca; todos quieren ver a los veteranos con el pecho cubierto de medallas de la guerra del Pacífico.

Había llegado el momento de retirarse. La conversación languidecía, y algunas señoras se ponían guantes. Don Alvaro, sin saber yo por qué, estaba muy cariñoso conmigo, me felicitó por haber ganado el domingo anterior del *teeple- hase* de jinetes caballeros, en el Club Hípico, y me declaró el más elegante de los *sportmen*. No podía negarse que Fresia era gran caballo. A este

propósito se suscitó discusión entre Aníbal Vidal, Carlos Oyanguren y Javier Guzmán, sobre las ventajas del cruzamiento de Cleveland con árabe.

Don Alvaro quería que le acompañara en su "vis a vis" a las Delicias, en tanto que yo resistía cortésmente. Por último, se fué; Julia no se despidió de mí. Confieso que me sentía desesperado. Un sentimiento de enojo, mitad humillación y mitad cólera, vanidad y amor propios heridos, me dominaban. Parecíame que todo se hundía al rededor mío, que los demás eran felices y que yo era la única excepción a la dicha universal; me sentía traicionado, humillado y engañado por mi prima, y, cosa extraña, mientras más dura, mientras más desviada y más cruel, me parecía aún más apetecible, hermosa y adorable. Con gusto me hubiese arrojado al suelo para que ella me pisoteara y me matara. Sentíame desfallecer, estaba lívido. Alberto García Pitman, Ito, como nosotros le llamábamos, me cogió del brazo: "Animo, amigo, disimule, me dijo , que

"En el mundo hay que reir con llanto
"Y también hay que llorar con carcajadas".

Y no sea tonto, hombre, que si por Elena se perdió Troya, no ha llegado a mis oídos nada semejante acaecido en nuestro tiempo. Eso está más antiguo que el frac del Caballero de gracia. Lo que es yo, me felicito de que le pasen a Ud. estas cosas, que me han sucedido a mí y a todos, para que vaya conociendo la vida que uno jamás aprende en libros, ni en novelas sentimentales, en que siempre se casa Numa con Pompilio, como decía la señora aquella que hablaba de la novela Numa Pompilio. Ande, amigo, y no sea tonto. El matrimonio, créamelo, no ha sido hecho para Ud., ni para mí; es artículo de lujo demasiado caro para nuestros modestos bolsillos... y vamos andando.

Después de despedirnos, bajamos por la calle Manuel Rodríguez, en dirección a Delicias. Inmensa multitud de mujeres de manto, desfilaba en esa dirección, por lo cual nos fué preciso tomar por el centro. Marchábamos en silencio al principio: Ito movía, con pausado compás, sus piés calzados de charol, con polainas blancas, a la última moda. Confieso que tamaña lentitud, en el estado de mis nervios, me irritaba en extremo. Andaba moviendo el cuerpo a derecha y a izquierda, con especial desgano, como haciendo esfuerzo para dar cada paso, lo que constituía modo característico de ser en toda su familia.

Las relaciones entre nosotros revestían cierto carácter de jovial intimidad. Nos habíamos conocido en casa de don Alvaro Fernández, mi tío, que Ito visitaba asiduamente. Luego nos habíamos encontrado juntos en diversas comidas y recepciones, y, por último, en la sala de juego del Club de Noviembre, donde nos habíamos prestado mutuamente dinero, y en la célebre cena dada por don Javier Guzmán a la Cole-Bassano y a la Miolini, conocidísimas bailarinas del Municipal. Ito era tenido en todos los salones de Santiago por grandísimo calavera, semejante reputación no le desagradaba. Por el contrario, refería a todos sus ganancias o pérdidas al juego y sus aventuras galantes con damas del mundo equívoco. Así como otros tienen la hipocrecía del vicio, él tenía vanagloria, cinismo especial en confesarlo. Sólo, es de observar, que Ito gozaba con darse como peor de lo que en realidad era, exagerando pérdidas de juego y el dinero derrochado en fiestas. Hasta cometió la locura, en cierta ocasión, de exhibirse en el *foyer* del Teatro Municipal dando el brazo a la Miolini, querida, entonces, de Gregorio Sandiford, a la célebre Miolini que, al poco tiempo se estrenaba en el Politeama representando "El hombre es débil", vestida con los pantalones de Goyo.

Ito, que perdió a su padre cuando joven, había sido enviado por su madre a París, donde aprendió lo que debía ignorar e ignoró lo que debía saber. Tocaba en piano, con gusto, las últimas melodías de Zarazáte Saint-Saens o Moskowsky, cantaba canciones de Café-Concierto, las más alegres y locas *chanzonettes,* valsaba divinamente, hacía pruebas con naipes, bailaba can-can a la perfección, contaba millares de chascarros i anécdotas, parodiaba con gracia exquisita a cuanto personaje ridículo topaba en su camino, y era, en el vestir, tipo de *dandy, dernier cry,* como se decía entonces. No tenía rival para un saludo cuando se paseaba por la Alameda con *over-coat* de media estación, la gardenia en el ojal, traje de chaquet obscuro, corbatas de colores indecisos de Doucet, correcto en el vestir, sin nada que llamara la atencion e impregnado en indecible perfume de buen tono: sacábase lentamente el sombrero de copa, alargando el brazo con pausa, la frente erguida sin afectación, leve y desmayada sonrisa en los labios. Diríase el célebre saludo del duque de Morny, imitado por Cam-Hill en el *Cirque d'Eté*. En cambio, Ito era muchacho de exquisito ingenio, completamente inútil para cosa de provecho, y desprovisto por completo, así de fortuna como de medios de ganarse la vida.

En consecuencia, poquito a poco, enteraba la existencia con la modesta pensión que le daba su madre, no sin verse acosado, de cuando en cuando, por las tremendas cargas de los ingleses. Pertenecía al círculo más escogido de la *jeunesse-dorée;* íntimo de Javier Guzmán, de Daniel Echagüe, de Carlos Oyanguren, de Pepe Cortés, el viejo vividor del bigote blanco, de los Albareda de mis primos Fernández Alvarez; no faltaba nunca a las comidas del Hotel Central o de cierta casa de la calle de la Esperanza. Ito era generoso en materias de dinero, un tanto egoísta en lo demas. En un principio, no le hubiera disgustado casarse con mu-

chacha de fortuna, más luego se convenció de que en Chile no la había con suficiente dinero para vivir, a lo gran señor, la existencia holgada del rentista. Luego, su reputación de disipado le vino a cerrar algunas puertas, y, por último, cuando, comprendiendo, aunque tarde, lo que era su tierra, quiso trabajar en algo, se encontró con que, gracias a la educación refinada que había recibido, no servía para cosa alguna, si no era para divertirse. Entonces fué cuando arrojó su capa al toro, y, tomando por el atajo, dió en ser el más desaforado calavera de los anales santiaguinos, cosa que le rodeó de prestigio entre las generaciones jóvenes.

La existencia salpimentada le dió algunas horas alegres, muchos desagrados, algún amorcillo que juzgaba pasión, expectativas, desengaños, conocimiento profundo de la vida y cierta ciencia de vividor que lo utilizaba todo para su provecho personal, cantando con igual delicia el Chateaux-Iquem, probando pastel de hígado a la Marengo con *rognons-farcis,* o escuchando el último escándalo galante de una gran señora, cuyo sentimiento analizaba por el estilo psicológico de Bourget, entre la copa de Iquem y el pastel *farci*. Añádase un sentimiento aristocrático exagerado, avivado aún por la constante lectura de la crónica mundana del *Figaro* y de otros diarios de París, donde su padre ocupaba gran posición, veinte años atrás. Con ésto y las compañías de gran tono que en realidad había tenido se tendrá la razón de por qué se consideraba a sí mismo como un Laroche-foucauld o un duque de Osuna, mirando de arriba a bajo, con benévola indiferencia de hijo-dalgo a la masa común de los plebeyos. Tal era el personaje que, irritando con su pausa mis nervios, se detuvo a encender un cigarro "de Allones", después de pasarme, sin decir palabra, la cigarrera de plata labrada, para que yo escogiera otro.

—Psh... conviene que hablemos, amigo Antonio—

agregó con voz de acento ligeramente nasal.—Ud. y yo nos conocemos, hasta somos parientes un poco lejanos. Ambos somos caballeros, lo que no es poco, en esta horrible tierra de cursis, o *siúticos,* según se llama este único fruto de la industria nacional. Además ambos somos honrados, lo que no es poco, en una tierra con tres millones y medio de habitantes católicos-romanos, en la cual es preciso atar los candelabros con cadena en los altares de las iglesias, tan grande es la honradez del espíritu nuestro... Por último, amigo, Ud. me inspira simpatía, lo que en mí es bastante raro, y lo veo en situación parecida a la mía hace diez años. Conque... vamos, hombre, Ud. es niño y nada más. Desde luego, y para empezar mis observaciones, le diré que en sociedad hay que disimular constantemente, hay que poner buena cara a mal juego y, como en *polker,* nadie debe conocer nuestras impresiones, ni adivinar nuestro juego. Ud., amigo Antonio, se lanza de cabeza, se ofrece incautamente en espectáculo a maldicientes, a necios y a pícaros que forman la mayoría de este mundo. Si Ud. ve a su prima Julia en compañía de algún hombre con quien pueda casarse, ya se vuelve loco, y pierde la chaveta, y pone cara de tigre; luego, si tienen la bondad o la caridad de una orquídea, a los pocos minutos Ud. la arroja por el balcón, ostentosamente, para que su Virginia lo vea, y, en seguida, pone cara de empresario de Pompas Fúnebres, con lo cual hasta los más incautos saldrán por la ciudad gritando de voz en cuello que Ud. ha recibido unas tremendas calabazas. Ahora bien, ¿sabe Ud. lo que se significan las calabazas y *demás?* El diluvio universal, amigo, un terremoto, un cataclismo; en el mundo todos se van sobre el caído y abruman al desgraciado.

Las mujeres pueden perdonar a un hombre que sea maldiciente, siempre que no las llame feas; que sea poco delicado en negocios, siempre que no haya sen-

tencia judicial en su contra y que tenga fortuna; que sea calavera y loco de atar, lo cual para muchos es mérito; que sea uno de esos jugadores que pierden hasta la camisa y empeñan hasta el modo de andar y *demás*. En fin, ¿qué no perdonan las mujeres a los hombres? Todo, menos que hayan recibido calabazas de otra; aceptarle, sería recibir desecho, lo que bota la ola, lo que otras *no quieren*: profunda herida para la vanidad que es la parte más delicada y sensible de la mujer... i en el hombre... Bueno... Para evitar ese crimen de no ser querido, esa profunda mancha, esa lepra, amigo Antonio, es preciso disimular, disimular siempre, constantemente, que los demás ni siquiera sospechen nuestras impresiones, y marchar por debajo, *piano, piano,* como el zorro. Si la cosa fracasa, se afirma, con frente de bronce, que ni se ha pensado nunca en ella, o en él; si se alcanza el éxito, no dejarán de saberlo en el mundo. Don Basilio, amigo mío, es un gran personaje; disimular el odio, la antipatía contra el enemigo de hoy, que será tal vez el aliado de mañana, es de necesidad estricta. Hay que andar muy despacito por las piedras, como dicen los hombres del pueblo, no sea que vengamos a caernos y a la vez, ocultar nuestra buena fortuna, porque es tan difícil hacerse perdonar la suerte al que sube, como evitar que pisoteen al caído... Bueno... pues no se dé por vencido, por nada de este mundo, preséntese *en todas partes,* con mirada altiva, con frente serena, con sonrisa en los labios, contando, con toda la malicia posible, los ecos del último escándalo, con la crisantema o la gardenia en el ojal de la levita, y el habano encendido, será Ud. todo un hombre. ¿Se ha fijado en que siempre que se rompe un matrimonio, las mamás obligan a las hijas a salir y las exhiben en todos los paseos? Pues, amigo, lo que hacen es natural y razonable: combaten de frente al mundo, tratan de engañarlo, desconcertándolo con su audacia, manifestando cuán poco les im-

porta el novio perdido, si el desvío del novio ha sido tan claro que no puede ocultar el abandono. Si el punto de quien dejó a quien todavía es dudoso, entonces la suegra repiquetea las calabazas dadas por su hija a ese pobre mozo, a quien *no podía querer* a pesar de *lo bueno* que era... y demás. Con lo cual, las pobres muchachas se pasean sonriendo, con la muerte en el alma, porque no hay nada parecido a la fuerza de disimulación de las mujeres, ni a su poder de sufrir. Ponga su barba en remojo, amigo Antonio, y prepárese para ser puesto en la picota, por su tía Mercedes, que hablará de todas sus cualidades de Ud., de lo bueno, lo inteligente, y buen mozo, y de qué lástima es que Julia no pueda quererlo con tantísimo mérito, a lo cual el mundo hará coro porque ella es rica, y Ud. no; porque ella tiene posición, y Ud. no; porque ella tiene su hija Angela casada con un millonario, y Ud. no; porque su marido ha sido Ministro y Ud. no... En fin, por infinidad de razones, el mundo estará en contra de Ud. Desde luego, todos los que no tienen su nombre, ni su figura, los que envidian su elegancia, los no invitados a los bailes donde Ud. va, aquellos a quienes por descuido Ud. no haya saludado, los que haya menospreciado sin quererlo... y demás... todos esos serán los voceros de la caída, y le compadecerán en todos los tonos. Pues lo peor que pueda pasarle es que manifiesten lástima, honda y, al parecer, cariñosa conmiseración por Ud., con lo cual ya queda con una lápida para toda la vida... y demás.

Hablando, hablando, habíamos llegado al paseo de las Delicias y nos paseábamos frente a la iglesia de San Borja, con fino campanario de agujas grises perdidas en el cielo azul. Ito se detuvo a encender el cigarro apagado. Aún vibraba en mí la impresión de lo que me venía diciendo, junto con la palabra *y demás,* que repetía constantemente a guisa de muletilla.

Lanzando una bocanada de humo, agarró el bastón por la mitad, según el canon de la moda inglesa, y se encaró conmigo.

—¿Quiere decirme, amigo Antonio, cómo se le pudo ocurrir enamorarse de Julia, precisamente la única muchacha de Santiago a quien Ud. no debía acercarse? Ya le veo venir con aquello de que "al corazón no se manda", y demás argumentos de las novelas por entregas. Recuerdo haber visto, en no sé qué *vaudeville,* cierta escena en que una niña pregunta a sus padres: "¿Papá, debo ya desmayarme?" Todos andamos en la misma, hombre; más cada uno elige el momento en que debe desmayarse. Si el mundo marcha, como decía Pelletán. En sociedad, la inmensa mayoría de los matrimonios se hacen discutiendo *in petto* los vicios y cualidades, y fortuna y expectativas de cada cual y abuelos y linajes y relaciones de familia y enfermedades y demás... y si todo resulta conforme, se desmaya cada uno por su lado, como en el *vaudeville,* o se desmaya uno sólo y ese queda en ridículo, o arrancan los dos a perderse tras de una ceremoniosa cortesía, y esa es gente de mundo. Pero Ud., mi buen Antonio, fué a meterse de cabeza en el atolladero, para lanzarse luego a corcovos como potrillo nuevo recién ensillado... vamos... Hagamos su balance de Ud., para que vea que yo tengo razón.

Comencemos por el de Julia: gran familia, la misma de Ud., de pura nobleza española, hidalgos de la colonia, eso en Chile es mucha cosa, es casi tanto como ser Marqués de Harthington o Duque de Connaugh en Inglaterra, o Duque de Richelieu, o Talleyrand Perigod, o Príncipe de Valori, en Europa, no precisamente lo mismo, pero es mucho. Es una muchacha interesantísima, de belleza extraña, toca el piano divinamente, baila lo mismo, habla varios idiomas, no carece de ingenio, es muy, muy elegante, y su lujo no tiene límites. Sus padres la presentan con gran tren de coches, y trajes y

palco. Tiene cuenta abierta donde Prá y donde la Viroville, y en la joyería de Umlauf. No le niegan cosa alguna: su ropa interior es una maravilla, según dice Manuelita Cortés. Ud. comprende que mujer educada de ese modo sólo puede casarse con hombre de gran fortuna. ¿Que sus padres la tienen? ¿Que podría Ud. vivir en su casa, como tantos otros? ¿Que contigo pan y cebolla? como dicen los españoles. Todo eso, amigo Antonio, es tan ridículo que no admite comentario. ¿De dónde saca Ud. que sus tíos tienen fortuna? ¿Porque llevan existencia de lujo, casa puesta a lo grande? Si eso nada significa, pues aquí todos vivimos gastando lo que tenemos, hipotecando nuestras propiedades, si las tenemos, o a crédito de ingleses y de sastres, si esperan algún dinerillo de nuestros padres.

La sociedad es grandísimo petardo que tratan de darse unos a otros, sin que nadie se la pegue, porque todos se conocen aquí, han contado sus respectivos escudos y bien saben que el caballero aquel que pasea a su hija en *vis a vis,* con traje de Redfern y sombrero de Virot, ha sido o será ejecutado próximamente por un banco. Acaso yo mismo, que no me visto mal, que uso corbata de treinta pesos, pañuelos de batista, alfileres de perlas, y sobretodo de H. Pool de Londres, ¿no soy un perfecto tronado? Luego, descartemos la fortuna de don Alvaro, que nada significaría, aún cuando fuera real y positiva, una vez repartida entre un grimillón de hijos.

Nos quedamos con que Julia, dados sus hábitos de lujo, necesita casarse con hombre de gran fortuna, con un Javier Miralles, por ejemplo, y no con Ud. Las madres, por otra parte, son previsoras, y con derecho, Ud. se enoja porque doña Mercedes le hace la guerra, y habla en contra de las suegras, lo que es una tontería pasada de moda. Pues ella está en su perfecto derecho y tiene muchísima razón al hacer la guerra a preten-

dientes como Ud. o como yo, que no podrían mantener a su hija en el rango que le corresponde en sociedad, y nosotros seríamos unos mentecatos si diéramos en insistir. Conque...

En ese instante, al enfrentar nosotros la calle de San Martín, un torrente de coches, de vuelta del Parque, invadía la Avenida de las Delicias. Brillaban al sol, despidiendo llamaradas, los faroles y el barniz de los carruajes; piafaban caballos de sangre inglesa, yeguas rusas, parejas de caballos árabes, entre el confuso tumulto de breacks, coupés, americanos, charrettes, *tandems,* caballos cuarteados, jinetes que pasaban al trote. Junto a las manchas verdes del follaje, de carnaciones y matices varios, lucían, como alegres notas de clarín, los trajes claros de niñas y señoras, en coches abiertos. Una banda militar tocaba la Mazurka, "Rumania", en el tabladillo central, en tanto que millares de coches, torrente de lujo y mar de reflejos luminosos de lacas, desfilaban al paso, con ruido de bocados de arneses, metálicos y cadenillas. El número de coches en Santiago es enorme y no guarda proporción ni con la población ni con la fortuna.

Los rayos del sol poniente doraban los techos de los palacios con reverberaciones de incendio en los vidrios. Las dos altas calles de hermosos edificios, con el mar de coches y el mar de verdura en el centro, tomaban traza imponente y melancólica, en el caer de la tarde, cuando las tristezas y las opacidades del crepúsculo se fundían en los tonos azulejos de la cordillera, con arreboles anaranjados, luego rosas...

Un coche abierto pasó junto a nosotros: iba Julia con su padre. Ito saludó, con el gesto pausado, a lo Morny, grave, respetuoso, algo frío; junto con él, saludé yo, con amable y leve inclinación de todo el cuerpo, a la vez que mostraba en los labios una sonrisa. Julia contestó el saludo. Luego, en cuanto hubo desapare-

cido el coche, Ito, pasó la mano por su negra barba nazarena, sonrió con malicia—y me dijo:—Bien veo que no se pierden las lecciones con discípulos tan aventajados. Ahora no queda más que visitar frecuentemente la casa del tío Alvaro, bailar *Washington-post,* y Cotillón, y reir y embromar, sobre todo, si es cierto, como afirman, que Julia se casa con Javier Miralles. Con esto, una botellita de Champagne, una comida en casa de la Mislini, y una mano de baccarat; ya estamos del otro lado...

IX

NIÑERIAS

NO sería sincero, de fijo, si no confesara cuán honda huella me habían causado las ideas de Alberto, después de la procesión, cuando charlábamos con expansiva confianza. Sólo sé decir que mi espíritu vivía en perpetua y, al parecer, contradictoria dualidad de impresiones. Aterrorizábame al pensar en la verdad de cuanto me iba diciendo; sentía, allá en el fondo del pecho, el martilleo del fúnebre carpintero de la poesía de Heine, de aquel carpintero, aposentado en nuestras almas "labrando lentamente el ataud", junto con la zozobra ansiosa de mi porvenir, de mi cariño, de la mujer amada, y la visión dolorosa de la realidad del mundo con intereses, tanto por ciento, egoísmo, el dominio absoluto de lo positivo y de lo práctico, tan contrapuesto en todo a mi perpetuo soñar, a mi existencia vacía, a mi nulidad de sentimental. Sentíame, con cruel agonía, inhábil para lo que da fortuna, conduce a una posición, abre carrera y acerca a la posibilidad de término feliz en matrimonio honroso con la niña amada, lo que me parecía el colmo de la dicha en mis ingenuidades de alma sana y sin dobleces, alejada de los sensualismos del vividor. Ahora bien, al mismo tiempo que las agonías de aquellas realidades de la vida, sentía

yo secreta voz de mi temperamento incorregible que me gritaba por lo bajo: no hagas caso de eso, la vida no es como te la pintan los vividores egoístas, sino cosa muy diversa, camino fácil y llevadero para los hombres de corazón, como tú sin duda lo eres. No hay más que luchar, no perder los bríos, tener confianza en tu prima, que te quiere, a pesar de que nunca te lo ha dicho, y en el porvenir, que es tuyo. ¿Acaso el mundo no se rige por leyes de sentimiento? ¿Qué, sino soñadores, han sido los fundadores de sectas, como Mahoma, los grandes generales y jefes de Imperio, como Napoleón o César, los grandes inventores, como Fulton, los descubridores de mundos como Cristóbal Colón. Más en pequeño, más chiquito, todo bien mirado, tú no eres más que soñador; en cambio, el mundo no se rige tan sólo por intereses materiales y apetitos, que también hay sentimientos, y algo más noble y valedero.

Es necesario que reconforte mi alma apartándola de cuanto pudiera empequeñecerla. Mi prima es sér aparte, es todo belleza, elegancia, distinción, y al evocar su imagen sentía la sensación perfumada de la esencia de "heno verde" que ella usa. No se parece a las otras muchachas de que hablaba Alberto; es una Diana, una reina, algo infinitamente superior. Si ella quiere, será capaz, por mí, de todos los sacrificios; si no me quiere... Escozor de celos me picaba. Lo cierto es que yo sentía a un tiempo la doble y sobrecogedora impresión del mundo, tal como lo pintaba Alberto y que un instinto, una especie de tacto moral me daba como el verdadero, con sus asperezas, y el mundo que me pintaba en mis sueños y que también debía ser verdadero porque yo *quería* que fuese así, porque no me resignaba a que fuera de distinto modo. Sensaciones confusas de angustioso deleite subían a mi alma, como sueños pesados y arrobadores de visiones del opio, diluídas en sensaciones de mis nervios.

El Martes siguiente fuí, a eso de las cuatro de la tarde, a casa de Javier Cortés. Nos encontrábamos en un saloncito chinesco, sentado en anchos sofaes de yuto, con grandes almohadones, fumando, como turcos, unos Cazadores de Partagas, cuando entró a la pieza Manuelita, en compañía de Julia y de Carlota Vidal. Se reían a carcajadas; la cosa no era para menos. En la noche anterior, el doctor Morán había sido presentado en casa de Carlota, con gran solemnidad, de corbata blanca, de frac, y de impecable pechera de camisa. Al retirarse no pudo ponerse el abrigo porque las mangas eran demasiado estrechas. El pobre sudaba, y sudaba inútilmente, hasta que por fin se rindió y tuvo que irse a su casa en cuerpo. Las niñas de la casa, que habían hecho coser las dichosas mangas, por un sirviente de confianza, casi se destornillaban de risa. Aún se reían al recordar la *toilette,* la barba negra, el aspecto solemne del pobre doctor y los brazos que no entraban por las mangas...

Traté de acercarme a mi prima, que me había saludado con altivez un tanto esquiva, sin conseguirlo. No faltó, con todo, oportunidad para que yo hiciese alusión clarísima a Javier Miralles, preguntándole a poco, si era cierto que se casaba. Púsose algo seria, como si la cosa no le agradase, y luego, se echó a reir, y se burló de Javier y de la pintura de su bigote. Tal y tan pesada fué la burla que yo me convencí de cuán falsos eran los rumores que corrían y cuán infundados mis celos. Sentía gratitud porque no le aceptase; ensanchábase mi pecho, invadiéndome, a mi turno, contagio de hilaridad, deseos de reir más fuerte que los demás, tanto que hasta llegaron a extrañarse. Dirigí a Julia miradas que evitó con frialdad calculada, sin que mis ojos pudieran encontrarse con los suyos.

Así renació mi vida de antes. Muchas veces volvimos a encontrarnos, ya sea en casa de Manuelita Cor-

tés, de cuatro a seis de la tarde, o donde los Oyanguren. Bailamos juntos el *Washington-post* o nos sentamos en rincones a conversar íntimamente. En tanto que mis ojos, y la presión de mi brazo sobre su talle en las vueltas del Boston, la hablaron de mi cariño, recibí de ella ramos de violetas de Persia o de crisantemas prendidas en su cintura. En más de una ocasión tratamos de mi porvenir, que ella dirigía en su imaginación, como cosa propia. "Cuándo tú seas diputado..." "Cuando seas Ministro" solía decirme. "Un muchacho inteligente y trabajador es el más alto premio para una niña"... Más de una vez se ocupó de mis corbatas, del color de mi traje, o me dijo que fuera a tal o cual paseo, al cual ella iría. Sentíase tan dueña de mí que aún recuerdo el matiz de leve sonrosado que coloreaba sus mejillas, apagando hasta el brillo elegantísimo de su traje *vieux rose,* en las tribunas del Club Hípico, el día aquel en que, montando "Lord Falstaff", llegué primero en el *Steeple-chase* de jinetes caballeros. Era ella quien triunfaba, no yo.

Bien pude volverme fatuo en cierta ocasión en que me habló de mis cabellos rubios, o cuando me pidió "prestados los ojos para ir a un baile". Cualquiera, con menos, se hubiera dado por dichoso, en tanto que ella me hablaba así, sentada al piano, tocando los *Portraits* de Rubinstein o las mazurbas de Benjamín Godard, puntuando la escala rápida o el correr de sus delgados dedos sobre el teclado de marfil con mirada oculta entre sus larguísimas pestañas crespas, una de esas miradas que veían sin mirar; que uno presentía. "Te mando que me quieras y que tengas confianza en mí" parecía decirme, dándome órdenes sin otorgarme explicaciones.

Luego volvía yo a las estrecheces de mi vida de pensionista, a ilusiones de estudiante pobre, de modesto empleado, ingertado en jugador para mantener-

me a flote, en noctámbulo y en calavera para seguir los gustos de mis compañías aristocráticas, entre las cuales gozaba de no escaso prestigio desde que se susurraba entre los jóvenes como tenía de querida a Lucha Perozo, peruana elegantísima, justamente célebre por sus comidas en donde se reunían los gomosos a la moda con las horizontales de fuste. Conocí los altibajos de la vida de aventurero, las pérdidas, los préstamos, los documentos a plazo, la amargura de las cuentas que persiguen al deudor, los insomnios de los apremios de dinero, formándose, gota a gota, el arroyo de pequeñas contrariedades materiales disimuladas bajo el frac, la gardenia y la sonrisa mundana, ignoradas a los ojos del mundo que aparenta no verlas, en tanto que sorda oleada de rumores creciente trae latigazos de desprestigio, venidos no se sabe cuándo ni de dónde, borrados por una buena naipada o acrecentados con *la negra*.

Así, andando, se enteraba el tiempo, sin que me faltaran ocasiones de verme con Julia en alguna parte, fuera, por cierto, de casa de mi tía Mercedes. No sé por qué no me gustaba ir allá. Sea el modo ceremonioso con que me trataba la señora, a pesar del parentesco; sea el alejamiento que me causaba la frialdad de su cortesía, era el hecho que no me sentía a mis anchas. Sin necesidad de mucho discurrir, veíase a las claras que mi asiduidad no era muy de su agrado y que prefería para su hija otro género de cortejantes. Con la mayor cortesía y corrección aparente en su trato que nada mostraba de ofensivo para mí, me señalaba límite infranqueable, zona ceremoniosa de corte, dentro de la cual nos tratábamos con sonrisa en los labios, y con algo de artificial, de superpuesto, de relampagueo encubierto en la mirada, como presintiéndonos antipáticos el uno para el otro. Julia comprendía esto muy bien; no insistía, por tanto, en que

fuese yo a su casa. Los Martes y los Viernes, invariablemente, solíamos encontrarnos en el Parque, a eso de las cinco, entre la media docena de coches de lujo que acuden al paseo en los días ordinarios. Ella iba en compañía de los Oyanguren o de Manuelita, descendía del carruaje, y se paseaba cerca de la laguna, entre macizos de flores, palmeras, araucarias y árboles coposos. En cuanto yo divisaba la nota clara de su falda de seda y las líneas esbeltas de los delgados cuerpo de niña, entregaba las riendas del *Dog- art* a mi *groom,* y bajaba a toda prisa a juntarme con ellas. Luego, al borde de la laguna, mirábamos reflejarse entre el espejo de sus aguas trozos del cielo y de verdura, manchas obscuras de árboles, charlando, en tanto que la mirada confusa percibía, no lejos, elegantes curbas de puentes, y al oído llegaba el trotar de caballos, el rumor de bocados metálicos y el correr de coches.

—¿Qué hay de nuevo, Champañita?—me preguntaban en viéndome llegar.

—Nada... absolutamente nada... Luego, a poco de iniciada la conversación, iban saliendo muchas cosas de bulto, el último matrimonio concertado. Aníbal Cortés se casa con Juanita Oyanguren...

—Si no es posible... entiendo que a la mamá no le agrada el joven...

—A falta de otro mejor—agregaba sonriendo una de las niñas—con risa de perlas que se desgranan. Yo le he visto durante dos años, en todos los bailes, con su frac lustroso de puro viejo.

—¡Con frac lustruoso!... ¿No te parece bien, niña, que ese infeliz brille por algo? replicaba, Julia, con su tono acerado.

Las inocentes palomas tenían un tacto admirable para apreciar, en su verdadero valor, a la mayoría de los jóvenes. Sólo se perturbaban, a las perdidas con las apariencias y trajes, a los cuales daban importancia. Bien

sabían, por cierto, que Aníbal Cortés, el *gordo* como le llamaban los hombres, era un excelente muchacho, despierto, un sí es no es agudo, pero holgazán, bueno para nada, sin oficio ni beneficio, que se divertía luciendo su vieja ropa en todos los paseos y cenando en todos los bailes, entre can-canes y risas. Para ellas no era de la tela de que se cortan maridos, y no contaba. De aquí sus aspavientos por semejante matrimonio.

—Pero Juanita ha heredado de su abuelo...

—¡Ah!

—Se habla mucho de un asunto ruidoso, de un divorcio entre dos personas que ustedes conocen...

Y en aquel agreste escenario, entre el suave rodar de los coches en sordina, frente a las crestas violáceas de los Andes, junto a la luguna, que convertía, a lo lejos, en láminas de oro sus aguas heridas por el sol, iba el grupo de muchachas elegantes, con sombreros primorosos de Madame Viraud o Chaisée y albos guantes de gamuza, haciendo crugir la arenilla con las botitas de charol y comentando, con frases veladas, los últimos escándalos, la *toilette* de fulana y de mengana en la comida del Sábado o en el baile del Lunes, los méritos de las modistas, los amores, los casamientos, las rupturas, el remate de un fundo de un caballero conocido, el sermón del padre Gerardo, el suicidio de Manuelito Vásquez y los precios de la cordonería alemana. A veces, hablaban todas a un tiempo, o bien yo me adelantaba, sólo, con alguna de ellas, a menudo Julia, en conversaciones más íntimas, forjándome ilusiones, haciendo planes que tomaban por lo serio aquellas cabezas de pajaritos que no siempre se daban cuenta precisa de las fases utilitarias y prácticas de la existencia, arrastradas por mi entusiasmo de joven. Más de una vez aceptaron invitaciones mías, y les hice llevar un *wiskisawer* al carruaje americano detenido a pocos pasos del restaurant de la Laguna.

Charlas y paseos eran esos que tengo grabados en lo íntimo, junto con las señales misteriosas y las miradas que cambiábamos con Julia, con aquella sensación vibrante de mis nervios al percibir, por ráfagas que me subía como un mareo, la esencia de *haie verte* desprendida de su traje, o aquel indefinible y divino *odor di femina,* sensaciones en que no sabe si predomina el mareo de los ojos con lo esbelto de las líneas de un cuerpo, con las curvas y dulcísimas ondulaciones del andar, el rumor de la seda, las vibraciones del color del traje que proyecta frescura sobre el rostro, el fuerte *bouquet* de la esencia, el fulgor de los ojos tras del velo, o el resonar cristalino de la delicada voz de niña. Acaso, también, provenga la agudeza de estas sensaciones de una fiebre del espíritu, de una obsesión de imagen de mujer, de concentraciones del deseo, de anhelos inquietos y obscuros del sexo. Sea de esto lo que fuere, aún traigo a la memoria esas escenas de paseo, con Julia, asociada a una especie de arrobadora languidez, de exquisito desmayo, de agonía dulcísima y continuada, de miradas expresivas, de silencios y de pausas preñadas de expansiones, de violento latir de mi pecho ante un roce involuntario con el traje de ella. A pesar de todo lo que ha pasado, cuando miro hacia atrás, esos leves instantes me compensan de muchísimos sufrimientos.

En todas esas conversaciones, al hablar de asuntos para mí del todo indiferentes, no hacía más que repetirle con el rumor de mi voz: "te amo"... "te amo"... Aún cuando le hablara de modas, aún cuando tratara de otras mujeres, sin mencionar jamás la palabra amor, entre nosotros. Ella, con la mirada,, con el andar, con el golpecito de la sombrilla contra el pie, me respondía "te comprendo"... "no hablemos más"... Y yo sentía el refinamiento de goce de la *complicidad,* del lazo que no se confiesa al mundo, de lo que oculta sin dar

razones. En sociedad, éramos perfectamente fríos y reservados el uno para con el otro.

Por aquel entonces se puso de moda bailar danzas antiguas. En casa de las Oyanguren nos reuníamos todas las noches los jóvenes y niñas que debíamos bailar *minuet* en el próximo baile de Daniel Echagüe.

No faltaba quien recordara todavía la célebre escena de Daniel cuando se apareció de rey en una de las representaciones de *Judía,* con barba postiza y cetro, a caballo. La sociedad hacía vista gorda, tratándose de millonario, a quien, entre nosotros, todo es ilícito. El Santiago elegante se hallaba invitado a su gran baile de fantasía, que asumiría proporciones colosales según los díceres. La gran sorpresa era un *Minuet* que sería bailado por niñas vestidas a la Pompadour, y jóvenes de marqueses del siglo diez y ocho, unos y otros de peluca blanca. Eran de ver los ensayos del baile, de cómo nos tomábamos rozándonos las puntas de los dedos, así como las graciosas cortesías, el sonreir leve, los elegantes y pausados movimientos; el aire de indiferencia aristocrática, las reverencias profundas con que lo bailábamos. A los ojos del mundo, nada, ni el indicio más leve, hubiera permitido inferir que abrigáramos el uno para con el otro sentimientos que no fuesen de amistosa y despreocupada indiferencia.

Los tales ensayos de *Minuet* eran, en realidad de verdad motivados exclusivamente por el anhelo del "flirt" Se coqueteaba en todas partes. Juan Pereda Johnson, alto y delgado de cuerpo, de ojos grises, salidos de las órbitas, trajeado a la inglesa, correcto y fino, decía galanterías a media voz a la señora del Ministro sueco, un tanto madura, joven a pesar de su cabellera entrecana, dama que tenía la peculiaridad de reirse con risa inextinguible, como la de una cotorra por peculiaridad fisiológica y nerviosa; en vano se cubría con el abanico, no por eso dejaba de notarse el caso. Conchita Vidal,

con grandes ojos negros, boca sonriente y roja tradicional viveza, iba de una parte a otra, seguida de adoradores, de los cuales uno le llevaba el pañuelo, otro la *bombonière,* y el último el abanico, para que todos anduviesen contentos. Aún se comentaba la cruel interrogación dirigida por ella a un mozalbete audaz hijo de un tendero de comestibles que la perseguía con fastidiosa insistencia: "¿A cómo está la chancaca?"—pregunta que le hizo arrancar como con cohetes.

Si su mamá hubiera visto a Irene Oyanguren coqueteando, o *pololeando,* como decían ellas, con Carlos Rayles, de seguro que la buena señora se hubiera volado de la audacia de semejante pelagato, como ella decía de los que no estaban en condiciones de casarse. Aníbal Cortés, detrás de un jarrón con flores japonesas, vestido con chaquet algo corto y pasado de moda, repetía chistes y bromas de repertorio algo viejo a Rafaelita Garcés, de cuerpecillo fino, como de pajarito, que acababa de cantar *Le pigeon,* con admirable voz de soprano dramático. La melancolía de su historia se reflejaba en su voz, en sus ojos, en todo su sér. Era hija natural de un conocido hombre público y orador, quien, habiéndose casado más tarde, la llevó a su lado y la sacaba a sociedad junto con su mujer. Dudosa y amarga era la situación para una niña, que se sentía, en cierto modo, pisando sobre una tembladera.

¿Quién no coqueteaba en aquel salón? Hasta Julita Orbegoso, con sus diez y seis años, charlaba en voz baja con Lucho Carreras, muchacho rubio, simpático, inteligente, que le hacía la corte a pesar de la oposición de su madre, señora viuda de un hombre ilustre, muy orgullosa, que no quería ni oir hablar de los amores de su hijo con una linda muchacha que no tenía más defecto que ser hija de una dama divorciada después de un escándalo.

Entre coqueteos, vueltas de vals, galanterías y *flirt*

se deslizaban aquellos ensayos del solemne y pausado *Minuet,* en aquel mundo juvenil en que fermentaban, en pequeño, intrigas mundanas, lucha de intereses y de sentimientos, el querer, la coquetería, anhelos de almas jóvenes, deseos de posición de algunos advenedizos, ansiosos de anclarse en el mundo de buen tono; aspiración de otros a una dote reconfortante: deseos de alguna madre de colocar ventajosamente a su hija; el capricho de alguna cabecita rubia por un muchacho elegante, bien plantado y sin un cuarto; el ir y venir de alguna otra por bailes y salones en busca de marido: las peteneras y canciones en guitarra con que otra mantenía la fidelidad, el *fuego sagrado,* de su novio, ya próximo a casarse y con ansias furibundas de romper su matrimonio, como todo el mundo lo sabía. Se habría necesitado grande experiencia para discernir apetitos, intereses, vanidades, envidias, odios, disimulados entre saludos elegantes, sonrisas y conversaciones amistosas, pasos de *Washington-post*, cortesías de Minuet y los ocultos cariños, ráfagas de ensueño que se infiltran, como rachas de viento en lucha encontrada de apetitos y pasiones.

—Siento no tener un millón, Julia.

—¿Para qué?

—Para hacerte la corte de veras y casarme contigo.

—¡Insolente!... ¿Acaso crees que estoy en martilla?.... No sería raro que me casara con un marido que tuviera millón, pero habría de reunir muchas condiciones; de otra manera, ni por nada. El hombre que me guste a mí, valdría, sólo por eso, un millón. ¿Acaso se necesita mucho dinero para ser feliz? Con un poco, una pizca, una nada, ya basta para serlo, cuando se quieren dos personas. Una mujer debe soportar sacrificios si la vida lo exige, en estando satisfecho su cariño y lleno su corazón. De otro modo, ni la vida vale la pena de vivirse, ni uno debe de casarse. No quiere de-

cir esto que sea mi caso. Alguien ha dicho, no recuerdo quién, que el matrimonio es el epílogo del amor. ¿Será así? ¿Qué te parece, Antonio? ¿No me respondes? Esta noche andas hecho un pavo, de veras... Mira, me cargas; ándate mejor de aquí. ¿Cómo le va, Javier? Le estoy diciendo a mi primo que se vaya: los muchachos del día son muy tontos.

En este momento se acercaba a Julia, Javier Miralles, de frac y corbata blanca y crisantema en el ojal. Venía de comida en casa de don Carlos Browsen.

Le había tocado sentarse al lado de Manuelita Malvasia, que no hacía más que hablar de lo malo que había sido el rey don Sancho IV de Castilla, al despojar del trono a su tatarabuelo don Antonio de Bordes y Alvares de Acevedo. En seguida me repitió de memoria tres poesías de *papacito,* a la muerte de su esposa, y unas fábulas del mismo, en que figuraban un loro, un mono y un perro.

Todavía sudaba Javier Miralles al recordar esta escena, y se pasaba la mano por su cabellera rubia, sedosa y algo rala, partida por raya en la frente.

—*Mirá*; niña, le dije, es inútil que me *hablís* de tus abuelos, que se han muerto hace ya tanto tiempo, y tú no los has conocido. A lo menos, debías de estar chiquitita cuando murió ese don Sancho IV, que debía de ser algun peine, aficionado a fiestas y a recorrer en ferrocarriles todas las capitales de Europa. En Monte-Carlo debió de gastar la mar de plata; yo no hubiera querido tirar un filo con ese pollo; al fin, se ha muerto. ¿A qué no le recitabas las poesías de papacito, ni las fábulas del loro y el gato? La Manuelita se puso furiosa y me tiene excomulgado.

En cuanto Javier hubo concluído, me retiré, despidiéndome con una broma, como que no desperdiciaba las lecciones de mundo recibidas. Siempre se repetía lo mismo en el transcurso de mi amargo idilio. Julia, con su

modo de ser un tanto displicente y frío, tenía en ocasiones, momentos de ternura en que se dulcificaba, la diosa se tornaba en mujer, su mirar indiferente dejaba caer lampos de luz, tenía entonaciones cariñosas, algo como un malestar, tristeza interna, vapor de lágrimas comprimido, otra mujer amante que llevaba dentro de sí, revelada de repente. Luego, al borde de la ternura, después del silencio en que nos decíamos infinitas cosas, cuando yo estaba a punto de gritarla cómo y cuanto la adoraba, otro silencio, un gesto, inflexión fría de voz lo apagaba todo y deshacía el hechizo. De ordinario, concluíamos por reñir; en tanto que yo me exasperaba, ella me prodigaba su desdén, con la crueldad más fría, con la indiferencia más pasmosa, en quien tanto me decía, en silencio, minutos antes. Súbitos e inexplicables transiciones de su temperamento franco, valiente, enemigo de hipocresías, en que se mezclaban dulzura y violencia, ternura y orgullo bajo un velo de aristocrático desdén, de reposo indiferente que se dignaba ser amable, cuando ella lo quería. Más de una vez nos separamos con impresión de hielo dejada por frases cortantes de Julia. Sentíamos, de súbito, entre nosotros, sensación de odio. Yo me juraba que todo quedaría terminado, que la olvidaría, que haría la corte a otras mujeres; los ensayos me salían fatales: no podía seguir a otras, sonrisas y coqueteos de otras me daban hastío; las solicitaciones de una dama, de conocidas aventuras, me parecieron repugnantes.

Después de la primera cita, llevaba en la boca amargor de hierro, sensación desagradable de sangre, hastío, el horroroso hastío del placer no solicitado, del perfume de "opopónax", de esencia antipática, y que nos marea a pesar nuestro, y que nos persigue en nuestro propio vestido, recordándonos, a cada hora del día, los besos sin cariño y sin ensueño. Más de una vez, después de rupturas que solían ser serias, me dí a la vida de

calavera, perseguido constantemente por una misma sensación de hastío insaciable, de vacío doloroso, de algo que me faltaba adentro, sin que acertara a decir qué cosa era, pero imposible de encontrar.

Una rápida mirada de Julia, al pasar, tras de los vidrios biselados de su carruaje americano; la sensación de un destello de elegancia; de unas cuantas cintas y plumas, de color de moda; de un relámpago de belleza, de unos ojos negros, de una cabecita fina con proyecciones de cabello dorado, bastaban para volverme rendido a sus piés, esclavizado como antes y como antes sometido a sus caprichos mas leves de diosa triunfadora. Si los motivos de su enojo eran muy serios, solía recibir de Manuelita, a nombre suyo, un ramo de violeta atado con cintita blanca "para que no fuera tonto" ¡una crisantema, una orquídea, "para mi futura novia!" y hasta me mandó un perrito de bronce "para que aprendiese fidelidad". Cierto día, tras de gran querella, en las horas de agonía silenciosa en mi pieza, fumando y bebiendo coñac, recibí por el correo el retrato de Pepita Ortíz, que se había proporcionado, Dios sabe cómo. En el respaldo había escrito Julia:

"On revient toujours
a ses premiers amoure."

Siempre volvemos a los primeros amores.

FIN DE LA PARTE PRIMERA